

JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE ALBA

IMPRESIONES DE UN VIAJE A AMÉRICA

TOMO V

DEL 2 DE ENERO AL 6 DE MARZO DE 1871

EXCURSIÓN A LOS LLANOS DE SAN MARTÍN

El Tolima - Penalidades del camino - La Compañía de Colombia - La Cordillera Oriental- Los Llanos de San Martín - Los indios salvajes - Las fiebres - Los productos del suelo - Facilidades de grandes explotaciones.

EXCURSION A LOS LLANOS DE SAN MARTIN

Provisto ya de todos mis pertrechos; compradas mis mulas de silla y carga, pues las que hubiera encontrado de alquiler no habrían podido satisfacerme; teniendo a mi servicio dos excelentes criados, el uno del Cauca, Gabriel, que ya lo estaba antes, y el otro, llamado Liberato, que al efecto hice venir conmigo desde Ubaque, acostumbrado como llevo dicho, a usar la bodoquera o cerbatana, de que se valen para matar los pájaros pequeños con bolitas de greda, para no estropearlos con el plomo, encargué los demás preparativos al dueño del hotel en que me hallaba. Liberato es una especialidad para disecar toda clase de aves; es, como el primero, nadador excelente; y tanto el uno como el otro reúnen las cualidades necesarias para ser hombres útiles en esta clase de expediciones, penosas en sumo grado, y para las cuales se necesitan juventud y fuerza, agilidad y vigor, y más que todo costumbre de caminar a pie, atravesando unas veces el frío páramo, y otras los abrasadores terrenos, donde el sol tropical lanza sus rayos como otros tantos dardos de fuego.

Los individuos de la comisión exploradora, el intrépido e infatigable Dr. Romualdo Cuervo, a quien ya conocen mis lectores, a pesar de sus 69 años, era el que más contento se mostraba y el que nos sobrepujó a todos en actividad para hacer sus preparativos. Los jóvenes Sáenz y Michelsen, consagrados al estudio de las ciencias naturales casi desde la infancia, con un celo impropio de la juventud, que suele amar los placeres más que la ciencia, gozaban de antemano con la idea de descubrir nuevos objetos para enriquecer el Museo naciente, establecido en la capital de la república.

Yo por mi parte, ávido como ellos de emociones, y ansioso de conocer un territorio casi inexplorado, donde la Naturaleza ha derramado a manos llenas sus más preciosos dones, donde el hombre civilizado no se ha atrevido sino muy rara vez a penetrar hasta ahora, y donde existen aún tribus indígenas en su estado primitivo, no cabía en mí de gozo a la sola idea de ser el primer europeo que en estos tiempos de positivismo alcanzase tan envidiable gloria.

En vano mis amigos de Bogotá, perezosos por naturaleza, trataron de disuadirme de mi propósito, ponderándome lo peligroso y molesto del viaje, las fiebres de carácter maligno que suelen acometer a los que recorren aquellos terrenos incultos, la escasez de medios en un país completamente deshabitado en muchos parajes; la repentina variedad de climas; los torrentes y ríos que hay que vadear o pasar a nado sin otros recursos que los naturales; los inmensos bosques poblados de fieras y reptiles ponzoñosos, y en fin cuanto puede arredrar a un hombre menos decidido que yo a entregarse en brazos al azar, por conocer a fondo los grandes y bellísimos encantos, que como una virgen pudorosa guarda la Naturaleza para el que levanta por primera vez el misterioso velo que encubre sus primitivas formas. Yo contestaba a todos con esta lacónica y expresiva frase: "Deseo conocer los Llanos, aunque supiera que iba a morir en ellos". A esta respuesta nada tenían que objetar, y todos se contentaban con desearme un viaje próspero, consolándose con la idea de que iba acompañado de personas que sabrían hacerme más llevaderas nuestras comunes penalidades.

La víspera de nuestra partida, estuve a despedirme de algunos amigos, y entre ellos del Presidente de la República, que me invitó a tomar un té en familia, y me autorizó para llevar a sus expedicionarios hasta el punto que tuviese por conveniente.

He aquí la relación diaria de nuestro viaje.

LUNES 2 DE ENERO DE 1871

El señor E[stévez], su esposa y una de sus hermanas me habían manifestado deseos de acompañarme en la primera jornada, y despedirme en La Mesa o en las Juntas de Apulo, donde pensaban pasar algunos días en el campo, disfrutando de una temperatura algo calorosa pero sumamente sana y agradable. Pudiéndose ir en coche hasta el extremo de la sabana, he enviado hoy mis caballos y mulas con mis dos criados y un peón para que regrese con los primeros desde La Mesa al potrero o hacienda de uno de mis amigos, a cuyo cuidado los dejo hasta mi vuelta, porque el caballo es inútil para estos viajes. Mis compañeros de expedición van delante, y nos

reuniremos mañana en la hacienda de S. José, propiedad del Sr. Michelsen, la cual se halla en nuestro camino, casi en el extremo de la planicie.

El Sr. E[stévez] me ha invitado a pasar la noche en su casa para salir de ella temprano a tomar nuestro carruaje.

MARTES 3 DE ENERO

A las nueve de la mañana hemos salido en un coche hasta Cuatro-Esquinas el Sr. E[stévez], su señora, su hermana y yo, siendo despedidos en Bogotá por algunos amigos. Allí nos detuvimos a almorzar en una especie de posada, donde nos trataron medianamente, permaneciendo como una hora, y saliendo para San José, que se halla a corta distancia. En la posada o venta recibí un escrito lacónico de dos de mis compañeros, que me precedían algunas horas, para reunirse con el joven Michelsen, que nos esperaba desde el día anterior en su hacienda.

El escrito decía así:

"Nuestro querido amigo y compañero: "Desocúpese pronto; nosotros lo esperamos en San José. El tiempo urge. Apure."

"Sáenz = Cuervo"

Cuando llegamos a San José era ya algo tarde y mis compañeros habían partido con sus cargas, dejándome recomendación muy expresa de que me apresurase a alcanzarlos.

Despedimos allí el carruaje; cargáronse mis mulas; la Sra. E[stévez] montó uno de mis caballos y yo el otro; el Sr. E[stévez] y su hermana en dos buenas mulas, y salimos los cuatro a galope siguiéndonos los criados con las bestias de carga, mis armas y mi hermoso perro Bogotá, que por primera vez emprendía un largo viaje.

No me detengo a describir el camino de la capital a La Mesa, por haberlo hecho ya en mi primera excursión a este sitio. En todo él no encontré sino una variación poco importante, y es que los cámbulos, floridos entonces y adornados con un bellissimo manto rojo, lo habían trocado ya por otro de esmeraldas, no menos lindo que el primero. Por lo demás, otra multitud de flores había sustituido a las que en aquella ocasión encantaron nuestros ojos y deleitaron nuestro olfato, las mismas bandadas de loros, guacamayos, pericos y otras vistosas y parleras aves, cruzaban el espacio sobre nuestras cabezas, atronándonos con sus alegres y desentonados chirridos. La naturaleza conservaba por todas partes el eterno aspecto primaveral con que mis ojos la habían contemplado.

Poco más de una legua nos faltaba que caminar para llegar a La Mesa, término de nuestra jornada, cuando divisamos a lo lejos, trepando por una colina, el grupo que nuestros compañeros y sus criados formaban. Picamos largo, y pronto nos reunimos con ellos. Había empezado a caer una ligera llovizna, de que nosotros no habíamos hecho caso; pero mis compañeros, más precavidos que yo, llevaban puestos sus zamarros, se habían cubierto con sus capotes impermeables, habían enfundado con los hules sus sombreros de anchísimas alas, y se hallaban perfectamente preparados para recibir un diluvio.

No es posible imaginarse, sin verlo, el aspecto que un viajero presenta con este original y caprichoso traje. El encauchado quiteño o tela engomada de que iban cubiertos es una especie de capa cerrada con una abertura central por donde pasa la cabeza y se ajusta al cuello; estos capotes, fabricados en Quito, están formados de dos telas de algodón ordinario, de distintos dibujos sobre color oscuro, unidas por una disolución de cautchut o goma elástica, que las hace completamente impermeables; pero a primera vista se creería ver una capa de percal sin aplicación ni objeto alguno para el que no conoce el secreto, como me sucedió a mí, acostumbrado a usar un barragán inglés de otro color y de otra forma, aunque aplicable al mismo uso.

Habíame provisto, antes de salir de Bogotá, de un sombrero tejido en Suaza con la palma llamada nacuma, sumamente sólido y de alas tan anchas, que no bajaban de 12 centímetros. Creía yo que mis compañeros, al verme, iban a asustarse de la especie de paraguas con que iba cubierto; pero me engañé, y casi estuve a punto de ruborizarme, al ver a mis compañeros, mejor garantidos que yo bajo este concepto, y sobre todos a nuestro anciano doctor, que llevaba en la cabeza, literalmente hablando, una estera circular de 60 centímetros de diámetro con su copa correspondiente. Quitéme, al llegar, mi sombrerillo, cambiamos todos un cordial saludo, y llegamos a La Mesa a la caída de la tarde.

Como los hoteles o posadas de la población no son muy grandes, mis compañeros de expedición se alojaron en el llamado Tequendama, y la familia E[stévez] y yo en el francés donde había estado la vez primera, y donde volvimos a encontrar al célebre taita Pablo.

MIÉRCOLES 4 DE ENERO

Nos hemos levantado temprano, y a pesar del cansancio de la señora E[stévez], mientras mis compañeros contrataban mulas de repuesto hasta Colombia, última población que debíamos encontrar antes de los Llanos, hemos ido al Picacho a disfrutar con mi antejo del bellissimo panorama que desde allí ofrece el ancho y profundísimo valle del Bogotá y la gran cordillera que lo ciñe, viéndose a lo lejos el páramo nevado de Santa Isabel, que cerraba el horizonte. Nos hallábamos a 1.280 metros sobre el nivel del mar, y la temperatura que no pasaba de 23° centígrados era bastante agradable para los que acabábamos de dejar otra de 16° próximamente. Allí estuvimos largo rato contemplando las verdes colinas habitadas un tiempo por la belicosa tribu de los Panches, y el lugar que antes ocuparon los pueblos que en 1778 se trasladaron al sitio en que hoy se halla La Mesa, que cuenta unos 6.000 habitantes. Allí cogimos algunas flores que nos prometimos conservar como un recuerdo, y entre ellas la de la sensitiva o mimosa silvestre, muy abundante en aquel terreno. Después pasamos al lado del norte a contemplar el amenísimo valle del Apulo, no menos

pintoresco que el del Bogotá, y cerrado por las enormes masas nevadas del Tolima, donde hay un volcán apagado. El resto de la mañana se empleó en hacer algunas compras indispensables.

Contratadas las mulas, que entre todas, incluso las más, llegaron al número de 20, a las tres de la tarde se empezó a cargar, y a las cuatro nos pusimos en camino para ir a pernoctar en Anapoima, pueblo distante unas cuatro horas.

Mi despedida de la familia E[stévez] fue tan sentida y triste como lo es siempre la de buenos y leales amigos, que acaso no han de volver a verse. Al perder de vista el lugar en que se encontraban, nos hicimos el último saludo con los pañuelos, como un adiós doloroso, por si era el último. ¡Tales eran los peligros a que voluntariamente iba a exponerme!

Al poco de salir del pueblo, el camino se dirige hacia el sureste entre árboles corpulentos, después se baja una cuesta muy pedregosa, donde se ven algunas casitas de paja, y empezamos a encontrar algunos calentanos, desnudos, según su costumbre, de medio cuerpo arriba, y sin más vestido que un pantalón ligero enrollado hasta la mitad del muslo y un sombrero de palma en la cabeza. Desde el fin de la cuesta se divisa en toda su extensión el espléndido valle del Bogotá, con sus poéticas y humildes cabañas medio encubiertas por los platanales y casi siempre rodeadas de grupos de palmeras, que las protegen con la sombra de su copa altiva y gallarda. El viento soplaba del este donde las nubes se habían agrupado y el relámpago y el trueno, cercanos ya, empezaban a infundirnos serios temores. Por fortuna, el viento del norte triunfó del este y la tormenta se dirigió hacia el S. derramando torrentes de electricidad y de copiosa lluvia sobre las crestas más elevadas de la cordillera. Entonces se presentó a nuestros ojos un espectáculo bellissimo. A la parte del sureste se habían agrupado algunas nubes, oscuras en su base, que se confundía con las montañas, y de un blanco resplandeciente en su cúspide, que se perdía en el espacio, desvaneciéndose como el humo. De pronto un rayo del sol poniente iluminó la base con una tinta de un rojo vivísimo, mientras la parte superior quedó oscura y opaca. La

nube afectó entonces la forma de un gran penacho; y por espacio de algunos minutos conservó una semejanza perfecta con la erupción de un gran volcán, abierto súbitamente en las lejanas cumbres. El sol desapareció a poco, desvaneciendo nuestra ilusión óptica y las inciertas sombras del crepúsculo empezaron a velar los objetos, borrando paulatinamente las líneas de sus contornos, que poco después se perdieron en la oscuridad de la noche. Esto nos impidió apreciar las bellezas del valle de Anapoima, a donde llegamos ya tarde, alojándonos en una posada que se halla a la salida, como a un kilómetro de distancia.

En este pueblo, situado en el antiguo lecho de un río y sobre un terreno cubierto de piedras rodadas, sentimos ya mucho más calor, pues su temperatura llegaba a 27°. Su elevación sobre el nivel del mar es de 680 metros. Sus casas, casi en su totalidad son de paja, tendrá unos 5.200 habitantes, y su erección en parroquia data, según F. Pérez, de 1760. En sus cercanías hay aguas termales sulfurosas.

JUEVES 5 DE ENERO

Durante la madrugada y una gran parte de la mañana han caído recios aguaceros, que nos han impedido salir temprano de nuestra posada. Desde el cobertizo que hay delante de la puerta hemos logrado matar algunos pájaros, que mi criado Liberato se ha entretenido en disecar con otros que traíamos del día anterior, siendo entre todos los más notables, una tortolita pequeña, que por allí abunda mucho y a la que dan el nombre de abuelita¹, y un cardenal de capa negra y cabeza y pecho de un bellissimo color de escarlata.

Junto al rancho había muchos y grandes árboles de diferentes especies, entre los cuales llamó mi atención el majao, de cuyas bayas carnosas extraían los indígenas una tinta negra de que usaban para teñirse el cuerpo, alternando a veces con el azul y el rojo.

¹ La misma que habíamos encontrado en Puerto-Rico.

A las diez y media cesó la lluvia y enviamos delante nuestras cargas, saliendo nosotros a eso de las once, por esperar que estuviese algo oreado el camino. Este sigue en dirección al S. por una explanada que se extiende algunos kilómetros entre dos altos cerros, y que a cierta distancia parece una explanación artificial para tender los raíles de una vía férrea. Después continúa por un terreno sumamente quebrado, atravesando algunos arroyos, de los cuales uno es tan especial, que lleva sus aguas envenenadas con arsénico en tal cantidad que, al beber mucha, pudiera producir la muerte. Advertidos nosotros, antes de salir de Anapoima, tuvimos mucho cuidado de que no bebiesen nuestras mulas, y no costó poco trabajo impedir a mi perro Bogotá, que iba cansado, caloroso y sediento, que fuese tal vez a buscar su fin en aquella cristalina y fatal corriente.

A un lado y otro del camino dejamos algunas pobres rancherías y muchos trozos de terreno desmontado y convertido en fértiles praderas entre extensas manchas del bosque primitivo. También cruzamos un valle, donde se da todo el año la albahaca silvestre, cuyo perfume se nota a larga distancia.

Continuamos luego, siempre en la misma dirección, por las cumbres de unos cerros, cuyo terreno calizo contiene una gran multitud de conchas fósiles. Dejamos a nuestra izquierda la cuenca del Bogotá y a la derecha la del Apulo, cuyas corrientes casi paralelas siguen la falda de las dos opuestas montañas, hasta su confluencia, que encontramos más adelante, y a cuyo nivel se baja por una cuesta sumamente áspera y difícil por los muchos guijarros sueltos que contiene.

El lugar en que los dos ríos se confunden, llamado Las Juntas de Apulo, es un valle amenísimo y de una fertilidad pasmosa. En él hay establecidos algunos tanques o fábricas de añil, que dan muy buenos productos, y unas cuantas cabañas espaciosas que sirven de venta y posada para los transeúntes. En el ángulo que forman, al juntarse, los dos ríos, hay un hermoso grupo de moreras gigantescas, a cuya sombra reposamos un poco, mientras comían nuestras mulas algunos haces de hojas de maíz,

que al efecto compramos. Sobre el Apulo hay un puente de madera y hierro de unos 3 metros de ancho por 25 de largo. La amenidad del sitio y el calor sofocante de que íbamos abrasados, nos hicieron detenernos desde la una y media hasta las tres de la tarde, contribuyendo a refrescarnos, tanto como la sombra, la ligera brisa que soplaba de la parte del sur y que venía embalsamada por las flores del valle.

A las tres volvimos a montar, pasamos el puente y seguimos la margen derecha de los dos ríos ya unidos que llevan el nombre de Bogotá hasta que desembocan en el Magdalena.

El cauce es por aquí bastante ancho; y a causa de una isla que se levanta en el mismo punto de la confluencia, las sucias y negras aguas del Apulo siguen por la orilla derecha y las blanquecinas o amarillentas del Bogotá por la izquierda, sin mezclarse hasta haber corrido un largo espacio, como si cada uno conservase cariño a su color y quisiese mantener ilesa su autonomía, desdeñando confundirse en una misma corriente. Sin embargo, ésta se estrecha más adelante sobre un lecho de grandes piedras, y allí las aguas acaban de confundirse, adquiriendo un color plomizo que conservan hasta llegar a la gran arteria que las absorbe.

Más adelante encontramos los restos de un antiguo puente, y dejamos en las faldas de uno y otro lado grandes desmontes cubiertos de gramíneas, entre las cuales se elevan aún los esqueletos de algunos árboles, secos por el fuego, y que extienden sus ramas descarnadas, que en lugar de follaje, sólo se cubren alguna vez de bandadas de pájaros viajeros. El terreno por donde sigue el camino es a veces muy deleznable; y para que no lo arrastren las lluvias, hay maderos tendidos transversalmente. Este sistema, observado en todos los caminos de Colombia, y sustituido a veces con gruesas piedras, impide que los torrentes abran profundas zanjas y destruyan del todo sus imperfectas y de suyo trabajosísimas vías. Sin estas precauciones, sería imposible transitar de un punto a otro, principalmente en las estaciones lluviosas.

En el camino encontramos algunas mariposas bellísimas y varios coleópteros de muy largas antenas sobre el corte de un árbol que aún no había acabado de secarse. Cogimos de unas y otros y continuamos nuestra marcha hasta las cuatro de la tarde, hora en que llegamos a una especie de aldea llamada Portillo, compuesta sólo de unas cuantas chozas y situada a una y otra orilla del Bogotá, donde se estrechan mucho las dos montañas y antes hubo un puente, cuyos estribos se conservan en parte. Hoy se pasa por medio de canoas y las caballerías a nado.

En una de las chozas suspendimos, para descansar, nuestras hamacas; colocáronse las cargas bajo el ancho alero de su techo pajizo; y mientras nos disponían la comida, nos entretuvimos en admirar algunas flores, entre ellas una preciosa enredadera, llamada con razón la bellísima, por sus grandes racimos de color rosado y el verde brillante de sus hojas cordiformes. El calor subió hasta 23° centígrados a la sombra, a las ocho de la mañana.

VIERNES 6 DE ENERO

También han sido la madrugada y la mañana de fuerte y continua lluvia. A pesar de eso, salimos poco después de las nueve, y a las diez y cuarto llegamos a Tocaima. Esta población que fue en tiempo de la colonia una ciudad relativamente importante, fundada a orillas del Bogotá, en 1544, por Hernando de Vargas, fue destruida en 1673 por una avenida del río, y sus moradores la trasladaron al lugar que hoy ocupa en una llanura más elevada y como a un kilómetro distante de la margen derecha del mismo río, que la surte de aguas potables. Al tiempo de la conquista ocupaban su territorio los indios Panches, más laboriosos y no tan guerreros como las tribus del mismo nombre que habitaban las sierras próximas. Hoy su población pasará apenas de 6.000 almas. Su clima, aunque caloroso, pues suele llegar hasta 36°, es muy saludable; brotan en sus alrededores varias fuentes sulfurosas, y a ellas concurren a buscar la salud muchas personas atacadas de enfermedades cutáneas y particularmente elefanciacos, que, si no se curan del todo, hallan alivio a sus dolencias.

Hace algunos meses que estos últimos habían acudido en tan gran número, que, alarmados los vecinos del pueblo y temerosos de un contagio, trataron de hacerlos salir de grado o por fuerza. Consiguieronlo al fin; pero en aquellos días hubo dos incendios consecutivos, que destruyeron la mayor parte de sus casas, casi todas pajizas, incluso la iglesia, que aún no ha llegado a reedificarse. A nuestro paso pudimos observar las profundas huellas de esta catástrofe, que no se borrarán del todo en mucho tiempo, a pesar de lo fácil que es la reedificación de las pobres chozas destruidas.

Tocaima se halla a 431 metros sobre el nivel del mar, y en sus cercanías se encuentran minas de cobre y oro, beneficiadas en los primeros tiempos de la colonia².

Allí nos detuvimos como hora y media, mientras nos dispusieron un ligero almuerzo, que lo hizo soportable nuestro apetito. Después continuamos nuestra marcha por el ameno valle, que se ensancha considerablemente, formando las montañas un extenso círculo, que se cierra más adelante: sistema que vinimos observando en toda la extensión de la cordillera y que no deja duda de que el centro de cada uno de estos anfiteatros, que se comunican hoy por las gargantas de los montes, fueron otros tantos

² Refiere el P. Zamora y también Piedrahita, que habiendo descubierto los esclavos de un vecino de Tocaima, nombrado Juan Díaz Jaramillo, una mina de oro abundantísima, llegó el tal a ser uno de los más ricos propietarios del reino, e hizo traer de España para la suntuosa casa de mampostería que construyó pavimentos de loza fina, ricos artesonados y otros adornos, cuyos despojos sirvieron después para enriquecer varios templos, entre ellos el monasterio de la Concepción de Bogotá. Refiere la tradición, hablando de Juan Díaz Jaramillo, de quien se decía que las hormigas le llevaban el oro a su casa, que habiendo fijado su residencia en el pueblo llamado La Mesa, que más tarde conservó su nombre, quiso un día asombrar a sus amigos con el esplendor y el fausto de sus inmensas riquezas. Para ellos les dio un convite donde hizo servir los manjares más exquisitos y costosos en una vajilla de fabuloso precio, y no contento aún con estas demostraciones de su vanidad, presentó a los postres un plato de grandes aceitunas hechas de oro macizo, que produjeron en los convidados la admiración que él esperaba. Uno de éstos, hombre sesudo, que en más de una ocasión le había reprochado sus vanidosos arranques, tomó y guardó una de las aceitunas, diciendo a Juan Díaz, que la guardaba para entregársela cuando dejase de ser poderoso y la necesitase. Rióse el Jaramillo de esta profecía, terminóse la fiesta y retiráronse los convidados. Andando el tiempo y a consecuencia de sus muchas prodigalidades, el opulento Juan Díaz Jaramillo llegó a ser pobre; pero tan pobre que tuvo que acudir a la caridad pública. Hallábase un día pidiendo limosna en la plaza de La Mesa, cuando se le acercó un hombre embozado hasta los ojos; y, extendiendo la mano, le entregó un objeto. Al tomarlo el mendigo, lanzó un grito ahogado y cayó exánime en los brazos de los que le rodeaban. Cuando volvió en sí, un torrente de lágrimas brotaba de sus ojos, que no se enjugaron hasta que aquella misma noche el dolor puso fin a su existencia. El objeto que le fue entregado era la aceituna de oro, recuerdo de su fastuoso convite; y por disposición suya sirvió para hacer al día siguiente sus funerales.

lechos de lagos andinos, que sucesivamente se fueron desocupando por la misma acción de las aguas que contenían, ayudadas por el desbordamiento de los superiores, o por algún cataclismo de época ignorada y remota.

La vegetación en el valle es menos vigorosa que en las alturas. El árbol que abunda más es el cautchut de diferentes especies. Los cactus son también muy abundantes y sobre todo las flores, cuya belleza y variedad son extraordinarias.

A poca distancia del pueblo encontramos otro valle amenísimo, bastante poblado de rancherías; y cerca de un arroyo que tiene por nombre Quebrada Colorada, por ir sus aguas teñidas de color rojizo, encontramos dos tanques de añil y un grupo de chozas que constituyen una aldehuela llamada Guailama, donde celebraban la fiesta de los Reyes con un baile originalísimo, al compás de tres instrumentos más ruidosos que armónicos.

Movidos por la curiosidad, nos acercamos a una de las cabañas, donde estaba la fiesta; y sin desmontarnos, pudimos observar sus principales detalles. En un rincón estaban sentados los tres músicos, uno de los cuales tocaba un enorme tambor formado de un tronco hueco, otro rasgueaba un tiple, especie de guitarra de diminutas proporciones, y el tercero una carraca hecha de un palo de chonta³, cascado longitudinalmente exprofeso y ligeramente acanalado en toda su extensión, a lo ancho. Sobre esta superficie sinuosa pasaba a compás el filo de un hueso duro y plano, que me pareció ser el omóplato de un pequeño cuadrúpedo, y este rozamiento producía un ruido ronco y desapacible, que apenas podían modificar los retumbantes golpes del tambor y oscurecían casi completamente el son monótono del tiple. En el centro de la pieza, no muy grande ni desahogada, bailaban parejas en que había algunos hombres disfrazados de mujer con adornos de lentejuelas, cintas de abigarrados colores y gargantillas de cuentas de vidrio. En el traje varonil abundaban también las cintas; y aunque el vestido de los dos sexos se componía sólo de camisa y pantalón, o camisa y enaguas, el calor era tal, que los bailarines estaban bañados de un sudor copioso, que

³ Palma muy dura y de tronco delgado.

corría en abundancia por sus rostros enrojecidos; y, sin embargo, no interrumpían el baile sino para hacer libaciones de aguardiente o de guarapo⁴.

Una de las cosas que llamaron nuestra atención en aquella concurrencia, y la había llamado ya desde Tocaima, fue que apenas se veía un individuo de cierta edad que no padeciese de coto o de carate⁵.

Dejamos la fiesta de Guailama, despidiéndonos de sus alegres moradores, y continuamos nuestro camino por un terreno pedregoso, en muchas partes estéril, y cubierto de ligeras colinas de arena roja y blanca.

Más adelante, a la entrada de un bosquecillo y bajo un grupo de árboles espinosos, encontramos una porción de cruces toscas, fijas en el suelo y colocadas sin orden, aunque todas dando frente al camino. El Dr. Cuervo se descubrió y nos invitó a orar con él por el alma de los cristianos, cuyos mortales restos yacían en aquella apartada selva, probablemente junto al mismo lugar donde habían nacido y pasado su existencia ignorada y tranquila. No había allí paredes que rodeasen aquel recinto mortuorio, ni túmulos levantados por la vanidad sobre el polvo de los que ya no pueden ostentarla; allí no había más que algunos toscos maderos colocados en forma de cruz entre un bosque solitario y un camino casi tan solitario como el bosque; y, sin embargo, aquellas humildes tumbas despertaron en mi espíritu ideas más grandes y un respeto religioso mil veces más profundo que el que había experimentado en situaciones análogas, al visitar los cementerios suntuosos, donde el mármol y el bronce traducen en artísticas formas las miserables ilusiones de lo que se llama en el mundo la grandeza humana.

Desde Anapoima habíamos encontrado con frecuencia un árbol muy parecido al naranjo, aunque de hoja más tupida y pequeña. En el punto en que nos hallábamos

⁴ Agua y azúcar fermentada.

⁵ Coto: protuberancias en la cara anterior del cuello de que ya hemos hablado. Carate: manchas en la piel, de varios colores, procedentes de una afección herpética.

llegó a hacerse casi exclusivo durante un largo espacio. El nombre de este árbol, tan bello por su elegante forma, como por lo brillante y tupido de su follaje, es naranjillo o naranjuelo, de hoja perenne como el que le sirve de tipo, ofrece al viajero sombra agradable, espesas ramas donde ocultar su nido a las avecillas del bosque, y madera muy útil al campesino para la construcción de sus cabañas.

Más adelante, a un lado y otro del camino, encontramos bosquecillos espesos de aligustres, ese arbusto tan estimado en Europa, llamado generalmente del Japón y que se emplea como adorno en muchos jardines.

En los arroyos y terrenos húmedos veíanse también algunas matas frondosas de la gigantesca gramínea llamada guadua o bambusa, caña de tamaño prodigioso, que tiene aquí, y en donde quiera que se produce, infinitas aplicaciones, ya para la construcción de viviendas, ya para hacer los cercados, que limitan las propiedades e impiden que los animales domésticos entren o salgan; pero no para librarlos de ciertos enemigos.

Las cabañas de tierra caliente ofrecen poca seguridad a este respecto, pues sus paredes formadas en muchas partes de hojas de palmera horizontalmente colocadas sobre los maderos verticales, y sus puertas, consistentes en un marco forrado de un cuero sin curtir, no pueden oponer resistencia alguna; así es que donde existe el temor del ataque del tigre, las familias duermen en un sobradillo, levantado cerca del techo, y suben a él por una escalera, que tienen cuidado de quitar durante la noche.

Las montañas, acercándose y desviándose sucesivamente de la cuenca del río, seguían formando valles más o menos extensos, pero siempre en declive hacia el Magdalena a donde nos íbamos acercando.

El sol se hallaba próximo al ocaso, cuando llegamos a una pequeña ranchería llamada el Piamonte, donde pedimos posada. No habiendo más que una estrecha pieza y un cobertizo abierto a los cuatro vientos, colocáronse en él las cargas; soltáronse a pacer

las mulas, e improvisamos una comida con nuestros escasos recursos y un poco de carne hecha tasajo, que nos vendieron en otro rancho próximo a razón de seis varas por un real del país, equivalente a dos de nuestra moneda. Este modo originalísimo de vender la carne por varas, llamó mucho mi atención; no así la de mis compañeros, acostumbrados a tan extraño sistema. Para vender la carne de este modo, la cortan en tiras muy delgadas y estrechas, la salan y ponen a secar al sol, único modo de conservarla. Dispuesta así, la dividen en porciones de tres y seis varas de longitud para la venta, y así el viajero la puede conducir con facilidad por un país en donde a veces se pasan muchas jornadas sin encontrar alimento alguno. Es verdad que el tasajo es una sustancia dura y desagradable, principalmente para el paladar de un europeo; pero con él, un plátano verde asado entre el rescoldo y un trago de agua no se corre el riesgo de morir de sed ni de hambre.

El Dr. Cuervo y el joven Michelsen prefirieron, para dormir, la estrecha cabaña, en compañía del patrón (que vimos después que estaba enfermo de lepra), y de algunos de sus hijos. Allí suspendieron sus hamacas, mientras Sáenz y yo tendimos las nuestras debajo del cobertizo, si no a la luna de Valencia, a la de Colombia. Nuestros criados prefirieron también el aire libre y se acostaron junto a nosotros.

La brisa templada; los bosques iluminados por una luna clarísima; el canto del currucú⁶, del bujío⁷ y otras aves nocturnas y el lastimero quejido del aiai o pericoligero, suspendido con sus largas uñas de las ramas de los árboles, formaban una armonía agreste que nos hizo muy pronto conciliar el sueño, interrumpido a veces por los ladridos de mi fiel Bogotá, que, echado bajo mi hamaca, se levantaba de cuando en cuando para arrojar de nuestro domicilio a algunos cerdos intrusos, cuya visible intención era la de merodear en nuestros víveres, no muy abundantes.

⁶ Especie de corneja, cuyo canto es la onomatopeya de su nombre.

⁷ Id. Id.

Más de una vez, al despertar del profundo sueño en que el cansancio me tenía sumido, dirigí con dolor mis pensamientos al lugar donde un año antes, en el mismo día y a la misma hora, había dejado parte de mi alma.

SÁBADO 7 DE ENERO

Al despuntar la aurora, un nuevo concierto de las avejillas del monte, en que sobresalía el armonioso canto del gallo, simpático amigo del hombre y centinela constante de su hogar en todas las latitudes y en todos los climas, y un vientecillo frío y sutil me despertaron. Mientras dormían todos los demás, me levanté, encendí una buena hoguera y me senté a calentarme solo, triste y meditabundo.

Al poco rato, fueron sucesivamente levantándose los criados y mis compañeros. La mañana estaba serena y clara. Hicimos nuestro desayuno, y después nuestro almuerzo, con ánimo de no descansar hasta el Magdalena para tener tiempo de hacer cómodamente nuestro pasaje y el de nuestras bestias y cargas.

Dispuesto todo para marchar, nos despedimos del Piamonte y continuamos nuestro viaje por un valle de mayor anchura que los anteriores y que va a morir en el gran río.

No lejos del lugar en que habíamos pernoctado, encontramos otro cementerio de labradores indígenas, parecido en todo al primero. A orillas del camino dejamos también extensos prados de albahaca sumamente olorosa, muchos algodoneros silvestres y cultivados, cuyas flores de un blanco amarillento, al abrir, adquieren pronto un vivo color rosado, con el que mueren, antes de que aparezca el fruto. En este valle se veían paciendo muchos caballos mutilados de una o de ambas orejas, por el infinito número de garrapatas que en él existen y que no sólo acometen a los animales sino que también se apoderan del hombre y le hacen sufrir horribles tormentos.

A nosotros se nos prendieron varias durante la noche anterior, principalmente a los criados que habían dormido en el suelo. Yo me arranqué tres de estos insectos repugnantes; su picadura me produjo agudos dolores, pero se calmaron pronto con el uso de agua ligeramente acidulada. Mi criado Gabriel en cuyas piernas se cebaron de un modo horrible, sufrirá por muchos días sus dolorosas consecuencias. Entre los demás, ni uno solo se ha librado enteramente de la abominable plaga.

Cerca de las tres de la tarde, con un calor insufrible llegamos a la orilla derecha del Magdalena, donde sobre un terreno arenoso, con fondo de rocas, se halla situado el pueblecito de Girardot, población moderna, casi toda de paja, que cuenta unos 2.000 habitantes, muchos de ellos zambos y mulatos, y donde se cultiva el tabaco, el maíz y la caña de azúcar. Se halla a 330 metros sobre el nivel del mar y su temperatura media es la de 30°.

El Dr. Cuervo, que nos había precedido algunas horas, nos esperaba ya en la orilla opuesta, con un sobrino suyo, que dirige la gran hacienda allí situada, que lleva el nombre de Flandes, con que se ha distinguido de tiempo atrás aquel paso del río.

Nosotros lo atravesamos en canoas, así como nuestras cargas, y las mulas a nado. Durante nuestra permanencia en la orilla pasaron dos balsas, formadas de troncos de plátanos, una de las cuales llevaba un hombre, una mujer y un niño: ésta siguió adelante. La otra, en que iban dos hombres, abordó a la margen izquierda, donde los dos desembalsaron, abandonándola luego a la corriente, que la arrastró en su curso y pronto la perdimos de vista.

En Flandes nos recibió y hospedó con mucha amabilidad el sobrino del Dr. Cuervo suministrándome las noticias siguientes sobre la finca, una de las más importantes del Estado del Tolima, a cuyo territorio sirve de límite por aquella parte.

La hacienda de Santa Ana o Flandes es hoy una propiedad perteneciente a los herederos del Sr. Manuel Laverde, comprende una superficie cuadrada de más de

quince mil hectáreas y corresponde al distrito del Espinal. Su población sola comprende algo más de un tercio de la de este pueblo.

En 1858 la tomó en arrendamiento el Sr. D. Alejandro Mac Douall, actual director de la salina de Zipaquirá, y él fue quien primero estableció en ella el cultivo del tabaco, que se produjo muy bueno, y que le atrajo y aún le atrae gran número de pobladores. Las siembras han disminuido notablemente en los últimos tres años, tanto por la baja general del artículo, como por una enfermedad que en la temprana edad de la planta la destruye completamente marchitándola desde los tallos superiores hasta la raíz. El nombre con el cual distinguen esta enfermedad vulgarmente, es el de amulatamiento, y hasta ahora nadie ha acertado a determinar las causas que la desarrollan ni la manera de curarla.

Sin embargo, el tabaco constituye todavía uno de los ramos de industria de la hacienda, y también uno de sus principales productos. Tiene además la ganadería, tanto la de cría como la de ceba, en potreros artificiales de yerba guinea y pará⁸; y el ramo de arrendamientos comunes es bastante cuantioso, por ser muy crecido el número de arrendatarios que satisfacen su cuota en efectivo, y por haber entre ellos algunos muy bien acomodados, tanto que de las diez mil reses que pacen en sus dehesas, las nueve décimas partes pertenecen a aquellos.

Las sabanas abiertas pueden sustentar cómodamente hasta quince mil cabezas de ganado mayor, quedando todavía una extensión muy considerable de terrenos superiores de labor, ya en las vegas del río, ya en una zona montuosa que sigue la dirección de éste, ya en otra multitud de cejas de monte, colocadas en distintos puntos de la hacienda, conteniendo todos agua potable y corriente.

⁸ Gramíneas, cuyos nombres indican su procedencia.

El número de habitantes que la pueblan pasa de tres mil, y sigue aumentándose con la inmigración continua que viene de otros puntos, acaso por ser menos gravosas y exigentes las condiciones para el arrendatario.

Los terrenos son magníficos, y podría fundarse en ellos muchos establecimientos de añil, quedando todos en una superficie plana y dotados de suficiente cantidad de buenas aguas para la elaboración y el cultivo.

Los bosques que contiene son abundantes en maderas superiores, como el cumulá, el dinde, el aceituno, el guayacán etc., notables por su dureza, que las hace adaptables para toda especie de construcciones y muebles de adorno.

No contiene mina particular más que una de arcilla, de que fabrican la loza de uso común para la cocina, y de ella se proveen todos los pueblos de la parte norte del Estado.

Terminado ya el paso de las mulas y cargas, eché de menos la presencia de mi perro, que con el cansancio se había quedado sin duda dormido en la otra orilla. Hice repasar inmediatamente a Gabriel con la orden expresa de no volver a Flandes sin haberlo encontrado. El sr. Cuervo (el sobrino) puso al efecto en juego todos sus recursos, y supimos al fin que Bogotá había aparecido y que lo traería mi criado por la mañana.

El jején, incómodo insecto alado, que con sus picaduras nos había hecho sufrir mucho durante el día, desapareció por la noche, y sólo tuvimos la molestia de un calor sofocante de más de 30°.

El día en que llegamos al Magdalena se acababa de suicidar, arrojándose en sus aguas, un pobre joven del país, buscando en una desgracia irremediable el fin de sus amarguras, acaso leves y transitorias.

DOMINGO 8 DE ENERO

Antes de salir el sol nos levantamos todos, y ya el Dr. Cuervo se había ido a celebrar misa a Girardot. A las ocho de la mañana volvió con Gabriel que traía mi perro; almorzamos y nos pusimos en camino para el Guamo, capital del Estado del Tolima.

Tomamos la dirección sur, dejando a la izquierda la Cordillera Oriental que forma allí un ancho semicírculo. El Magdalena corre a sus pies, siguiendo la misma línea sinuosa que ella le traza. A la derecha se extiende la Cordillera Central en la misma forma semicircular que la primera, pero en sentido inverso, y contribuye a formar el cerco un dilatadísimo valle. Entre esta última cadena y la que acabábamos de dejar a la misma mano, antes de pasar el río, éste se dirige al noreste por una ancha escotadura, corriendo casi siempre por terreno muy quebrado hasta Honda.

A poco de salir, nos sorprendió un enorme aguacero, que nos obligó a refugiarnos en dos de las muchas cabañas que hay junto al camino. Lo más fuerte de la lluvia duró cerca de una hora, y al abandonarlas, aunque no había escampado del todo, nos encontramos el piso tan inundado, que en algunos parajes era imposible adivinar donde estaba el sendero, y atravesábamos a la ventura los profundos lagos y arroyos formados por todas partes.

Media hora después cesó la lluvia, las nubes se desvanecieron y los rayos del sol caían sobre nuestras cabezas como plomo de molde, contribuyendo a hacer el calor más sofocante la reverberación sobre el terreno arenoso que más tarde encontramos, y la evaporación que era muy activa.

En aquella extensa llanura hay algunas manchas de árboles; todo lo demás son praderas más o menos fértiles, cubiertas de grama natural, donde se alimenta mucho ganado de todas clases, notable por la gran finura que adquiere su pelo, que en los climas fríos se hace siempre largo y lanudo; y es que la naturaleza se cuida de

satisfacer las necesidades que experimentan, ya aumentando el abrigo, ya disminuyéndolo o eliminándolo, cuando es inútil.

En el Espinal, pueblo próximo que debíamos encontrar a nuestro paso, se celebraba mercado ese día, y regresaban de él muchas familias de las que viven en el campo. Hombres y mujeres venían a caballo, montados de la misma manera, a horcajadas con el mismo género de sillas y los mismos estribos, para lo cual las mujeres se colocaban sus enaguas a manera de pantalones, recogiénolos de una manera ingeniosa. Esto y el traer ellas y ellos ruanas y sombreros enteramente iguales, hacía muy difícil la distinción de sexos sin un escrupuloso examen, tanto más, cuanto que unos y otras fumaban largos y gruesos cigarros.

A las dos y media de la tarde llegamos al Espinal, pueblo situado en una meseta algo pantanosa, donde hace poco hubo un gran incendio y a la sazón se hallaba infestado de agudas y malignas fiebres que ocasionaban muchas víctimas. Esta población, trasladada al lugar que hoy ocupa en 1783, tendrá unos 6.000 habitantes, se halla a 340 metros sobre el nivel del mar, y su temperatura media es la de 28°.

Nos detuvimos en ella el tiempo absolutamente necesario para comprar algunas provisiones. Después continuamos nuestro camino hacia el Guamo, a donde no pudimos llegar hasta las ocho y media de la noche, teniendo que pasar, vadeándolo y casi a nado, el río Luisa, que corre de norte a sur y es uno de los tributarios del Magdalena.

Ya cerca del anochecer, vimos en un gran árbol, junto al camino, varios pájaros de los llamados zamuros o gallinazos, que así se cuidan de la policía de los campos como de las poblaciones. Entre ellos había uno muy extraño para mí por lo abigarrado de sus colores; le apunté con el rifle, y de un balazo quedó mortalmente herido y cayó al suelo. Era el buitre, llamado allí Rey de los zamuros, con los cuales se le ve siempre acompañado; y es tal el respeto o temor que les inspira, que al encontrar una presa que devorar, ninguno de ellos se acerca, hasta que saciado el monarca, tiene por

conveniente retirarse. Esta ave, que tiene las mismas costumbres que los demás buitres, mide 50 centímetros desde la punta del pico a la extremidad de la cola y un metro 20 centímetros de envergadura; tiene las alas y la cola de un negro sin brillo, el vientre blanco y las coberteras de las alas le forman una especie de manto o clámide de color blanco-amarillento; el cuello es de un gris plumizo y la cabeza y una parte de éste, que están desprovistos de plumas son de un color naranjado bastante vivo y uniforme; así como las carúnculas de la parte anterior y superior de la cabeza; el pico es de este último color con la base negra, y desde este punto lleva alrededor de la cabeza y por debajo de los ojos que son grandes y de iris rojizo, un repliegue de la misma piel en forma de cordón, que le sirve de diadema; las patas son relativamente cortas, de un gris algo amarillento y las uñas negras y afiladas como las de todos sus congéneres.

Desde Anapoima parece que disminuye algo la enfermedad del coto, pero se aumenta visiblemente el carate, que afea el rostro de una manera horrible, haciendo a cierta distancia el efecto de una máscara.

El cura del Espinal nos había ofrecido al paso una recomendación para que fuésemos a hospedarnos en el Guamo a la casa de una señora hermana suya. Llegamos a ella, y en efecto, la señora nos recibió con mucho agasajo, ofreciéndonos por toda cena un poco de caldo y chocolate. A esta proposición no pudieron menos de sublevarse nuestros estómagos, vacíos desde por la mañana; y a fuerza de ruegos, conseguimos que nos hiciesen una mala sopa con huevos y un plato de duro tasajo acompañado de plátanos verdes.

A poco de nuestra llegada, se presentaron a saludarnos y ofrecernos sus servicios el Dr. Páramo, Magistrado del Tribunal de justicia, a quien había tenido el gusto de conocer en Bogotá y el Sr. Juan Francisco Ortiz, poeta colombiano, con quien ya tenía, por escrito, algunas relaciones literarias. Tanto uno como otro formaron empeño en que me hospedase en su casa, y por fin acepté la hospitalidad del primero, donde pasé

la noche todo lo agradablemente que era posible en aquella temperatura comparable a la de un horno ardiendo.

El Guamo, población insignificante, elevada a capital del Estado por cábalas políticas, tendrá unos 9.000 habitantes; sus casas son todas de paja, incluso la que sirve de tribunal, la del Gobernador o Presidente y en la que se reúne la Cámara legislativa, dando esto lugar a frecuentes incendios. Sólo la iglesia está cubierta de teja. Su temperatura media es de 28° centígrados, y su altura sobre el nivel del mar 342 metros. La población, como parroquia, data de 1772; está situada en el llano de Neiva, entre el Luisa y el Saldaña y tiene casi todos sus terrenos dedicados a pasto para la cría de ganados, de lo que sacan gran producto. El río Luisa arrastra mucho oro corrido de la cordillera, pero nadie se ocupa en extraerlo. La abuelita y el cardenal abundan tanto, que hasta por las calles y casas se ven muchos de estos pájaros bellísimos.

LUNES 9 DE ENERO

Almorzamos, acompañados de los Sres. Páramo y Ortiz y salimos a las diez de la mañana, siguiendo por la misma llanura en dirección al S. y por terreno ligeramente ondulado, cubierto a trechos de grupos de palmeras de coco, palma real, cámbulos y otros varios árboles y con algunos bajos pantanosos. Por todas partes se veían ganados paciendo, pero las ovejas y cabras eran muy pequeñas, no siéndoles al parecer muy favorable el pasto o el clima. Como a unas dos leguas del Guamo pasamos por un puentecillo cubierto, cerca del cual vimos un caucho abrazando con sus raíces adventivas una palmera muy inclinada sobre el cauce, como si fuese un ser inteligente y quisiese detenerla en su caída. A las once y media llegamos al paso del Saldaña, tributario del Magdalena, y que corre de este a oeste. El río debe su nombre a un criado del descubridor y conquistador Belalcázar, que pereció ahogado en él en una refriega con los indios yaporogos y pijaos, habitantes del llano y de las vertientes de la cordillera. Este río arrastra muchas arenas de oro, y se ven grandes excavaciones en sus orillas. Pasámoslo en una canoa, en la cual pasaron también nuestras cargas,

haciéndolo las mulas a nado. Durante nuestra permanencia en sus márgenes, bajó y se detuvo como media hora una gran balsa, que conducía toda una familia con su menaje y los animales domésticos de su pertenencia. Contenía la balsa 3 hombres, 3 mujeres, 2 niños, uno de pecho, 11 cabras, una marrana con 3 lechoncillos y varias gallinas, de las cuales nos vendieron una, que añadimos a nuestra comida de arroz, plátanos y tasajo. Además de las muestras de oro, encontramos en abundancia otras de platino y piritita, que añadimos a nuestra colección incipiente. A las tres y media salimos de allí para la villa de Purificación, matando en el camino un mochuelo como los de la especie mayor de España, un cardenal, un perico, un águila roja, un guaco, enemigo y perseguidor de las culebras, al que dicen que se debe el hallazgo de un antídoto que lleva su nombre, dos chorlos, uno sabanero y otro llanero⁹, que se distingue por una uña roja de que están armadas sus alas en la primera articulación, y dos coclíes¹⁰, los cuales fueron disecados para mi colección particular, destinando la carne de los que eran comestibles para nuestro almuerzo del día siguiente.

Faltaría apenas una hora para anochecer, cuando llegamos a orillas del Chenche, riachuelo casi siempre vadeable, pero que en aquella ocasión traía una gran creciente que nos obligaba a pasarlo en canoa. La de que podíamos disponer era muy pequeña y tenía además el inconveniente de un gran agujero en su fondo, tapado provisionalmente con greda. Conferenciamos sobre lo que debíamos hacer, y de común acuerdo determinamos esperar a la mañana del siguiente día, no pudiéndose pasar a la vez más que una sola de nuestras nueve cargas, en cuya operación nos hubiera sorprendido la noche sin poder terminarla. Acampamos, pues, a la orilla del río, levantando con gran trabajo nuestra tienda de campaña, en un terreno algo pantanoso por la reciente lluvia, y en ella se colocó nuestro equipaje y se improvisaron las camas en el suelo, a pesar del peligro de la humedad y el de que nos visitase alguna culebra.

⁹ Caica o Peralonso. 45 Cents. de envergadura; 30 de pies a patas; 25 de pies a cola.

¹⁰ Coclí, ave insectívora de gran tamaño.

No me hallaba yo muy conforme con una probabilidad tan poco agradable, y quise evitar ambos peligros, haciendo suspender mi hamaca en las ramas de un gran dinde o morera tintórea próxima a la orilla. Tan pronto como me dejé caer en mi lecho aéreo, y las ramas hicieron ruido, fue tal el número de murciélagos enormes que salió por una abertura del tronco, que tuve que desistir, y resignarme a pasar la noche debajo de la tienda, donde en realidad era menor el peligro de ser mordido por un reptil venenoso, que la seguridad de que uno o muchos de aquellos vampiros se alimentase con mi sangre, como suelen hacerlo con cualquier ser, racional o irracional, a quien sorprenden durante el sueño.

No nos habíamos dormido aún, cuando una tempestad no muy lejana nos iluminó con la luz siniestra de sus relámpagos y nos aturdió con el ruido de sus truenos, repetidos cien veces por el eco de las vecinas cordilleras. La lluvia no se hizo esperar, y casi toda la noche tuvimos encima la tormenta. Nuestro sueño, sin embargo, era un sueño a prueba de tempestades, y si a ratos nos desvelábamos, disfrutábamos en otros de las dulzuras de Morfeo.

MARTES 10 DE ENERO

Al fin vino la aurora y con ella empezó la atmósfera a serenarse. Al levantar mi cama salió de debajo de la cabecera una culebra más que mediana, la cual sin duda había pasado la noche abrigada al calor de mi cuerpo. Aunque la perseguimos, no se la pudo matar, porque se ocultó entre la maleza. Nos dispusimos al fin a pasar el río, que crecía más y más, según iba entrando la mañana; salieron los criados a recoger las mulas que durante la noche habían quedado sueltas; pero ellas, abusando de su libertad, se habían extraviado por el llano, y cuando se reunieron todas, era ya la una de la tarde.

Habíamos tenido un almuerzo opíparo, y esto nos tenía de tan buen humor, que desafiábamos a los insectos que nos acribillaban las manos y el rostro, a las hormigas bravas que no nos dejaban sentar en ningún lado, sin atormentarnos con sus

picaduras, y por último al gran calor que nos fatigaba. El paso del río concluyó cerca de las tres de la tarde; se nos enredó una mula entre los bejucos de la orilla, salvándose milagrosamente, mientras el Dr. Cuervo y yo contemplábamos bajo un enorme cautchut, de cuyas ramas pendían gruesas raíces adventivas en todas direcciones, el trabajo asiduo de un gran enjambre de angelitas, abejas diminutas e inofensivas, que elaboraban su exquisita miel y abundante cera en una hendidura del tronco. Cerca de aquel árbol encontramos otro de la misma especie con frutillas comestibles, del sabor de los higos, semejante en su forma y tamaño a la semilla de la malva común y de color morado. También encontramos en un arbusto otra fruta de pulpa roja, parecida a dos guindas gemelas, de un sabor bastante agradable y a que en el país dan el nombre de fruta de perro.

A las cuatro y media de la tarde llegamos a Purificación, pueblo situado sobre un cerrito pedregoso a la orilla izquierda del Magdalena. Nos alojamos con medianas comodidades en una de las casas pajizas que forman su espaciosa plaza y refrescamos con agua de coco que abunda mucho en sus cercanías.

Al sur de la población hay un sitio elevado sobre la llanura como unos 30 metros, desde el cual se goza de un magnífico panorama. A un lado y otro se domina, en una extensión muy considerable, el gran llano de Neiva; al este y al norte la cadena de montañas a cuyos pies corre el Magdalena, brindando, aunque inútilmente hasta ahora, sus aguas navegables; al oeste las crestas nevadas del Ruiz y del Tolima y al S. el cerro cónico de Pacandé, donde los dos ramales se estrechan y él se levanta en medio como el antiguo lazo que en otro tiempo los unía.

Las horas pasadas en Purificación fueron horas de tormento para mi pobre Bogotá, que tuvo que estar amarrado a su cadena, por disposición del alcalde, especie de tirano municipal, que no permite el tránsito por las calles de ciertos cuadrúpedos y que obliga a sus administrados a acostarse a las diez de la noche; y todo porque un perro hidrófobo había mordido a un muchacho, que felizmente pudo salvarse con una

dosis de almizcillo, planta tenida aquí como remedio infalible para la rabia, y que me propongo enviar a Europa para que sea ensayada oportunamente.

Según Pérez, esta población, en que apenas se ve una casa de teja, fue fundada el 25 de Mayo de 1664 por D. Diego de Ospina Maldonado, gobernador de Neiva; con cincuenta vecinos de aquel país en el mismo lugar en que se hallaba el castillo de las Palmas, fortaleza erigida por los conquistadores, para tener franco el paso entre Nueva Granada y Quito, e infundir respeto a las belicosas tribus de los coyaimas y natagaimas, pobladores de sus contornos¹¹.

MIÉRCOLES 11 DE ENERO

A las diez de la mañana, después de almorzar, y con un calor sofocante nos dirigimos a la orilla del Magdalena, que era necesario pasar de nuevo, para internarnos en la cordillera oriental, que debíamos atravesar en toda su anchura, antes de llegar a los Llanos y de la cual nos separaba sólo la corriente del gran río.

Esta vez lo pasamos con gran prontitud, porque había dispuestas dos grandes canoas y las bestias pasaron a nado en cuatro secciones por una corriente bastante rápida y una anchura que no bajaría de 150 metros.

En la margen opuesta encontramos entre otros árboles el cachimbo o cámbulo florido y el bilibil, magnífico árbol de sombra, del cual recogí algunas semillas.

¹¹ Estas tribus eran bastante numerosas y lucharon mucho tiempo con los conquistadores por sostener su independencia. Unidos a los pijaos, que ocupaban una grande extensión de terreno en las vertientes orientales de la cordillera central, y que era también una tribu muy belicosa, descendieron más de una vez a destruir las primeras poblaciones fundadas por los españoles, causando en ellas horribles estragos y crueles matanzas. La mayor parte de los individuos que formaban estas tribus indómitas, murió en aquellas luchas tremendas e incesantes; el resto se sometió al fin a sus dominadores, cuando les fue ya imposible la resistencia, y aun así permanecieron por mucho tiempo alejados sistemáticamente del trato con los europeos.

A la una y media de la tarde continuamos nuestra marcha, siguiendo la falda de la cordillera por entre bosquecillos poco elevados, donde rara vez encontraba algún árbol corpulento, y sí muchas cabañas en terrenos cultivados, donde cosechan bastante arroz, maíz, plátano, yuca, algodón, limones, naranjas, caña de azúcar, tabaco, guayabas y guanábanas, siendo así mismo muy abundante el dinde o morera tintórea, y habiendo también algún árbol del pan, que se distinguía a lo lejos por sus anchas hojas y claro follaje.

Según nos internábamos en la montaña, el bosque iba adquiriendo mayor elevación y espesura, hasta el punto de formar en ocasiones una tupida bóveda con sus ramas.

A nuestro paso volvimos a encontrar otro cementerio de indios, semejante en todo a los que habíamos visto anteriormente, y a las cuatro de la tarde llegamos al río de Prado, que no estaba vadeable y tuvimos que atravesar en canoa como los otros, empleando sólo una hora, por ser más estrecho y pasar de una vez todas las mulas.

Este río que también es navegable para balsas y canoas, corre de este a oeste y desemboca en el Magdalena como a una legua del lugar en que lo pasamos. A la orilla no hay más que algunas chozas, habitadas por familias miserables, cuya palidez indicaba sus continuos padecimientos.

Más adelante matamos un ave, del tamaño de un cernícalo, llamada garrapatero, que vive casi exclusivamente de los insectos parásitos que con su pico arranca de la piel de los animales, que no la molestan jamás, comprendiendo por su instinto la protección que le deben.

Cuando llegábamos ya cerca de Prado, vimos arrastrarse delante de nosotros un enorme reptil, que atravesaba el camino, y que los peones mataron, no sin tomar precauciones para acercarse: era una taya equis, culebra muy venenosa de dos metros próximamente de longitud y de unos 40 centímetros de circunferencia en su mayor diámetro.

A Prado llegamos a las seis de la tarde, y nos alojamos en una de las humildes chozas próximas a su entrada, donde una pobre mujer, madre de una numerosísima prole y de un grado de actividad poco comunes en el país, nos asistió mucho mejor de lo que esperábamos.

Mientras nos disponían la comida, dimos un paseo por el pueblo, buscando inútilmente un poco de chicha o de guarapo con que mitigar nuestra sed abrasadora. Las casas de esta pequeña población son todas de paja, su iglesia había sido también destruida, y en una pequeñísima choza se hallaba colocado un cuadro antiartístico de la Virgen del Rosario, patrona del lugar y única imagen que en él se venera. En la puerta de aquel improvisado y mezquino santuario había un tarjetón manuscrito, y por cierto con pésima ortografía, en el cual se demandaba a los fieles una limosna para la reedificación del templo. Ofrecimos de buena voluntad nuestro óbolo y regresamos a la posada.

Este pueblo, erigido en parroquia en 1785, domina el extenso llano de Tafur, que se extiende hasta río Negro, y en una quebrada próxima, llamada la Mata, se encontraron a principios de este siglo, dos muelas de mastodonte, un colmillo de un metro de longitud y la mandíbula de un enorme sauriano¹². Sus habitantes son unos 2.300, su altura sobre el nivel del mar 360 metros y su temperatura media 28° centígrados.

Siendo estrecha la habitación en que estábamos alojados, única utilizable en la casa, suspendimos nuestras hamacas casi en contacto unas con otras. En el suelo, sobre unas pieles, se acostó a dormir la familia y lo mismo hicieron nuestros criados y algunos de los peones, resultando en todo 20 personas en un espacio que no llegaba a 30 metros cuadrados. Mientras nos dormíamos, el patrón, hijo del pueblo y agricultor de oficio, nos refirió cuatro muertes recientes ocurridas a corta distancia por

¹² Pérez, Geografía, Tomo 2o., pág. 70.

mordeduras de culebras, algunas de ellas con circunstancias tan horribles, que hacían erizar el cabello.

JUEVES 12 DE ENERO

A las siete, después de desayunarnos, salimos de aquel pobre lugar, donde sus habitantes son continuamente diezmados por las fiebres y toda clase de calamidades, y a poco empezamos nuestra ascensión a la primera línea de montañas, después de pasar una quebrada profunda, siendo la cuesta tan áspera y hallándose el terreno tan cubierto de cascajo, que los pobres animales de silla y carga subían con grandísima dificultad y deteniéndose a cada momento.

A un lado y otro del camino, salvo en alguna depresión, donde la capa de tierra vegetal era más espesa, no se veía más que arbustos de poca elevación, helechos de diferentes variedades y algunas pequeñas mimosas. En las cañadas se elevaban los árboles, formando una masa compacta de verdura, como si quisiesen llenar de aquel modo la profundidad hasta nivelarla con los cerros próximos.

Pocas eran las aves que encontrábamos a nuestro paso; sólo algún guacamayo que interrumpía con su agreste chirrido la soledad de aquellos montes, o algún gavián que se cernía sobre nuestras cabezas, dirigiendo al suelo su mirada penetrante y escrutadora para descubrir el reptil, que a su vez acechaba al insecto, inmóvil sobre una piedra.

En las quebradas solíamos encontrar alguna que otra mariposa, agitándose con incierto vuelo entre el ramaje. De éstas había muchas de color negro intenso con una franja purpúrea en el centro de las alas; pero no pudimos coger ninguna.

Cerca de las dos de la tarde llegamos a la cumbre de la primera línea de montañas que componen la formidable cordillera. Tendimos la vista hacia el llano; pero inútilmente; una niebla densísima nos rodeaba por todas partes, no permitiéndonos ver otros

objetos que los que se hallaban a corta distancia de nosotros. En la especie de meseta que arriba forma, el aire estaba impregnado de una deliciosa fragancia, por ser allí muy abundante un arbusto de la familia de las quininas o cinchonas, cuyos racimos de flores blancas, semejantes al nardo, exhalan un perfume análogo al de esta preciosa flor tan justamente apreciada.

Las peñascosas y desnudas crestas contrastaban asombrosamente con la exuberante vegetación de los profundos valles, abiertos en anchos círculos y conteniendo cada cual en su fondo el lecho de un torrente que murmuraba escondido entre el apiñado follaje.

Cuando ya íbamos a trasponer la meseta para descender a otra especie de abismo, abrióse entre la niebla un espacio a guisa de claraboya por donde pudimos contemplar, sólo por algunos momentos, una gran extensión de la llanura que habíamos atravesado, iluminada por un sol ardiente, cuyos rayos se reflejaban en las aguas del Magdalena, que se extiende allí en infinitos canales.

Trepamos después, no sin gran trabajo a la segunda línea de empinados cerros, formados de bancos de esquistos arcillosos de diferentes y vivos colores, alternando con gruesos estratos de arenisca impregnada de óxido de hierro. Llegamos a la cumbre a eso del medio día; y como la niebla se había disipado completamente, por algunas escotaduras de las primeras montañas volvimos a contemplar y admirar una gran parte del valle de Neiva, limitado por las densas nubes que se aglomeraban hacia las faldas del Tolima.

Media hora después habíamos terminado nuestro segundo descenso y nos detuvimos a almorzar en lo más profundo de aquella pedregosa garganta en un sitio llamado Piedra gorda, donde hallamos dos ranchos humildes levantados sobre un terreno de arcilla bituminosa.

En uno de ellos llamó mi atención un aventador o soplillo formado de plumas caudales de pavo silvestre yuxtapuestas e ingeniosamente aseguradas entre dos pedacitos de palo abiertos al medio y sujetos con una ligadura de bejuco: manufactura enteramente indígena, pero muy ingeniosa.

A las tres, continuamos nuestro camino, subiendo y bajando por ásperos cerros y atravesando arroyos más o menos caudalosos, con ánimo de llegar al pueblo de Dolores, situado en la cumbre de la tercera y más elevada serie de montañas o estribos de la cordillera. La cuesta por donde íbamos trepando es sumamente larga y el terreno se halla cubierto por todas partes de peñones erráticos, cuya superficie cubierta de un musgo negro los hace aparecer a cierta distancia como gigantescos túmulos levantados en un campo de muerte. Unido a esto el rumor de cien arroyos que se despeñan ocultos por las profundas quebradas, el viento que gime entre los árboles del bosque, la inmensa barrera que ante nosotros se levantaba, el pedregal del camino interrumpido a veces por atolladeros enormes, la soledad hasta cierto punto siniestra de aquellos lugares y la noche que avanzaba, cubriendo el espacio de impenetrable sombra, se tendrá una idea de la situación en que nos encontrábamos. Nuestras mulas, ya cansadas, caminaban lentamente, deteniéndose a descansar a cada paso, cubiertas de sudor y metidas en barro hasta las conchas. Era imposible llegar a Dolores, y en el primer rancho que encontramos pedimos hospedaje e hicimos alto.

Descargáronse nuestras mulas, y no encontrando otro modo de darles algún alimento durante la noche, recurrimos a la caña de azúcar, que por mucho favor nos vendieron en cantidad escasa.

Nosotros nos acostamos sin cenar, en el duro suelo, envueltos en nuestras ruanas y con un frío desesperante. Así esperamos el siguiente día, que jamás pudo haber otro tan deseado.

VIERNES 13 DE ENERO

La madrugada y gran parte de la noche han sido de lluvia y truenos. Las mulas hambrientas se habían dispersado en busca de pasto, de modo que, al salir de la cabaña, no bien era de día, tan solo encontramos tres, que habían quedado amarradas. Los criados y peones salieron inmediatamente en busca de las fugitivas, y a eso de las nueve volvieron con todas ellas. Tomamos chocolate; se dispusieron las cargas, y salimos a las diez para acabar de subir el resto de la cuesta que nos separaba de Dolores, a donde llegamos a las once y cuarto.

El pueblo, declarado parroquia en 1770, se halla en una explanada que se comunica fácilmente con otra que lleva el nombre de Alpujarra, sin duda por la analogía que tiene con la sierra llamada así en el territorio español que sirvió de cuna al conquistador del Nuevo Reino.

Su clima es templado y agradable; pero tiene el inconveniente de que apenas pasa un día sin que las nubes derramen sobre su suelo la lluvia en gran abundancia. Disfrútase desde él de una vista magnífica sobre el valle de Neiva; pero nosotros no pudimos gozar de ese placer por impedirlo la densa niebla que por aquel lado se levantaba. Sus casas casi todas son pajizas; pero en la plaza hay ya algunas cubiertas de teja, cuyas ventajas empiezan a conocer sus habitantes. Estos apenas pasan de 3.000 incluso los del campo. Hállase la población a 1.520 metros sobre el nivel del mar, y su temperatura media es de 21°.

De Dolores salimos, después de almorzar, a la una y media de la tarde, sin esperanzas de llegar en el día al pequeño pueblo o aldea que lleva el nombre de Colombia, y es ya el último que debíamos encontrar hasta nuestro regreso de los Llanos; pero sí teníamos la convicción de encontrar alguna ranchería en que pasar la noche.

Salimos, rodeando el cerro por la falda del sur, dejando a nuestra derecha un extenso valle muy frondoso y en su mayor parte reducido a cultivo.

No nos habríamos alejado del pueblo una media hora, cuando la lluvia, primero leve y después torrencial, nos hizo la marcha más penosa. Los arroyos pequeños se habían convertido en ríos, y tuvimos que pasar algunos con fundado temor de ser arrastrados por la corriente. Un poco más lejos nos atollamos en un barrizal de que no salimos sin gravísimas dificultades; y a todo esto, la lluvia arreciaba más y más; acercábase la noche y no había cerca del camino una sola choza en que guarecernos, sino a una larguísima distancia, imposible de franquear con la luz del día por el cansancio de nuestras mulas. ¿Qué hacer? Veíanse, a lo lejos, entre el monte, algunas ligeras columnas de humo, que indicaban haber por allí viviendas humanas. Esto nos animó un poco. Hicimos detener las mulas en un rodeo descubierto, y yo me separé por entre los matorrales de la izquierda en busca del albergue tan deseado. Seguí primero una tortuosa y estrechísima senda, que al cabo se perdió completamente entre el bosque; volví sobre mis pasos, perdida toda esperanza, cuando alcancé a ver en dirección opuesta otra sendilla tan estrecha y casi borrada como la primera. Seguía por espacio de un cuarto de hora, ya enterrándome en el barro, ya abriendo la maleza que me impedía seguir adelante, cuando ¡oh placer! a la entrada de un desmonte, junto a un enorme peñón divisé una cruz formada de dos troncos y elevada sobre una colina. Más adelante había una choza ocupada por una mujer y tres niñas pequeñas. Llegué; pedí hospitalidad por aquella noche; y habiéndomela concedido de muy buen talante, me volví gritando en busca de mis compañeros.

Antes de que acabara de oscurecer, estábamos ya todos reunidos bajo aquel pobre y hospitalario techo; que a pesar de su estrechez, valía para nosotros lo que un magnífico palacio.

Para cenar traíamos un cabritillo comprado en Piedra-gorda, que, preparado con arroz y sazonado por nuestro apetito, fue para nosotros un verdadero festín de Baltazar, saboreado al calor de una buena lumbre y sin el Mane, Thecel, Phares, que viniese a turbar nuestro contento.

La cabaña en que nos hallábamos refugiados ocupa una posición bellísima, junto a un cristalino arroyo y en la falda de un monte elevado que domina dos valles profundos por la parte del sur y por los otros tres lados se halla rodeada de tupidos bosques. Allí vive un matrimonio, joven todavía, con tres niñas pequeñas; el marido cultiva alguna tierra en el fondo del valle; hace algunos trabajos de carpintería y alimenta un reducido número de reses que diezman alguna vez las culebras, o el tigre voraz, absoluto señor de aquellos vastos desiertos. Y aquellas pobres gentes viven felices en la soledad de aquel monte, satisfaciendo con sus escasos recursos sus más perentorias necesidades, sin que la ambición de lo superfluo, para ellos desconocido, venga a turbar la venturosa calma que los hace dichosos y dignos del bien que disfrutan.

Aquella noche fue atacado de fiebre uno de nuestros peones; se le administraron algunos medicamentos, y si no se mejora, lo dejaremos en Colombia hasta que se restablezca y lo sustituiremos con otro.

SÁBADO 14 DE ENERO

La noche ha sido fría y lluviosa; el termómetro centígrado descendió hasta 10°, temperatura que hubiéramos resistido con menos molestia, si no hubiéramos tenido que dormir en el suelo, por no haber espacio donde colgar nuestras hamacas.

Tan pronto como vino el día, nos levantamos, tomamos un ligero desayuno; fuéronse reuniendo las mulas, algunas de las cuales se habían retirado mucho durante la noche, y a las nueve emprendimos otra vez la marcha, profundamente agradecidos por tan amable hospedaje.

A poco de nuestra salida empezamos a bajar una cuesta formada en parte de altos escalones cubiertos de piedras movibles, que hacían nuestra marcha tan difícil como peligrosa. Pasamos luego dos pequeños arroyos y en el lado opuesto del valle, que acabábamos de cruzar, llamó nuestra atención el que casi todos los árboles estaban

cubiertos de enormes guedejas de musgo gris¹³, que hacían el efecto de largas cabelleras desgreñadas. Mil géneros diversos de plantas parásitas cubrían casi todos los troncos, distinguiéndose entre ellas por su abundancia la conocida en Andalucía con el nombre de marojo, que se apodera del olivo y la encina, y los destruye en poco tiempo, si no se cuida pronto de extirparlos.

El terreno en partes se hallaba completamente cubierto de sensitivas de flor morada cuyas hojas se plegaban sobre sus tallos débiles al más ligero roce.

Cuanto más avanzábamos, notábase más la falta de cultivo; y sólo por casualidad se veía algún pequeño desmonte convertido en pradera y algunas matas de maíz o plátano para el alimento indispensable de los moradores de sus escasas rancherías.

Al rodear una montaña para subir hasta su cumbre, el camino es una senda tan estrecha y peligrosa, que al menor descuido se rodaría infaliblemente al fondo de un abismo. En cambio, se disfruta desde allí mismo de una vista magnífica y un paisaje que reúne todas las bellezas que pudiera agrupar en un lienzo el pincel de un gran artista guiado por una imaginación fecunda y brillante.

Ábrese a la izquierda un valle extenso y profundo, cubierto de una vegetación tan exuberante como variada y rica en colores, alternando las grandes masas de vegetación con rocas desnudas cortadas perpendicularmente sobre el cauce del río Cabrera, que corre en su fondo de este a oeste, formando cascadas espumosas entre las peñas y lagos tranquilos de bruñida superficie en los remansos. Al frente, la falda de un cerro muy empinado y de superficie arenosa y deleznable¹⁴, presenta un aspecto de aridez, que contrasta notablemente con la frondosidad del valle próximo. Veíase en aquella falda recientes derrumbes, donde grandes capas de tierra y piedras habían caído resbalando hasta el fondo del río, para ser arrastradas por la corriente.

¹³ Llámase en el país barba de palo.

¹⁴ Aluviones antiguos.

Desde allí sigue el camino por un terreno árido, entre colinas elevadas, y paralelo casi siempre a la margen derecha del Cabrera, dando a veces rodeos inútiles, que indican haber sido abierto al azar o bajo una dirección completamente desprovista de inteligencia.

Donde empieza la aridez del terreno desaparecen los árboles y quedan sólo algunos arbustos raquíuticos y cactus de varias especies.

Cerca del río hay algunas chozas tan pobres de aspecto como de recursos, enclavadas en aquel arenal abrasado y estéril, cual si sus moradores estuviesen condenados a vivir allí para expiar algún delito. Sólo de ese modo se alcanza a comprender que seres dotados de razón elijan por morada aquellos lugares, donde la naturaleza niega al hombre todo auxilio, habiendo a tan corta distancia terrenos saludables y fértiles que a poco trabajo quedarían convertidos en moradas productivas y deliciosas.

Algo más adelante encontramos dos arroyos muy crecidos por la lluvia, que atravesamos con temor por la rapidez de su corriente. Cerca de estas quebradas ha habido que abandonar el primitivo sendero, a causa de las profundas y anchísimas grietas que por los derrumbes del terreno han llegado a abrirse a corta distancia del río.

Al llegar al vado del Cabrera, nos fue forzoso detenernos ante el aspecto amenazador que presentaban sus aguas notablemente crecidas por las recientes lluvias. El cauce no tendrá allí menos de 200 metros de anchura; y sin embargo no nos atrevíamos a aventurarnos, por ignorar de todo punto su profundidad y el sitio por donde el paso pudiera ser menos peligroso. En estas vacilaciones el cielo nos deparó un práctico del país, que acababa de pasar a caballo, y se ofreció a servirnos de guía. Aceptada su cooperación, pasamos primero el Dr. Cuervo, el Sr. Sáenz y yo, teniendo que ir de rodillas sobre las monturas, porque las mulas iban casi a nado, y cuidando mucho de no dirigir la vista al agua, para evitar el mareo. El Sr. Michelsen, que había quedado en la orilla opuesta con los criados y peones que cuidaban de las mulas de carga y de

reserva, pasó después con todos ellos, precedidos del guía, y el paso se terminó felizmente en poco más de una hora.

En las márgenes del Cabrera el calor era inaguantable y el mosquito llamado jején nos atormentaba de tal modo, que no sabíamos ya cómo librarnos de sus continuos ataques. Esto, sin embargo, no nos impidió admirar un bellissimo árbol¹⁵ de flores amarillas, monopétalas con estrías moradas dispuestas en grandes y vistosos racimos.

A las tres y media de la tarde salimos de aquel infierno, librándonos de las numerosas legiones de atormentadores y microscópicos mosquitos, siguiendo por la orilla izquierda del río hasta su confluencia con el Ambicá, por cuya margen derecha continuamos hasta el deseado pueblecito llamado Colombia, antes del cual encontramos al Sr. Uribe, socio y gerente de la compañía de que hablaré más adelante, que había montado a caballo para salir a recibirnos.

A las cuatro y media nos apeamos en la casa que la misma sociedad está construyendo, que tiene ya muchas y cómodas habitaciones concluidas, y que, tanto por sus comodidades como por la franca y amable hospitalidad que encontramos en ella, fue un paréntesis de felicidad entre las amargas de nuestro viaje.

Después de una comida abundante y relativamente espléndida, descansamos aquella noche y disfrutamos de las comodidades que ofrecen la civilización y la más fina cortesía, al cabo de doce días de penalidades y sufrimientos.

DOMINGO 15 DE ENERO

Nos levantamos tarde, porque nos era muy necesario el reposo. Al salir de nuestras respectivas habitaciones, encontramos sólo semblantes amigos que manifestaban por nosotros el mayor interés y las simpatías más cariñosas. Además del Sr. Uribe,

¹⁵ El chicalá; de la familia de las leguminosas; crece hasta 15 metros y se viste de flores dos veces al año.

encontrábanse allí sus dos consocios los Sres. Lorenzana y Herrera, que rivalizaban entre sí sobre quién había de mostrarse más obsequioso y deferente. El Sr. Uribe, como más práctico, se encargó de conseguir nuestra provisión de víveres, de proporcionarnos peones que nos acompañasen al Llano y mulas de reserva, por si alguna de las nuestras se inutilizaba. Para todo esto se necesitaban algunos días, durante los cuales se podrían reponer nuestras cansadas bestias, y nosotros mismos cobraríamos más vigor para continuar nuestra penosa marcha. Por otra parte, nos encontrábamos como en el seno de la familia; y aunque apremiaba el tiempo, nadie se apresuró a hacer los preparativos y todo se iba aplazando para mañana.

Entre tanto, por las noticias detalladas, que debí al Sr. D. Bernardo Herrera, comprendí la gran importancia de aquella sociedad que se proponía obtener inmensos beneficios para el país en general y para ella misma en particular, abriendo el camino de herradura, ya casi terminado, entre el valle del Alto Magdalena y los Llanos de San Martín y Casanare.

En efecto: la cría de ganado vacuno en aquel territorio, donde se reproduce con rapidez y adquiere un gran desarrollo muscular, por la extraordinaria abundancia de pastos, y el fácil transporte al interior de la república, donde es considerable el consumo de carnes, es por sí solo un negocio de pingües resultados; pero si añade a este beneficio particular el general de ir mejorando, por medio del cruzamiento con otra más vigorosa, la raza ya pequeña y raquítica del interior, se verá que la Compañía de Colombia, lejos de procurar una especulación egoísta, perseguía, al par que su propio interés, natural estímulo de toda empresa humana, un fin patriótico y digno de loa.

Habíale concedido el Gobierno Nacional, por la obligación de abrir el camino, un lote gratuito de cuarenta mil hectáreas de terreno, al otro lado de la Cordillera Oriental, entre los ríos Ariari y Güejar; había ella tomado, a un lado y otro del camino, los valles más fértiles, para establecer especie de estaciones, con pasto abundante para los ganados y recursos para sus conductores y cualquiera otra clase de pasajeros;

explotaba los productos naturales de los bosques inmediatos, especialmente la quina; había echado, por decirlo así, los cimientos de especulaciones agrícolas de gran porvenir, haciendo plantaciones de café y de cacao en los lugares próximos a los tambos o ranchos que habían de servir de estación; habíase puesto en contacto con las tribus indígenas, disponiendo a las de carácter más benévolo a entrar en la vida civilizada; había establecido ya un numeroso hato de ganado en el terreno concedido por el Gobierno, y obtenía algunos beneficios; llevaba gastado mucho dinero en la apertura de la vía, que si bien no era un camino cómodo, en la verdadera acepción de la palabra, era mucho mejor, más accesible y de menores inconvenientes que cualquiera de los otros proyectados, y en parte abiertos, entre el interior y los Llanos, por Cundinamarca y Boyacá; pues en cualquiera de éstos habría que atravesar regiones frías y paramosas, donde muere mucho ganado al cambiar repentinamente de clima, mientras que por el de la Compañía de Colombia, donde hay una gran depresión en la cordillera, la temperatura es siempre benigna, cálida en su mayor parte y templada apenas en los parajes más elevados.

Pues bien, a pesar de todo esto, sin tener en cuenta los beneficios que había de producir y que estaba ya produciendo la apertura de este camino, donde el incansable Sr. Uribe había gastado su actividad y perdido su salud, dirigiendo personalmente los trabajos y entregándose sin reserva a las traidoras asechanzas de aquella naturaleza bravía, se levantó contra la empresa una oposición tenaz por parte de algunos envidiosos, que hubiera dado al traste con tan inmensos sacrificios, si un acto de energía de la Corte Suprema Federal no hubiera hecho respetar el contrato con el Gobierno.

Tal es, presentada a grandes rasgos, la Compañía de Colombia.

Al sostener y mejorar la comunicación que a ella se debe entre la parte más poblada de la república y las extensas y feracísimas regiones regadas por el Meta y otros tributarios del Orinoco, facilitarán los medios de establecer al otro lado de la cordillera grandes empresas industriales para la cría y ceba de ganados, para el

cultivo del café, del cacao, del añil y de la caña de azúcar, cuyos productos hallarán fácil salida al exterior por los ríos casi todos navegables, que descienden de la cordillera, luego que haya estímulo para que suban los vapores por aquellas aguas, a recoger y transportar a lejanas tierras el fruto de la actividad del hombre civilizado, los productos espontáneos del suelo, las curiosidades de la industria indígena, las sustancias medicinales de sus bosques y las fibras de sus palmeras y otras plantas.

Cinco días hemos tardado en hacer los preparativos para continuar nuestro viaje; cinco días, que nos han parecido cinco momentos, Tales eran las comodidades que hallamos en aquella casa hospitalaria, y entre personas cuya afectuosa cortesía no olvidaremos nunca.

VIERNES 20 DE ENERO

Con pena nos separamos de tan buenos y obsequiosos amigos, aunque esperábamos volver a verlos pronto, quizás antes de llegar a los Llanos, si nos demorábamos algo en el camino, pues ellos trataban también de hacer allá una corta excursión, limitada sólo a contemplar la inmensa planicie desde su entrada y sin penetrar ni permanecer mucho en ella, por el justo temor de contraer las fiebres de que son pocos los que se libran.

A las once de la mañana enviamos adelante las cargas y mulas sueltas con los criados y peones, y nosotros salimos a la una, después de almorzar con mucho descanso, como si buscáramos todos un pretexto para retardar la despedida.

Varios apretones de mano, votos ardientes por nuestra felicidad mutua y un "adiós hasta la vista" fueron la señal de marcha. Algunos jóvenes de las familias de los socios montaron con nosotros para acompañarnos una hora más siquiera, y salimos juntos por la margen del Ambicá en dirección opuesta a su corriente. Como a una legua de distancia lo pasamos por un vado no muy profundo y llegamos a un rancho llamado el

Totumo, perteneciente a la misma compañía, donde se cargó el tasajo que de antemano estaba dispuesto para nosotros.

Siguiendo la dirección al sur, que desde un principio habíamos tomado, continuamos por la opuesta orilla, dejando el río a la izquierda; y al empezar la primera subida, notamos que según se hacía más fértil el terreno, desaparecían sucesivamente los cactus y eran reemplazados por árboles y arbustos de variado follaje y agradable aspecto.

La lluvia, nuestra compañera inseparable desde Bogotá, empezó a molestarnos, y a nuestros ruegos regresaron a Colombia los tres jóvenes, y nosotros proseguimos nuestro camino, sin separarnos del Ambicá, sino cuando el trazado de la vía necesitaba buscar a alguna distancia el paso más fácil de alguna vertiente.

Poco a poco fuimos subiendo e internándonos en los bosques seculares, asombrándonos a cada paso de hallar aquel camino, abierto por el interés particular, más discretamente dirigido y acabado con mucha más inteligencia y perfección, que los llamados nacionales, donde el gobierno cobra un peaje inútil, dejándolos en un estado que, sin verlos, es imposible que el más pesimista lo sospeche.

Como a la mitad de nuestra jornada encontramos una recua de mulas cargada de quina, que bajaba del Guayabero y se dirigía a Colombia.

Sin dejar la orilla del río, continuamos nuestra ascensión por la montaña, cada vez más tupida y agreste, y con los árboles cubiertos de las flotantes cabelleras grises que les daban un aspecto fantástico. A un lado y otro del camino encontrábamos flores bellas y raras y muchos papayos silvestres, cuyos racimos de frutas, aún sin madurar, cubrían los troncos.

Al tomar una revuelta, vimos a corta distancia el sendero que se dirigía por una elevada cornisa sobre un precipicio enorme, como esos caminos que las hormigas

suelen abrir en las imperceptibles sinuosidades de una pared perpendicular, donde apenas pueden sostenerse. Al llegar a aquel punto, donde el viento encallejado sopla siempre con extraordinaria fuerza, nos envolvió un vendaval furioso que nos empujaba en sentido contrario de nuestra marcha y que obligaba a las mulas a hacer un gran esfuerzo para seguir adelante. El Ambicá corría espumoso a nuestra izquierda, a una profundidad espantosa, y a nuestra derecha elevábase perpendicularmente la montaña hasta la altura de las nubes. Pasamos por fin aquel estrecho desfiladero; la pendiente se fue poco a poco suavizando y el camino continuó por una falda más tendida, por debajo de inmensas rocas que desde la cumbre nos amenazaban. Allí vi por primera vez varios ejemplares de la pita, agave americano, tan común en Andalucía, con sus tallos airosos, semejantes en la elegancia de sus formas a los más bellos candelabros egipcios, y un fique¹⁶ especial con púas dobles unidas en su base y vueltas las puntas en dirección contraria unas de otras. En las concavidades de las peñas sentíanse revolar, dando gritos agudos varias aves espantadas con el ruido de nuestros pasos; la guacharaca, especie de faisán de oscuro y uniforme plumaje, lanzaba al viento el estridente rumor de su canto desapacible, que el eco de la montaña opuesta repetía sin perder una sola nota, completando la discordancia de aquel extraño concierto el rumor estrepitoso del Ambicá luchando por abrirse paso entre los peñones que embarazaban su corriente.

Y... no obstante, resultaba de todo aquel espectáculo, tan salvaje como sublime, un conjunto tan armonioso, que de la misma deformidad nacía una belleza sorprendente y de un género antes para mí desconocido.

Un poco más allá encontramos un rancho habitado; luego un arroyo de aguas cristalinas y junto a él un árbol seco, en cuyo tronco se veían erguidas y lozanas dos bellas orquídeas, de flor blanca la una, y rosada la otra; como si la naturaleza se hubiera complacido en demostrar allí que nada en ella es inútil y que la vida, lejos de acabarse, renace con nuevas formas de los mismos seres profundamente modificados

¹⁶ Planta de la misma familia.

por esa incomprensible transformación, que en nuestro rudo e incompleto lenguaje llamamos muerte.

Cuando ya empezaba a declinar la tarde, pasamos por otro rancho, cerca del cual pacían algunas cabras y bueyes. Llamaron mi atención las llagas sangrientas que todos tenían en los lomos y en el pecho. Pregunté, y me dijeron que eran causadas por los nuches, gusanos o larvas que se introducen en la piel, procedentes de una mosca especial, por allí muy abundante; de la cual es imposible librar el ganado y que a veces se suele cebar hasta en el hombre.

Al ocultarse el sol, llegamos a una quebrada que lleva el nombre de Río Blanco, porque sus aguas corren siempre espumosas sobre un lecho de grandes piedras. Pasamos aquel arroyo por un puente de maderos labrados y gruesos tablones y arreglamos nuestro rancho en la opuesta orilla, cerca de su confluencia con el Ambicá, y armando entre dos árboles una tienda de campaña, por no haber espacio para otra más amplia.

La cena consistió en un poco de arroz cocido con tasajo y agua, no muy agradable ni sustancioso. Yo me contenté con una totuma de chocolate y algunas galletas, porque a mi paladar repugnaba aún aquel brebaje de la cocina colombiana, a que a mi pesar tendría que irme acostumbrando.

La noche estaba serena e iluminada por infinidad de cocuyos, bellas luciérnagas volantes; y por huir de la estrechez de nuestro toldo, hice suspender mi hamaca entre dos árboles poco distantes, y colocar encima a guisa de techo mi capote impermeable; pero no fue bastante garantía, porque a las pocas horas empezó a caer una abundante lluvia, y tuve que refugiarme en la tienda, donde me hicieron lugar mis compañeros, y volví a dormirme, arrullado por el ruido del torrente que bramaba a dos metros de nosotros y el de los aguaceros que hacían resonar como un tambor la tupida lona que nos cobijaba.

Cerca de nosotros, a la derecha, quedaba un sitio llamado Zaragoza, que consiste en dos pobres cabañas y algún desmonte, donde se cultiva un poco de yuca, maíz y caña.

SÁBADO 21 DE ENERO

Como la cena no había sido muy confortante, me desperté temprano y con gran apetito. La atmósfera estaba casi despejada, templado el ambiente, fragantes las flores y los pajarillos alegres y regocijados. Todo era bello, menos el desayuno que tenía en perspectiva, que no era otra cosa que una segunda edición del sancocho repudiado por mí en la noche precedente.

Vestíme de prisa; pregunté si había algún rancho próximo, y siendo afirmativa la contestación, hice ensillar mi mula, mandé a mi criado Gabriel que me siguiera, y me despedí de mis compañeros, a los cuales ofrecí reunirme al paso.

Mientras me la ensillaban, me entretuve grabando en el tronco de uno de los árboles, a cuyo pie habíamos arranchado, la siguiente copla, que algunos días después leyeron nuestros amigos de Colombia y más tarde me han recordado muchas veces:

"Montado en un macho mocho

Llegué anoche a este lugar;

Y hoy me voy sin almorzar

Por no comer el sancocho".

A corta distancia vuelve el camino a seguir la orilla izquierda del Ambicá, no menos bullicioso en esta parte de su curso; y a una media legua de Río-Blanco la Providencia me deparó dos humildes ranchitos y en uno de ellos una muchacha tan amable como graciosa y dispuesta, que en un abrir y cerrar de ojos me arregló un almuerzo excelente, compuesto de un pollo tierno, plátanos maduros y otras fríoleras que me hicieron desquitarme con creces del anterior ayuno.

Pagué lo mejor que pude a Venancia, que así se llamaba la joven; y a poco, pasaron mis amigos, me reuní con ellos y continuamos nuestra marcha.

Después de pasar un arroyo, donde había una cascada bellísima, penetramos en una selva sumamente espesa, en cuyo centro empezaban a practicar algunas rozas. Más adelante vimos otro salto de agua en un sitio no menos pintoresco que el primero, y cerca de él un gran número de mariposas de preciosísimos colores. Algo más lejos, divisábanse junto al cauce del río y a una profundidad considerable, varios ranchitos rodeados de plátanos y yuca. En esta parte de la montaña la compañía de Colombia ha tenido que vencer enormes dificultades para abrir el camino, y en honor de su director debemos decir, que ha sabido vencerlas de una manera sorprendente, hasta llegar con él a una cumbre sumamente empinada y que se eleva a muchos centenares de metros. En la subida encontramos algunos peones ocupados en la recomposición de aquella penosísima vía, deteriorada constantemente por las lluvias, y las piedras y troncos que los torrentes arrastran. Esto debe ocasionarles muchos dispendios, sobre el gran capital que ha debido costarles su apertura.

Allí se ven por todas partes bejucos enormes que trepan muchas veces hasta la cima de los árboles, cuyos troncos estrechan, como si pretendiesen ahogarlos entre sus numerosas espirales; allí crecen de una manera que asombra los helechos arborescentes y palmas de todas clases, entre las cuales se ve también la nacuma, de cuyas hojas se sirven para tejer los afamados sombreros; allí en fin la vegetación forma una masa tan tupida, que sería imposible dar un solo paso, sin la ayuda del machete y el hacha.

Al descender de aquella altura, se ven por algunos claros las faldas desnudas y peñascosas de la opuesta orilla del río. Entre los montes de aquel lado hay un cerro cónico sumamente elevado, que sirve como de inexpugnable barrera a las invasiones del bullicioso Ambicá y a las de otro torrente que baja a incorporarse con él por un profundísimo cauce formado de rocas areniscas. El río hace en este lugar un recodo; pásase el torrente por un puentecillo de gruesos tablones y sigue el camino por su

margen izquierda en dirección contraria a su espumosa corriente, dejando a la izquierda el cerro de que antes hemos hablado, y en cuya parte superior se ven algunos árboles secos, que contrastan con las muchas y bellísimas flores que bordean un lado y otro del camino. Este se dirige después por otra gran pendiente, cubierta de piedras y profundos barrizales, sombreados por árboles gigantescos, cuyo follaje impide que el aire y la luz penetren para orear siquiera su superficie.

Allí la vida está toda concentrada en la vegetación, alejando de aquellos lugares todo ser viviente. Ni un pájaro se mueve entre las ramas, ni otro animal alguno cruza por aquella selva pavorosa. Si hay algún reptil, está tan escondido, que no es posible advertir su presencia. La soledad y el silencio son allí tan absolutos, que hasta el ruido de una rama seca que se desprenda de su tronco, se oye a una distancia considerable.

De vez en cuando se hallan enormes peñones suspendidos sobre el tortuoso sendero; otras, pasa éste al borde de profundos abismos cubiertos por la maleza. Un resbalón o un mal paso dados por una mula serían bastantes para que ésta y el jinete bajaran en mil pedazos a donde nadie osaría bajar a recoger siquiera el más mínimo resto.

A las tres de la tarde llegamos a una ranchería situada en medio de una roza, donde crecen abundantes gramíneas para alimentar las bestias y el ganado, que por fuerza ha de hacer allí su estación, porque aquello es una especie de oasis en el sombrío desierto de la inextricable selva.

Lleva la ranchería el nombre de S. Pedro, y compónese de un tambo o cobertizo, donde los viajeros se guarecen, y una pequeña choza, donde habita la familia encargada de la custodia de aquel albergue miserable.

Allí pasamos la noche con bastante frío y alumbrados por la luz de los cocuyos, que en número prodigioso cruzaban el aire, formando una iluminación tan original como fantástica.

DOMINGO 22 DE ENERO

El frío se encargó de hacernos abandonar bien temprano nuestras hamacas. Cuando se recogieron las mulas, se vio que una de ellas había sido mordida por los vampiros en ambos lados del cuello, razón por la cual aquel día se la eximió del trabajo de llevar su carga. Hicimos un ligero almuerzo, y a las ocho y media de la mañana proseguimos nuestro viaje por una cañada, donde la selva adquiere una magnitud portentosa. Los árboles son tan gruesos y elevados, que arrancan involuntarias exclamaciones de asombro; y algunos de ellos rodeados por todas partes de plantas trepadoras, se asemejan a enormes mástiles de navíos gigantescos con jarcias proporcionadas a su elevación y a su volumen. Las piedras, cubiertas de líquenes y musgos muy variados toman un singular aspecto y revisten todos los colores y formas imaginables.

El camino sigue, siempre con el Ambicá a la izquierda, empedrado a veces y otras con largos trayectos de incómodos barrizales. Allí vi por primera vez hojas de guarumo de más de un metro de diámetro y otras de helecho en forma de quitasol, a cuyo uso se suelen destinar, uniendo tres o cuatro por el tronco para que adquiriera el espesor indispensable.

Después de pasar varias quebradas, subimos una gran cuesta; y al pasar por algunos derrumbaderos, donde el terreno superficial se ha precipitado con plantas, arbustos y árboles al fondo de un barranco, contemplamos por la abertura del monte vistas espléndidas sobre las montañas vecinas. Más adelante llamó nuestra atención un espectáculo original: era un árbol gigantesco con una ancha hendidura en la parte inferior de su tronco, donde asomaban varias excrecencias formadas por la aglomeración de la sabia y de tal manera dispuestas, que a primera vista ofrecían el aspecto de un monstruo enorme abierto por el vientre y con las entrañas petrificadas. Era un higuerón de 18 m. de circunferencia en su base.

Cerca de allí pasamos el Ambicá por un puentecillo rústico. En aquel lugar se le reúne un arroyuelo de aguas rojizas, cuyo color adquiere por el mucho óxido de hierro que contiene su cauce. Ya próximos a la cumbre lo pasamos por otro puente semejante al que habíamos atravesado. A aquella altura árboles y rocas se hallan cubiertos de una espesa capa de musgo de un color negrusco, color de que participa allí toda la vegetación, debido sin duda a la humedad constante que allí sostienen las nieblas y la lluvia, que sólo muy de tarde en tarde dejan penetrar un rayo de sol para animar por un momento aquella naturaleza agobiada por su eterno sudario.

A las doce en punto llegamos a coronar la inmensa altura que divide las aguas del Magdalena de las que corren al Meta y al Orinoco. Aquellas crestas sirven también de límites entre el territorio de San Martín y el Estado de Cundinamarca. De sus agrestes rocas salió espantado un búho y se ocultó en la maleza lanzando un siniestro graznido, como si nuestra presencia hubiese turbado extemporáneamente sus profundas meditaciones.

Sólo por algunos minutos pudimos contemplar desde allí el admirable panorama que se extiende por uno y otro lado; porque la niebla lo ocultó en seguida a nuestros ojos.

Aquel espectáculo me recordó el que había disfrutado desde la alta sierra de Luquillo, sin más diferencia que la que existe entre un mar de agua y otro, no menos extenso, de verdura. Para hacer la semejanza más completa, hasta sentíamos a nuestro alrededor el agudo y monótono chirrido de las ranas que me hicieron pasar tan horrible noche.

En la concavidad de una roca vimos también una gran multitud de crucecitas, colocadas allí como ofrenda de los transeúntes; ofrenda que no falta jamás en este país, donde quiera que hay un paso difícil o peligroso.

Al principiar el descenso hacia la parte de los Llanos, vimos en una quebradita o arroyuelo, gran número de mariposas: negras completamente unas; otras blancas con las alas festonadas de negro, y otras negras también con el festón azul o amarillo.

Junto a otro arroyo dejamos un tambo o ranchería llamado La Providencia, la cual sin duda nos salvó, al pasar sus profundos atolladeros.

Más adelante llamó nuestra atención una flor bellísima escondida entre el follaje. Alcanzámosla y vimos que era una preciosa pasionaria.

Un poco más lejos encontramos un arco grandioso de follaje y flores, dispuesto naturalmente como un arco de triunfo; aquello nos pareció de buen agüero.

Al terminar nuestra jornada vimos entre las enredaderas la planta del Guaco, que sirve de antídoto contra las mordeduras de las serpientes venenosas, y cuya inoculación se tiene como seguro preservativo¹⁷.

A las tres de la tarde llegamos a otra estación donde había un desmante con yerba pará y un tambo, donde debíamos pasar la noche y descansar un día. Este lugar llamado El Tigre, se halla en la confluencia del riachuelo del mismo nombre y un arroyo que baja entre dos montañas por la derecha.

Cerca del tambo hay una tosca cruz y al pie de ella la sepultura de un pobre joven, muerto el año anterior en la primavera de su vida y cuando le sonreía la más lisonjera esperanza. ¡Así suelen acabar en el mundo todas las ilusiones fundadas sobre el deleznable y perecedero cimiento donde el hombre edifica sus castillos soñados!

Allí contábamos con una ilusión: el reposo, que también se encargaron de desvanecer, los mosquitos durante el día, y las cucarachas durante la noche. De estas últimas había

¹⁷ El guaco, planta que en algunas comarcas del Ecuador se llama cundurango, es un bejuco de hojas cordiformes y cubiertas de un espeso vello. Atribúyensele muchas cualidades medicinales, y la tradición vulgar asegura que su descubrimiento se debe al pájaro de que tomó el nombre, por habersele visto, al luchar con las culebras venenosas, y ser mordido por ellas, acudir inmediatamente a picar las hojas de dicha planta.

un número tan prodigioso, como de hojas en los árboles del bosque y de granos de arena en la orilla del río.

LUNES 23 DE ENERO

Aunque la noche anterior había sido en extremo incómoda, porque las cucarachas lo habían invadido todo, incluso nuestras hamacas y nuestros vestidos, resolvimos pasar el lunes en el El Tigre, arreglando un poco nuestras colecciones y nuestros apuntes.

Las gallinas que había en el tambo son una excepción de la regla general, pues contra la costumbre de su especie, pasan sin dormir toda la noche, persiguiendo sin tregua a las cucarachas, que les sirven de alimento exclusivo y por las cuales desprecian el arroz y el maíz, cuando tienen insectos en abundancia. Sin duda les ha hecho adoptar su nuevo género de vida la circunstancia de que los insectos que persiguen salen tan solo durante la noche, ocultándose tenazmente de día en el primer escondrijo que encuentran. Esto hizo que ni un solo objeto de nuestro equipaje se hallase libre de aquella invasión asquerosa, participando de ella y en mayor abundancia aún nuestros víveres, cuyos cajones las contenían por millares. Los criados hicieron una requisita escrupulosa, de que las gallinas sacaron gran provecho, y nos resignamos a tener que hacer la misma operación al día siguiente.

Mi criado Gabriel tomó una de mis escopetas y se internó en el bosque, volviendo a la tarde con una culebra enorme, un guacamayo verde y un paujé, que en su excursión había cazado, y que nos proporcionaron una cena abundante y un buen almuerzo para el día siguiente, excluida por supuesto la culebra.

El paujé es del tamaño de un pavo común; tiene sus mismas costumbres y pertenece al género de las gallináceas; sólo que en lugar de las carúnculas rojizas que cubren la cabeza de aquél y parte de su cuello, el paujé, sobre todo el macho, ostenta un penacho bellissimo de plumas negras rizadas en su punta, que le dan un aspecto sumamente

elegante y gracioso. La hembra no tiene el penacho tan desarrollado pero no carece de él completamente. En ambos sexos el plumaje en general es negro con visos azules, excepto el vientre que está cubierto de plumas blancas. Su carne es un manjar excelente, sano y muy apetitoso. Hay otro paují, llamado de piedra, porque en lugar del penacho de plumas, lleva adherida a la parte superior de la cabeza una especie de pera de sustancia córnea, de cuatro a cinco centímetros de longitud, con el vértice del cono, que termina en punta, junto a la base del pico. Ambas especies son domesticables.

Por la noche cogimos en el río algunas sardinatas que aumentaron los platos de nuestra cena y que asadas sobre las brasas nos parecieron un bocado exquisito.

He comprado a uno de los muchachos del tambo un objeto sumamente curioso, consistente en una calabaza, que ligada con cuerdas antes de su completo desarrollo ha tomado la forma exacta del intestino de un cuadrúpedo. El joven lo tenía destinado a contener su aguardiente y su cabida es de algo más de medio litro.

MARTES 24 DE ENERO

Nos levantamos al ser de día y salieron los peones en busca de las mulas. Seis se habían extraviado y entre ellas tres más. Las huellas demostraban que se habían dirigido hacia S. Pedro, y allá se encaminaron a buscarlas. De las fugitivas eran también las dos que montaban el joven Sáenz y el Dr. Cuervo. Determinamos, pues, que saliesen las cargas disponibles, y se fue con ellas y los peones el Sr. Michelsen a las siete de la mañana. Sáenz, el Dr. y yo nos quedamos con dos de los muchachos a esperar la vuelta de nuestras cabalgaduras, que confiábamos no se habrían alejado mucho.

A eso de las doce, viendo que las mulas no regresaban, determinamos marchar a pie en dirección al Papamene, ordenando a los muchachos que procurasen alcanzarnos cuanto antes con las mulas ensilladas y la única carga que quedaba en El Tigre.

Pasamos el riachuelo de este nombre a hombros de mi criado Liberato, excepto el Dr. que prefirió descalzarse y pasarlo por sí con el agua a más de medio muslo. En vano fueron nuestros consejos: la ancianidad suele ser a veces tan caprichosa como la juventud inexperta, y no hubo medio de reducirlo a que nos imitase.

Pasado el río, tomamos el camino por unos desmontes recientes, esperando a cada momento ver llegar las mulas en nuestro alcance; pero como esto no sucedía y llevábamos andada más de una legua, y además teníamos delante una pendiente empinadísima, que nos era casi imposible subir, porque el calor nos sofocaba, entramos en consulta y de ella resultó que era más prudente regresar otra vez hacia El Tigre, por si las mulas no habían parecido, y tomar allí alguna determinación, que por sí solos no podían tomar los criados. Regresamos, pues, cubiertos de sudor y jadeantes; y al llegar a orillas del riachuelo vimos con placer que las mulas habían parecido y que lo estaban disponiendo todo, según nuestras órdenes.

Detuvimos allí un breve rato, mortificados por el jején, de que no había forma de evadirse; pasaron las bestias; montamos, y seguimos nuestro rumbo al este por la orilla derecha del Tigre, cuando ya eran más de las dos de la tarde.

La jornada de hoy se ha reducido al paso de dos montañas elevadísimas con sus profundidades correspondientes, sus arroyos y su selva gigantesca y compacta. Al llegar a la cumbre de la segunda, gozamos de una vista preciosa sobre un valle por cuyo fondo corren el río Papamene, bastante caudaloso, y otro más pequeño llamado Sorrento. A poca distancia de la confluencia de estos dos ríos, que ambos van a morir al Guayabero en un punto distante apenas una jornada, se halla otra estación con su tambo, su desmonte y pasto para el ganado. A orillas del Guayabero, que al juntarse en los Llanos con el Ariari toma el nombre de Guaviare, y forman parte del Orinoco, mucho antes de la incorporación del Meta, existen ya tribus salvajes, pero casi inofensivas, cuya reducción a la vida civilizada sería muy fácil, si se adoptaran para ello los medios que aconseja la razón, fundada más que en la utilidad material, en las necesidades del espíritu humano.

En nuestro camino encontramos muchas piedras de las que usaban los indígenas para moler el maíz, las cuales, por su mucho peso y volumen, fueron sin duda abandonadas, a medida que las tribus se alejaban de estos lugares.

Dichas piedras, por lo común cantos rodados de los que encontraban al acaso en el cauce de un torrente o de un río, tienen todas una forma análoga: la parte de su superficie más aplanada en un principio sirve para la molienda con otra más pequeña redondeada que llaman la mano. La primera llega por fin a hacerse cóncava por medio del rozamiento. De esta misma clase y con igual objeto se usan todavía en casi todas las casas, hasta en la capital de la república, en lugar del almirez o mortero de que se sirven en Europa.

Al descender al valle, encontramos a un lado y otro algunas telas de araña de una consistencia y magnitud tan sorprendentes, que parecían velas de barco tendidas a secar sobre el ramaje. Los hilos que las sostenían, a veces desde un árbol lejano, eran tan gruesos, que la vista los seguía sin dificultad desde una gran distancia. Las arañas que las tejen son de gran tamaño y cazan a veces hasta pájaros pequeños.

A las seis y media de la tarde nos reunimos a nuestros compañeros, después de pasar el río por un vado muy profundo. La caza de este día consistió en dos pavas silvestres, del tamaño de gallinas, un yátaro o tucán Dios-te-dé, ave de un pico enorme que conservo disecada y un torito de monte, de plumaje bellissimo, que también conservo.

MIÉRCOLES 25 DE ENERO

El deseo, o más bien la necesidad de tomar un baño, nos hizo salir del tambo bien de mañana y dirigirnos a la orilla del Papamene, que corre de norte a sur como el Sorrento; y aun cuando el agua estaba un poco fría, nos pareció muy agradable. En una playita estrecha que hay entre la orilla y el enorme pedregal que forma su margen, encontramos muchas huellas recientes de danta o tapir y algunas de tigre, que por la

impresión que habían dejado, debería ser muy corpulento. Estas huellas se perdían en la orilla, señal segura de que la fiera había pasado en la madrugada anterior el río de un lado a otro. Y a este respecto no quiero dejar de consignar aquí lo que la voz general refiere sobre la astucia de este felino, cuando tiene que atravesar alguna corriente y sabe o sospecha que pueda haber en ella algún caimán, que es su irreconciliable enemigo.

Cuando esto sucede, el tigre llega a la orilla del río o del arroyo, y lanza sucesivamente varios rugidos que dan testimonio de su presencia. El caimán o los caimanes, que casi siempre están en acecho, se dirigen inmediata y cautelosamente por debajo del agua al sitio en que se halla rugiendo su codiciada presa, y allí aguardan el momento en que debe caer, para apresarla entre sus mandíbulas y arrastrarla al fondo, único lugar en que sus fuerzas son superiores; pero aguardan inútilmente; porque el tigre, más sagaz que sus adversarios, luego que ha rugido diferentes veces en aquella parte de la orilla, se dirige presuroso a otra algo distante y por allí se lanza seguro de no ser apresado por el anfibio.

Después de almorzar fuimos a pasear un poco por los alrededores del tambo, donde recorrimos un platanal muy extenso, una buena plantación de yuca, y otra de tabaco, cuyas hojas estaban ya casi maduras. Entre los plátanos había algunas matas de café y de cacao, que tardarán algún tiempo en dar fruto; pero puede asegurarse que tanto estas como la caña de azúcar se darán allí admirablemente, a juzgar por las pocas plantas que existían, sin duda para prueba.

La cacería de hoy ha consistido en una pava de penacho blanco, que conservo disecada, y un carpintero de penacho rojo, que conservo también de la misma manera. El carpintero, que se alimenta exclusivamente de hormigas, trepa con gran facilidad por el tronco de los árboles, y su canto consiste en una especie de redoble, como si se tocara en un tronco hueco con la punta de un cuerpo duro. Esto ha dado ocasión a que se atribuya a este pájaro cualidades que realmente no tiene, creyéndose en general que el ruido lo hace tocando con el pico en los troncos y que los rompe y taladra, por

duros que sean, con la misma facilidad que el carpintero con la ayuda del escoplo y el mazo. Es verdad que horada los troncos; pero es sólo cuando entran en putrefacción total o parcialmente.

La pesca ha sido mucho más abundante que la caza; pues los peones que fueron con tarraya al Sorrento, han regresado al anochecer enteramente cargados de sardinatas, doradas y boca-chicos, tres clases de peces muy sabrosos.

Esta noche hemos tenido un grave disgusto: el Dr. Cuervo se ha sentido algo enfermo; efecto quizás de su mojadura en el Tigre. Esto nos tiene en extremo cuidadosos; porque en una persona de su edad la naturaleza, por vigorosa que sea, carece de fuerzas para luchar con las enfermedades, y mucho más donde hay tan pocos recursos. Confiamos, sin embargo, en Dios, y esperamos el día de mañana.

JUEVES 26 DE ENERO

El Dr. Cuervo se encuentra hoy algo mejorado, y nos hemos detenido para explorar las orillas del Sorrento y aumentar nuestras colecciones. Al llegar allí, hemos encontrado muchas huellas de dantas y venados. Hemos muerto otras dos pavas y una oropéndola, de gran tamaño.

Estas preciosas aves, llamadas guapas en el país, viven en familias de muchas parejas; suspenden sus nidos de un solo árbol, formando una especie de bolsas en la extremidad de las ramas, bolsas que a veces tienen cerca de un metro de longitud, con un agujero por donde penetran para hacer la postura y criar sus hijos, que por lo general nunca bajan de dos, ni exceden de cuatro.

Cuando una familia se propone establecer en un árbol su colonia, las hembras se reúnen sobre las ramas y van fabricando en común los nidos que necesitan, según las parejas, con los materiales que al efecto acarrearán los machos, también en común y poseídos de un espíritu de asociación que no siempre se encuentra en el hombre.

Asegúrase también que del mismo modo alimentan los polluelos de toda la tribu o familia; pero de esto no puedo dar fé en calidad de testigo ocular, como la doy de la construcción de los nidos, por haber estado largo rato observando la operación, oculto entre unas matas, cerca de un árbol donde se establecía de nuevo una de estas colonias, que se mantiene merodeando en los platanales y plantaciones de café y cacao, con algunas frutas silvestres y con insectos de diversas clases a quienes persiguen con tenacidad, sobre todo en tiempo de cría.

VIERNES 27 DE ENERO

Nuestro pobre Dr. ha empeorado hoy. Le ha acometido primero un frío intenso y después una fiebre que le ha durado toda la tarde y una gran parte de la noche. Esto nos ha obligado a suspender nuestra marcha.

Hemos cazado dos pavas más, que han sido un gran recurso para la comida, y se ha pescado algunas doradas, de las cuales hemos tomado una, preparada al estilo del país, y que encontramos bastante agradable. Consiste la preparación en meter el pez, ya limpio de intestinos y escamas, con un poco de sal, ajo y alguna otra especia, dentro de un canuto de la caña colosal llamada guadua; pónese el canuto sobre las brasas, y no se le deja de dar vueltas hasta que el pez está ya cocido con su propio jugo y el de la caña que le sirve de cacerola.

El Dr. se ha aliviado bastante después del acceso. Esta noche hemos tenido también iluminación de cocuyos y una serenata que Liberato nos ha dado con su caramillo, instrumento formado de tubitos de caña yuxtapuestos, como los que usan en España los castradores de oficio, para anunciar su presencia en las poblaciones donde puedan necesitar de su terrible ministerio.

SÁBADO 28 DE ENERO

El estado de la salud del Dr. nos da muchas esperanzas por haberse levantado completamente limpio de fiebre. Él fue el primero que nos estimuló a seguir adelante; y así fue que, después de administrarle algunos medicamentos, lo dispusimos todo para la partida.

Esta se verificó a las nueve y media de la mañana, tomando la dirección sur este hacia el río Duda, término de nuestra jornada.

Después de pasar un pequeño arroyo, atravesamos el Sorrento, de cristalinas aguas; más adelante otra quebrada de aguas no menos puras y transparentes, y en seguida empezamos la ascensión de una gran cuesta, desde cuya cumbre se descubre hacia el este una extensión inmensa de la serranía. Descendimos luego a un valle profundo con un arroyuelo en su fondo y cerca de él un tambo llamado el Rancho, escondido entre una roza no muy extensa. En el rancho había una mujer, dos niños pequeños y algunas gallinas y pavos comunes. La palidez, y demacración de aquella infeliz madre y de las pobres criaturas que la acompañaban dan claro indicio de que aquel lugar es muy malsano y de que más o menos tarde hará sucumbir a su influjo maléfico aquellas pobres víctimas, acaso heridas ya por la mano de la muerte.

Al pasar luego otra quebrada, que corre de norte a sur como las anteriores, nos rodeó un numeroso enjambre de mosquitos, que en vano tratábamos de alejar, agitando a un lado y otro nuestros pañuelos. Las mulas sacudían sin cesar la cola y las orejas, tratando de librarse de la plaga; pero todo era inútil: los insectos nos perseguían con tal ensañamiento y tan furioso encono, como si nuestro paso por aquel lugar fuese para ellos una agresión intolerable. Al fin nos abandonaron, aunque no todos, al alejarnos de aquella hondonada funesta, y ya pudimos gozar de algún reposo.

Huyendo de enemigos tan implacables, me había adelantado algunos kilómetros de mis compañeros. Mi fiel Bogotá corría delante de mi mula, huyendo también del

implacable y común enemigo; de cuando en cuando su instinto de cazador le obligaba a internarse a un lado u otro por entre la selva, donde levantaba ya las perdices y pavas, ya los paujies y los monos, que huían chillando hacia el centro de los bosques.

Al pasar una quebradita se internó como de costumbre por la derecha, con el hocico en el suelo y moviendo la cola, siguiendo al parecer el rastro de algún animal oculto. De pronto, lo veo salir al camino, huyendo con la cola entre las patas, erizado el pelo del lomo, y lanzando un sordo ladrido. En esta actitud temerosa se dirigió hacia mí, volviendo atrás la cabeza como si un grave peligro le amenazase. En efecto, había llegado a la cama de un tigre, por fortuna demasiado joven, que a su vez se levantó asustado, y huyendo como el perro, atravesó el camino de derecha a izquierda, como a treinta o cuarenta metros de distancia. Yo que, desde el primer momento había preparado mi escopeta, le tiré, aunque inútilmente, cuando ya se ocultaba, y él continuó alejándose, según pude calcular por el ruido que poco a poco se fue perdiendo entre la maleza.

Más adelante nos volvieron a acometer de nuevo los mosquitos; pero su persecución duró menos que la precedente.

Entramos después en un terreno algo más llano, donde la selva toma mayores proporciones; de pronto una enorme algazara producida por agudos chillidos me hizo levantar la cabeza hacia la copa de los árboles más corpulentos: era una legión de monos grises, llamados en el país churucos, que se divertía a mis expensas, lanzándome al paso ramas secas y puñados de semillas de los mismos árboles, gritando sin cesar y haciendo mil gestos y contorsiones.

Por algunos momentos sostúvose una terrible lucha entre el instinto de destrucción, y un sentimiento de lástima, hacia aquellos pobres seres inofensivos: al fin el mal triunfó del bien, como sucede casi siempre; dirigí hacia ellos los cañones de mi escopeta; salió una bala y atravesó el brazo de un pobre mono, que, a pesar de la herida huyó saltando de árbol en árbol, chillando sin cesar de un modo lastimero y

asiéndose de las ramas con la otra mano, las dos patas y la cola prensil y de una gran fuerza. Entonces, enojado contra mí mismo, comprendí que aquella agresión no era un hecho inocente, y desistí de la persecución como de un mal pensamiento, a lo que contribuyeron no poco los demás churucos, que agrupándose alrededor de su compañero herido, querían como ayudarlo a saltar y hacían coro a sus dolorosos lamentos.

Me alejé de allí profunda y desagradablemente impresionado, y a las cuatro y media de la tarde llegué, el primero, al tambo, que distará apenas un kilómetro del río Duda, y que se levanta en medio de un desmonte reciente junto a un arroyuelo.

Poco después llegaron mis compañeros y los criados con las cargas, trayendo un morrocoy, galápago o tortuga terrestre, de grandes dimensiones, que debía servir para una de nuestras comidas.

Mientras se preparaba la de este día, el joven Sáenz y yo, movidos por el deseo de ver el Duda, cuyo profundo cauce nos habían ponderado, nos dirigimos a él por el sendero que habíamos de llevar al día siguiente, hasta encontrar un puentecillo que sirve de paso.

Para llegar hasta allí, hay que bajar una cuesta estrechísima y muy pendiente, donde hay algunos trozos de un barrizal profundo y otros de esquisto arcilloso, donde se da un resbalón a cada paso.

A la izquierda hay muchas piedras amigdalóideas entre las capas de arenisca o asperón que forman el terreno.

El cauce tiene por aquel lado una profundidad de diez y seis metros hasta la superficie del agua y tres más hasta el fondo. La corriente es bastante tranquila y el agua muy limpia y transparente.

La excavación de este cauce, que se ensancha de arriba abajo desde noventa centímetros, que tiene el puente, hasta unos diez metros que tendrá en su parte más profunda, indica que la roca de conglomerado arenisco es más dura en la superficie que en la parte inferior, o que de algún tiempo acá se ha aumentado el volumen de la corriente que la socava.

Al acercarnos, sentimos en aquellas concavidades, cubiertas por la maleza, una especie de bufidos de gato, acompañados de ese sonido gutural que producen cuando pelean unos con otros o se les persigue donde no encuentran salida: Eran los guácharos, aves nocturnas, que viven siempre en los lugares cavernosos, esquivando como los murciélagos la luz del día¹⁸. En vano tratamos de hacer salir a alguno de ellos, lanzando palos y piedras en aquellos oscuros antros; sólo percibimos el ruido del batir de sus alas contra las rocas y el bufido con que acompañaban la caída del objeto que turbaba el reposo de sus tenebrosas guaridas.

Al oscurecer regresamos al tambo, donde encontramos la cena dispuesta. Componíase ésta del desventurado sancocho indio, para mí tan repugnante. Tomé un poco de chocolate con algunas galletas.

El Dr. se quejaba naturalmente de debilidad y de cansancio. Administrósele un poco de caldo de morrocoy; suspendiéronse nuestras hamacas y nos entregamos todos al sueño.

DOMINGO 29 DE ENERO

Las comidas que veníamos haciendo, desde nuestra salida de Colombia, excepto cuando matábamos algunas aves, eran tan poco simpáticas a mi estómago como a mi paladar y a mi olfato. Esto me tenía ligeramente indispuerto, y con justísimo temor de que la indisposición se agravase, precisamente en donde no era posible encontrar

¹⁸ En otras comarcas del mismo país los llaman guapaces.

humano recurso; así es que, cuando se emitió por el Sr. Michelsen la idea de permanecer un día más en las orillas del Duda, me opuse abiertamente, tanto por mí como por el anciano doctor, aún muy delicado, y a quien debíamos sacar cuanto antes de aquella atmósfera maléfica y llegar a lugar poblado, donde en caso de necesidad se encontrasen mayores medios de combatir su dolencia. De mi propia opinión era el Dr. Cuervo; pero no quería contrariar en manera alguna a los dos jóvenes, y se resignó con su suerte, a pesar de que las nubes de jején no nos dejaban un instante de reposo, aun adoptando como defensa caretas de gasa y guantes de algodón, que en aquella elevada temperatura llegaban a hacerse insufribles. Yo me resolví a seguir adelante con mis criados y a esperarlos en el primer punto donde hubiese siquiera menos incomodidades; pero Gabriel, que se había alejado con la escopeta muy de mañana, no parecía, y esta contrariedad me hizo resignarme también a pasar otras veinticuatro horas en aquel infierno abreviado. Gabriel volvió al fin cerca del mediodía, sin encontrar pieza alguna de caza. Hicimos nuestro almuerzo con plátanos verdes y carne seca, y enviamos algunos peones con la tarraya en busca de pescado; Gabriel se volvió al monte con la escopeta; Michelsen y Sáenz se fueron a herborizar, y el Dr. y yo nos quedamos tendidos en nuestras hamacas, buscando inútilmente en el sueño algún alivio a tantas penalidades.

Nuestros jóvenes compañeros regresaron al tambo a las cuatro de la tarde con algunas plantas y muestras de maderas, y un mono, de la especie de los churucos, tan viejo que no tenía ya ni un solo diente. El pobre animal había recibido antes de caer unos cuantos balazos, que le habían agujereado el cuerpo en todas direcciones; así es que su cadáver inspiraba a la vez horror y lástima. No obstante, el joven Sáenz emprendió su disección y la llevó a cabo en poco tiempo.

Más de las seis eran ya; la noche estaba bastante oscura, y sin embargo el cazador y los pescadores no regresaban. Esto nos tenía con bastante cuidado, por temor de que se hubiesen extraviado en el bosque, y empezamos a gritar con todas nuestras fuerzas y disparamos algunos tiros, para que les sirviesen de señal, si no se hallaban muy distantes. Al poco rato sentimos voces hacia la parte del río, y media hora después

llegaron todos al tambo con una pava, más de cincuenta peces, y una culebra taya equis, que estuvo a punto de morder a los exploradores. Con los nuevos recursos tuvimos una cena opípara, dejando una buena parte para el almuerzo del día siguiente.

El termómetro que había subido hasta 36° descendió durante la noche a 13°, lo que nos hizo experimentar un frío excesivo que nos molestó mucho.

LUNES 30 DE ENERO

Almorzamos temprano, y salimos todos a las siete y media de la mañana, subiendo una corta pero muy difícil cuesta a la orilla izquierda del Duda. Seguimos después por un terreno bastante llano con selva alta y espesa y pasamos varias quebradas cuyas aguas corren en general de oeste a este. La lluvia empezó a caer a poco de nuestra salida; pero el bosque era tan compacto que apenas caía al suelo una gota; de modo que puede decirse que caminábamos protegidos por un inmenso toldo. Pero lo mismo que en un principio nos evitó mojarnos, sirvió más adelante y cuando cesó la lluvia, para que tuviésemos que acudir a nuestros capotes de goma; porque tan pronto como pasaron las nubes, empezó a correr un fuerte viento, que sacudía las copas de los árboles, haciendo caer en gruesos goterones el agua detenida en las hojas; razón por la cual puede decirse sin faltar a la verdad más estricta, que sufrimos la lluvia sin mojarnos y nos mojamos completamente cuando ya no llovía.

Después de pasar otra quebrada, entramos de nuevo en terreno más escabroso; la selva era gigantesca y habíanla escogido por morada muchos monos de piel amarilla, que se columpiaban en lo más elevado de las ramas, saltando de unas en otras, siempre sobre nosotros, castañeando los dientes y haciendo muecas que excitaban nuestra risa, no excitándola tanto otras lindezas, que no son para referirse y que prodigaban hasta el punto de tener que espantarlos, disparando tiros al aire. Mi criado Gabriel, que se había adelantado conmigo, quería tomar venganza de aquella especie de desacato, pero se lo prohibí terminantemente.

A eso del mediodía pasamos por un puentecillo rústico otro riachuelo de cauce aún más profundo que el del Duda, pero menos tenebroso. La lluvia, que siguió entonces arreciando, nos puso tan resbaladizo el sendero, que nos obligó a acortar mucho el paso, a lo que contribuían también los accidentes del terreno cubierto de colinas gredosas, donde decrece la selva y se halla de trecho en trecho algún arroyo con cuevas muy pendientes y ocasionadas a continuos resbalones.

Como dos tercios de nuestra jornada llevaríamos andados, cuando encontramos un tambo pequeño a orillas de otra corriente y en él un hombre ocupado en derribar árboles y en disponer otra estación o descanso para los ganados y transeúntes. Aquel lugar se llama Las Pailas, y aquel hombre vive allí casi siempre solo, luchando con una naturaleza tan poderosa como su resignación, mal alimentado y casi desnudo; y a pesar de todo, vive contento y no parece desear mucho el trato con sus semejantes. De este ser desgraciado que ocupa un término medio entre la civilización y la barbarie indígena, nadie se conduele, porque con un puñado de reales se paga su trabajo; y sin embargo, es mucho más infeliz que los que cuentan por único recurso el arco y las flechas, porque éstos a lo menos viven en familia y tienen afecciones y goces de que aquél se halla completamente privado.

A poca distancia de allí empezamos a encontrar muchos conos o nidos de termes y otros grandes montones de tierra, que a veces embarazaban el camino y que estaban formados por los numerosos enjambres de hormigas llamadas arrieras, que hacen sus trabajos de excavación con extraordinaria celeridad y de proporciones verdaderamente pasmosas.

Penetrando después en un monte de más espeso follaje sentimos varias veces el rugido del jaguar y la puma, tigre y león americanos, que dormidos quizás cerca del camino, protestaban así de nuestra invasión en aquellas selvas solitarias, donde han vivido mucho tiempo sin ser inquietados por el hombre.

A las tres de la tarde llegamos al término de nuestra jornada, alojándonos en un tambo recién construido a orillas de un claro riachuelo llamado de Las Piedras, que corre de noroeste a sureste. Allí se está empezando otra roza con el mismo objeto que las anteriores, ocupándose en este trabajo seis hombres, que a pesar de su escaso y mal alimento, derriban al día más de trescientos árboles.

Gabriel, que se había quedado rezagado maliciosamente, llegó una hora después con algunos de los peones, conduciendo dos pavas, dos monos hembras inmoladas a impulsos de su vengativo plomo y un pobre monito, que había caído por fortuna ileso, abrazado al cadáver de su madre, y a quien desde luego dimos el nombre de Perico. Lástima daba de ver a aquel infeliz animal, a quien costaba trabajo desprender de la que antes lo alimentaba, buscando en su frío pecho lo que ya no podía encontrar y haciendo los mismos extremos de desesperación que pudiera hacer una criatura humana al encontrarse en iguales condiciones.

Liberato arrancó diestramente la piel a una de las monas y la otra la dejamos sin desollar para que sirviese de estéril consuelo al desgraciado monito, cuyos lamentos no nos hubiesen dejado dormir sin apelar a aquel recurso.

La noche fue de continua lluvia y truenos espantosos. El monito la pasó sin chistar al pie de un árbol, cobijado por el frío cuerpo de su madre y agarrado al pecho como si estuviese viva.

MARTES 31 DE ENERO

A pesar de la lluvia, que no cesaba, salieron a las siete con las cargas los criados y peones, conduciendo también sobre una de ellas el monito huérfano, a quien todos empezábamos a cobrar mucho cariño, y que, separado por fuerza de los restos de su madre, se contentaba con ir estrechamente abrazado a la piel de la otra mona.

Ya nosotros íbamos también a montar en nuestras mulas, cuando la del Dr., tomando carrera se lanzó al río, lo atravesó con una celeridad increíble y siguió a trote largo por el camino que había andado en el día anterior, salvando quebradas y barrizales.

El Sr. Michelsen y un criado salieron a alcanzarla, y gracias a sus buenas mulas, volvieron con la fugitiva al cabo de una hora. A las ocho emprendimos nuestra marcha por un sendero aún más trabajoso y escurridizo que el del día precedente, bajando algunas quebradas de una manera tan original como peligrosa, que el Dr. llamaba bajar en abreviatura, y que hubiera sido del todo imposible con animales menos acostumbrados a un ejercicio tan difícil como peligroso. Figúrese el lector un plano sumamente inclinado, a veces de muchos metros de extensión, a cuyo extremo hay que descender resbalando, porque el casco de las mulas no encuentra un solo punto de apoyo. Pues bien, estos animales dotados de prodigiosa agilidad y fuerza, y amaestrados por el instinto y la costumbre, cuando llegan al borde superior de uno de estos planos, se dejan caer sobre el cuarto trasero, extienden las patas delanteras hacia delante, y así se abandonan al impulso de su propio peso, hasta llegar al fondo, donde suelen quedar medio enterradas en el agua o el barro. El jinete no tiene que hacer otra cosa que echarse cuanto sea posible hacia atrás y guardar bien el equilibrio, so pena de caer en el descenso y ser arrastrado por su cabalgadura, con peligro inminente de romperse algún miembro o quizás de morir estrujado. En cuanto a la subida, las mulas son tan ágiles, que trepan apoyando solamente el filo anterior del casco, único modo de no resbalar, porque entonces la caída sería infinitamente más peligrosa tanto para ellas como para el jinete.

Ahora bien, puede considerarse lo que sufriríamos en ésta y en la anterior jornada, teniendo que atravesar más de veinte pasos de riachuelos, quebradas o arroyos con tan inmensas dificultades, llevando sólo de equipaje nueve cargas y nuestras cinco mulas de silla. Y todo ello, debemos decirlo con franqueza, ya que en otro lugar tributamos justas alabanzas a los constructores del camino; todo ello por evitar el gasto insignificante de colocar algunos puentes rústicos, que importarían sólo la mano de obra, porque los materiales son abundantísimos y sobran por donde quiera; pero

se conoce que no han mirado con interés sino las dos o tres primeras jornadas saliendo de Colombia, y el resto lo han abandonado completamente, contentándose con indicar por dónde puede abrirse la vía.

Hoy hemos encontrado bastante variedad en la selva. Crecida en los terrenos llanos, cede en proporciones en las colinas un tanto arenosas, y empieza a notarse la menor elevación de los montes a medida que se avanza hacia los primeros estribos de aquella parte de la cordillera. En algunos cerros las palmas de todas clases abundan mucho y escasean los árboles, mientras en los terrenos bajos y en las llanuras intermedias los árboles son más elevados y numerosos.

Como a la mitad de la jornada encontramos un tambo a medio construir, y próximo a él un corral, que está esperando su desmonte. Este lugar se llama Aguerido y se halla por hoy completamente deshabitado.

Cerca de él pasamos otro arroyuelo; después el río Ture, cuya orilla izquierda seguimos, cambiando nuestra primera dirección, que era al Este, por la del norte, cuando eran ya las tres de la tarde. En ambos márgenes de este río hay muchos y grandes grupos de elevadísimas guaduas que le dan un aspecto sumamente agradable y pintoresco.

Después de atravesar varias quebraditas, que contribuyen a aumentar la corriente del Ture, pasamos por un estrecho puente el Caure, algo más caudaloso y de cauce estrecho y profundísimo, que se abre a corta distancia a la derecha, sobre una playa pedregosa.

Subimos luego, no sin peligro, una cuesta muy empinada al borde de un gran derrumbadero, y seguimos al noroeste. Llegando antes de las cuatro a las orillas del Güejar, que por la creciente estaba invadible.

En aquel sitio hallamos sólo una pequeña y casi derruida cabaña, donde no podíamos en manera alguna albergarnos. Fijamos nuestra tienda en la orilla derecha del río; cenamos con un paují de dos, macho y hembra, que Gabriel había cazado, dejamos el otro para el día siguiente, y nos acostamos, durmiéndonos al arrullo de una abundante y desconsoladora lluvia.

Perico, que se iba ya familiarizando con nosotros, comió también un poco de plátano maduro y una galleta mojada en chocolate y se entregó al sueño, teniendo abrazada estrechamente la fría piel del individuo de su familia.

MIÉRCOLES 1o. DE FEBRERO

Como habíamos tenido la fortuna de que el Dr. Cuervo se mejorase pronto, pudimos levantarnos de madrugada para salir muy temprano. El río no había bajado desde el día anterior sino unos diez o doce centímetros, y era indispensable verificar nuestro paso antes que volviese a crecer con la lluvia de la noche.

Mientras se acababa de disponer el almuerzo, fuíme a la orilla del río por si lograba matar una nutria que desde la tarde anterior andaba en una isleta próxima. El animal apareció en efecto, pero completamente fuera de tiro; y para pasar a la isla, era necesario hacerlo desnudándose y con el agua a la cintura. No pareciéndome que el animal, aun en el caso de que esperase, merecía la pena de tanto sacrificio, me entretuve en verlo pasear desde lejos y en coger algunas mariposas de un color amarillo dorado con festón negro alrededor de las alas.

No eran todavía las siete, cuando habíamos almorzado ya todos, empezó el paso por las cargas que, una a una, y con dos peones desnudos de custodia, iban a lomo de las mulas más altas; y aun así se mojaron todas al atravesar el centro de la corriente. Concluido el paso de las cargas, pasamos nosotros casi de rodillas sobre las monturas y dándonos, a pesar de eso, un baño de pies, o mejor dicho, de piernas, que nos obligó a mudarnos de calzado al llegar a la otra orilla. Todo terminó con felicidad a poco más

de las nueve, y a esa hora emprendimos nuestra jornada en dirección al Este, observando en aquella margen del Güejar algunos grandes trozos de roca de conglomerado brechiforme. Desde la misma orilla del río arranca una cuesta más suave que la mayor parte de las anteriores, y en la que, al abrir el camino, se ha hecho un ancho desmonte, que hoy se halla cubierto de gramíneas. Las mulas, que en las dos noches precedentes no habían tenido más pasto que un poco de maíz seco y algunas hojas de palma y chusque¹⁹ que a duras penas encontraban en el bosque, se detenían, a pesar nuestro, a tomar algunos bocados de aquella yerba fresca, que para los hambrientos animales era una tentación continua. Si hubiésemos tenido la suerte de poder pasar en la tarde anterior el río que nos detuvo, las pobre bestias hubieran podido desquitarse del ayuno forzoso que habían sufrido en la noche del lunes; pero nuestra detención obligada les había impuesto un día y una noche más de abstinencia; así es que no podíamos mostrarnos con ellas muy exigentes, y las dejábamos que fuesen poco a poco recuperando las fuerzas perdidas.

Según íbamos subiendo las colinas arenosas, en que por aquella parte van a morir al llano las ásperas sierras que dejábamos a la espalda, el bosque decrece considerablemente y los árboles de mediana altura toman un aspecto menos sombrío. Pasamos por fin las últimas quebradas de barro gredoso, donde la selva vuelve a adquirir sus colosales y agrestes formas; y a las diez en punto, yo, que me había adelantado ansioso algunos kilómetros de mis compañeros, salí a terreno limpio donde concluye el bosque cerrado y puede extenderse la vista sobre un ancho horizonte. En el límite de la selva hay un tambo llamado San José y un corral de guaduas para encerrar el ganado. Entre el llano, propiamente dicho, y aquella vivienda, entonces solitaria, se extienden algunas colinas y cerros de bastante elevación, de terreno rojizo cubierto de altas gramíneas y sembrado por todas partes de piedras rodadas, recuerdo sin duda de la remota época geológica que la Escritura describe de un modo tan gráfico, cuando dice que "la tierra estaba vacía y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas".

¹⁹ Chusque: caña del país que abunda mucho en las montañas. Es maciza y tiene los nudos muy desarrollados.

Al salir de la selva, donde por tantos días habíamos respirado una atmósfera pesada y húmeda, al sitio donde el aire puro circulaba sin obstáculos y la luz se difundía por todas partes, dilatáronse mis ojos para gozar de aquel don divino y ensancháronse mis pulmones comprimidos por tanto tiempo bajo el espeso manto vegetal que por donde quiera nos abrumaba.

Los primeros seres que encontré a mi paso y que parecían saludar mi llegada como la de un amigo, fueron un saltador e inquieto firigüelo²⁰, de almendrado pico y negro plumaje, la simpática y diminuta tórtola llamada abuelita y el desgarrado zamuro, cuyo rey, posado tranquilamente sobre un arbusto seco, nos vio pasar a corta distancia, sin dignarse variar de actitud, por temor o por curiosidad siquiera.

Las nubes que templaban el calor habitual de aquellas inmensas llanuras, corrían de la parte del este donde aparecían arremolinadas. En los valles profundos y junto al lecho de los arroyos las gramíneas eran sustituidas por graciosos grupos de árboles cubiertos de flores amarillas y blancas, azules y rojas, de una variedad infinita.

La senda, oculta a veces entre los pajonales, cruza las primeras colinas, y un poco más allá aparece el Llano, que para ser más bello, no tiene la monotonía de las extensas sabanas desprovistas de arbolado; sino que se compone de una serie de planicies más o menos espaciales, a que sirven de marco graciosas y tupidas fajas de árboles corpulentos, que cubren las quebradas y arroyos y hasta las corrientes pluviales, descollando sobre las más elevadas copas los elegantes penachos de infinitas clases de palmeras, colocadas allí por la mano de Dios, para dar a aquellas franjas de bosque un aspecto más variado e interesante.

El terreno rojizo de que están cubiertas las llanuras es de una fecundidad prodigiosa y se halla tapizado de una tan densa capa de fresca y menuda yerba, que en solo la

²⁰ Ave de plumaje negro, que se alimenta exclusivamente de insectos y vive solo en las tierras calientes y templadas. Es del tamaño de un mirlo, y el mismo que en las Antillas lleva el nombre de judío.

extensión que abarca la vista había para alimentar millones de herbívoros de todas especies.

Al contemplar aquellas inmensas llanuras, en su mayor parte solitarias, que comprenden millares y millares de leguas de fértil y privilegiado suelo, capaz de contener holgadamente una gran parte de la población de Europa, se contrista el ánimo, pensando en las sangrientas luchas sostenidas hoy entre dos pueblos que se llaman civilizados, por la posesión de algunas hectáreas de tierra, disputadas con cruel encarnizamiento y en nombre de una civilización que se dice cristiana.

Y entre tanto, aquí yacen incultas comarcas inmensas, que, fecundadas por el trabajo de los que allá sucumben por la bárbara acción de los más perfectos aparatos de guerra, producirían para la humanidad beneficios incalculables.

Pero ¡ah! este país, tan extenso como fecundo, cruzado por anchas arterias, navegables todas, desde la falda de la cordillera, permanecerá, Dios sabe hasta cuándo, bajo el estéril dominio de las tribus salvajes que habitan sus riberas, compartiendo su poder con el león, el tigre y los reptiles ponzoñosos que pueblan sus bosques, y el boa, la babilla y el caimán, dueños de sus lagunas y de sus más caudalosas corrientes.

Poco después de las once, las nubes que hacia el este se habían ido agrupando, avanzaron a impulsos de un fuerte viento, y empezó a caer una menuda lluvia que pronto se convirtió en copioso aguacero. El agua descendía en verdaderos torrentes, y el huracán desencadenado rugía con una furia espantosa, levantando nuestros capotes, que en vano tratábamos de mantener en posición defensiva contra aquel diluvio improvisado.

Yo había visto y sufrido aguaceros enormes en Europa y América; pero no hubiera tenido una idea, siquiera aproximada de lo que es un invierno²¹ en los Llanos, a no

²¹ Llámase aquí invierno a toda temporada de lluvias.

haber sido víctima del que en este día nos penetró hasta los huesos, a pesar de todas nuestras prevenciones. Aquello no era verdadera lluvia cayendo gota a gota, sino chorros continuos como si se hubiese levantado en el aire un profundo mar para caer desplomado sobre nosotros. El terreno literalmente cubierto de agua por todas partes, se convirtió de pronto en un lago, por donde íbamos caminando a ciegas, fiados en el instinto de las mulas, que a veces inclinaban la cabeza al suelo rehusando seguir adelante. Por cada vallecito corría un arroyo; por cada quebrada un río, y a cada paso estábamos temiendo que nos llegase a detener algún torrente invadible. Si por un momento se aplacaba el furor de aquella tempestad horrible, era para volver de nuevo con fuerzas dobladas. Los peones se improvisaron paraguas con las hojas de la palma llamada moriche²², pero el viento no se los dejaba parar mucho tiempo, y tenían que resignarse a sufrir el rigor de la lluvia.

Dos de las mulas cayeron con la carga al pasar un arroyo, y una de ellas estuvo a punto de perecer ahogada. Aquella situación llegó a hacerse espantosa. Por fortuna hacía ya mucho tiempo que no llovía en el llano, y pronto la tierra sediente absorbió la mayor parte del agua que había caído. Sin esa circunstancia, el primer arroyo nos hubiera impedido seguir adelante.

A la una y media llegamos a un tambo llamado Acacías, nombre un arroyo que pasa cercano. Al llegar allí, el aguacero había mitigado su furor y pudimos atravesar la corriente.

Yo, que había llegado antes que todos, me guarecí en la choza, mientras mis compañeros llegaban, contemplando con placer un espectáculo tan nuevo como deseado por mí, desde que emprendí mi viaje: en el tambo encontré cinco indios, una india y un muchacho de una tribu vecina, en el estado de la naturaleza. Los hombres y el muchacho estaban completamente desnudos, excepto sus partes vergonzosas, que llevaban cubiertas con un trozo de corteza de árbol, que ellos llaman tataja, y en otras

²² Esta palma abunda mucho en los Llanos y tiene sus hojas en forma de abanico.

tribus se llama guayuco. La mujer llevaba un pedazo mayor de la misma corteza, llamada furquiná, con que se cubría una parte del pecho y el resto del tronco hasta la mitad del muslo; pero como la tela estaba abierta por un lado y sujeta por el otro al hombro con una cuerda, al menor movimiento descubría lo que al parecer pretendía ocultar con aquella inútil cobertera. Sin embargo, la intención por sí sola manifestaba un sentimiento de pudor no desconocido en el otro sexo. Pidiéronme en su lengua algunos cigarros, y pude satisfacer sus deseos, gracias a uno de los peones que me sirvió de intérprete.

Salimos de allí cuando casi había cesado la lluvia, dejando detrás algunas cargas con los criados y un peón práctico en el terreno.

A algunos kilómetros de la cordillera que acabábamos de abandonar, nace otra casi perpendicular a aquella, que se extiende de noroeste al sureste, a una gran distancia, inclinándose luego hacia el oeste e ingresando en el territorio del Caquetá, en su mayor parte inexplorado. Entre la falda oriental de estas montañas y unas colinas arenosas que mueren en el Llano, corre el Güejar ya mucho más caudaloso. Por su falda occidental pasa el Guayabero, cuyo territorio está hoy exclusivamente poblado de tribus salvajes. En tiempos de la colonia tuvo cerca de sus orillas una población llamada Concepción de Arama, cuyos habitantes se fueron replegando hacia los Llanos de San Martín, donde fue muriendo por consunción, como otras muchas poblaciones de aquella época. Personas que se decían bien informadas, me aseguraron que aún existen sobre aquel caudaloso río restos de un puente de piedra fabricado por los españoles.

La montaña a que me refiero fue sin duda bautizada por algún sevillano con el nombre de la Macarena, que conserva todavía, a causa de una gran escotadura llamada la puerta, por donde sin duda atravesaron algunos de aquellos titanes, quizás en sus exploraciones en busca de El Dorado. Estas montañas deben contener mucho oro y otros varios metales, según las muestras que se hallan más abajo en las orillas del Güejar.

A las cuatro y media de la tarde llegamos por fin a una ranchería o hacienda llamada la Paloma, propiedad de D. Pedro Hernández, donde se nos recibió con mucho agasajo. Al llegar, nos dimos un baño de fricción con aguardiente; nos mudamos de ropa, cenamos con gran apetito, y nos tendimos en nuestras hamacas, suspendidas en la pieza principal que aquella amable y numerosa familia nos cedió, como si fuésemos todos antiguos amigos.

Las cargas, los peones y los criados llegaron algo más tarde, y con ellos los indios que habíamos dejado en Acacías.

JUEVES 2 DE FEBRERO

He salido muy de mañana a recorrer los alrededores del caserío en que habitamos, hecho según el tipo general de todos los llaneros. Estas casas suelen tener tres dependencias, separadas entre sí por una distancia de algunos metros. La primera y principal de todas, que es la habitación de la familia, se compone de una gran pieza levantada sobre estacas, que sostienen un ligero tabique hecho de barro y trozos de guadua o palmera abiertos al hilo. Sobre estas estacas, muy gruesas y de maderos toscos y duros, descansa la techumbre, formada de maderos más delgados y rectos, tendidos a dos o a cuatro aguas y sobre ellos colocada con notable seguridad y simetría una espesa capa de hojas de la palma llamada moriche, que se abre en forma de abanico, en la misma disposición, aunque de mucho mayor tamaño, que la palma común que tanto abunda y tantos usos tiene en las provincias meridionales de España. Las tirantas, que sirven para sostener y ligar entre sí los pies derechos y la armazón de la techumbre, sobresalen de las paredes cerca de un metro, y sus puntas sostienen el grande alero que impide a las aguas pluviales humedecer y dañar el edificio. La pieza a que me refiero está casi siempre dividida por otro tabique en dos partes desiguales: la mayor está destinada a depósito de herramientas y objetos más necesarios y a veces contiene un sobradillo o zarzo, especie de granero elevado, donde guardan el maíz, el arroz, el café y las tortas cuadradas de azúcar, llamadas panelas, que envuelven en

hojas de plátano y constituyen una parte esencial de su alimento. La porción más pequeña está destinada a dormitorio de la familia, donde unos pasan la noche en hamacas de cuerda llamadas chinchorros, y otros en unos cueros de buey sin curtir, colocados sobre palos en forma de catres, o simplemente tendidos en el suelo. No obstante, el dueño de la casa suele tener también su chinchorro en la pieza más espaciosa, y algún otro en el caney o tambo del trapiche, de que hablaré en seguida.

El trapiche es una tosca y grosera máquina compuesta de tres cilindros, que a impulsos de una palanca movida por uno o dos bueyes, y girando en sentido inverso, exprimen la caña de azúcar, que dos operarios van introduciendo repetidas veces, hasta que ha soltado la mayor parte de su jugo, el cual va cayendo poco a poco en un receptáculo, que muchas veces no es otra cosa que un cuero colocado debajo de los cilindros sobre un hoyo hecho de antemano en la tierra. Un tercer operario se emplea en sacar con una totuma o casco de calabaza este jugo, llamado guarapo, para conducirlo a las calderas o pailas, colocadas a corta distancia, donde se verifica la cocción hasta el punto que juzgan conveniente. Estos aparatos, así como el horno donde cuecen el pan de arroz o de maíz, que en ocasiones elaboran, está todo colocado bajo un ancho cobertizo de igual construcción que la descrita anteriormente, sin más diferencia que la de carecer este último de tabiques o paredes y estar abierto a los cuatro vientos. Esta circunstancia hace del tal cobertizo el lugar más cómodo y fresco; allí hay también algunos chinchorros que pocas veces están desocupados, porque casi siempre se encuentra una temperatura agradable.

La tercera dependencia es la cocina, de construcción semejante a las dos ya mencionadas, y cubierta de pared o tabique por dos o tres de sus frentes, en cuyos ángulos y sobre fuertes empalizadas tienen el depósito de sal gema en trozos de gran tamaño, la cual constituye uno de los artículos indispensables para la conservación y mejora de los ganados.

Los tres departamentos ocupan la parte central de un gran cuadro cercado de guadas colocadas horizontalmente sobre estacas verticales fijas en el suelo y amarradas a

ellas con largos y fuertes bejucos²³, que en duración y tenacidad exceden a las mejores cuerdas. De estos mismos ligamentos se sirven en todas sus construcciones, porque los clavos, sobre ser muy caros y difíciles de adquirir, sería imposible hacerlos penetrar en las maderas durísimas para tales casos empleadas.

Próximos al cercado donde se hallan las habitaciones hay otros varios, más o menos extensos, destinados a distintos usos y todos indispensables. El uno de ellos, el más cercano a la casa, sirve para encerrar las vacas que han de ordeñarse, porque la leche entra, como diré después, en la confección de muchos de sus alimentos. En este mismo corral se da sal a los ganados todas las menguantes de luna; siendo admirable el instinto con que acuden en dicho período, cuando en el resto del mes permanecen a larguísimas distancias de la habitación del llanero.

En otro de los corrales se halla el platanal, de donde sacan lo que puede muy bien llamarse el pan de cada día. El plátano es un verdadero proteo en la mesa de los pueblos y caseríos de estas regiones, según las variadas formas en que se emplea como alimento. Antes de madurar se le despoja de su corteza, se asa entre el rescoldo, y, aunque algo insípido, se come como el pan, con todos los manjares. Verde también, se corta en delgadas ruedecitas, que se fríen como si fueran de patatas, y tienen un sabor muy semejante al de este tubérculo. Cuando está maduro, se come crudo como cualquiera otra fruta; cocido, frito o asado se sirve en todas las formas imaginables, y siempre tiene distinto sabor para dejar satisfecho el paladar más exigente. El platanal, pues, es el granero y la despensa de la familia.

Después del platanal hay otro cercado de yuca, planta tuberculosa que tiene también muchas aplicaciones, pues además de poderse comer asada, cocida o frita, se saca de ella una harina excelente con que hacen el pan llamado cazabe, otros panecillos muy semejantes al bizcocho y un almidón que pudiera muy bien rivalizar con el del trigo.

²³ Plantas sarmentosas de diferentes géneros, de fibras muy tenaces y elásticas, empleadas en lugar de cuerdas.

En otro cercado se halla la plantación de caña de azúcar, que no sólo sirve para extraer la panela de que hacen un uso continuo, sino para sacar aguardiente de su melaza, que tiene en la familia muchas y muy diversas aplicaciones.

El maizal suele a veces estar en el cercado mismo de la caña y a veces ocupar por sí solo otro distinto; pero ambas sirven en ocasiones para alimentar temporalmente el caballo o la mula que se atrasan o llegan fatigados de un penoso viaje.

Varios árboles de café y algunas docenas de matas de tabaco cerca de la casa, uno o dos limoneros y algunos mangos, que además de su abundante y sabroso fruto, dan una apacible y fresca sombra con su verde y tupido follaje, un arrozal, en el cercado que ha recibido ya bastante abono, y algunas redes y anzuelos para la pesca en las lagunas, ríos o arroyos, la lanza para el tigre y la escopeta para ciertos casos, son el complemento de los recursos de que el llanero dispone en las soledades inmensas que le sirven de morada. Con esto y el tasajo de una o dos reses que sacrifican al mes para su familia y sus perros, cuyo número suele ser extraordinario, y que le sirven a un tiempo para la caza y para ayudarle a reunir los ganados esparcidos por la llanura, vive contento y feliz la vida de la naturaleza, sin dar importancia alguna a las graves cuestiones que agitan ese mundo, desconocido para él, que se llama el mundo civilizado. El llanero, alegre, decididor, generoso y ponderativo, tiene mucho del andaluz, y participa a veces de la ferocidad del salvaje. Galanteador, músico y poeta, lo mismo echa una flor a una mujer que improvisa un romance para cantar sus galerones. En cuanto a bravura, así pelea con el más bravo hasta morir, como acomete a un tigre con su lanza, o atraviesa a caballo o a nado el río más profundo y caudaloso o la más rápida corriente.

En cuanto al menaje, el del llanero es por demás reducido; pues se compone por lo regular de una mesa toscamente labrada, unos cuantos taburetes con asiento de piel de buey, algunas hamacas de cuerda, varios zurrones o saquitos de fique, llamados mochilas, para guardar ciertas menudencias, y un gran mortero hecho de un tronco, para limpiar y moler el arroz, el maíz y la sal, cuando necesita emplearla en esta

forma. Con esto, algunas hachas y machetes, varios cuchillos de punta muy afilada y una lanza enastada en un palo largo y duro, para sostener cuerpo a cuerpo sangrientas luchas con el león y el tigre, o dar muerte al oso o la danta, a quien descubren sus perros, tiene completo su mueblaje y su arsenal de guerra.

Sus vestidos son tan sencillos como su menaje, y se componen de un pantalón de tela del país, una camisa de algodón, cuyos faldones van siempre volando al aire a guisa de bandera, un sombrero de palma, fabricado a veces por su propia familia, y una ruana o manta de algodón y otra de bayeta para cuando va de viaje.

El de las mujeres se reduce a un vestido corto de percal con volantes, una camiseta bordada de negro o de colores vivos y sombrero y ruana iguales a los que usan los hombres. Tanto ellos como ellas andan siempre descalzos, y sólo alguna vez, cuando tienen que entrar a pie en un monte o matorral espinoso, se adaptan con correas sus quimbas, pedazos de cuero en forma de sandalias, que no siempre les sirven de completa garantía contra las espinas punzantes o la mordedura de las culebras.

Los individuos de ambos sexos montan a caballo con la misma destreza y a horcajadas sobre la silla, según dejo indicado al hablar del valle de Neiva. Las monturas recuerdan por su forma las de los árabes y las que usan los picadores en las plazas de toros, y llevan sólo tres dedos o cuatro metidos en el estribo, que suele ser de aro, dejando el otro o los otros fuera, para que el pie no se corra adelante.

Los estribos no son siempre de hierro, pues los usan también de madera, con una prolongación puntiaguda en su parte inferior, para evitar que se enrede el pie en la espesura de los pajonales.

El freno suele ser muy lujoso y adornado de chapas de plata de diferentes formas que recuerdan los que usaban nuestros antiguos caballeros. En las fiestas populares adornan también sus caballos con una multitud de capsulitas de unos cocos muy pequeños partidos por la mitad, sumamente duros y bastante sonoros, que los indios

salvajes, especialmente los camuniguas salen a vender o cambiar en grandes sartas, y a los que dan el nombre de cascabeles. Tanto en las fiestas como en la casa de todo llanero no falta jamás el tiple, a cuyo compás bailan y cantan con verdadero entusiasmo.

Durante mi excursión por las dependencias de la casa me acompañaron dos de los indios que habían llegado la noche anterior, muy contentos con fumar mis tabacos y haciendo prodigios de habilidad con el arco y las flechas²⁴.

A mi regreso me puse a escribir debajo del caney y todos ellos me rodearon con asombro y sin comprender al parecer la para ellos extraña ocupación a que yo me entregaba. Pero cuando su asombro subió de punto fue al verme disponer mi bastón de asiento y el uso que de él hacía. Todos se acercaban a tocarlo, agachándose para examinar con curiosidad infantil su mecanismo. Después, volvieron a colocarse a mi alrededor, observando y en silencio.

Deteriorada la pluma metálica de que me estaba sirviendo, la arrojé para poner otra nueva en el mango. El indio más próximo se apoderó de ella con visible alegría y la mostraba a sus compañeros como un objeto precioso, cuya posesión parecía que los demás envidiaban.

A la caída de la tarde llegó por un peón la noticia de que los socios de la compañía de Colombia acababan de llegar al Llano y entre ellos el Sr. Uribe, su gerente, a quien los indios profesan gran cariño, por haber regalado a varios de ellos algunas prendas de ropa, como camisas y enaguas, con las cuales sus poseedores se muestran orgullosos entre los de su tribu, cual si aquellos trapos los hubiesen convertido de pronto en personajes de gran importancia. Y es que la vanidad y la soberbia parecen atributos del hombre, sea cualquiera el estado social en que se encuentre. No es, pues, de extrañar que el salvaje se pavonee entre sus desnudos hermanos, al ostentar una

²⁴ Uno de éstos introdujo por dos veces la flecha lanzada por el arco en un canuto de guadua, de ocho a diez centímetros de diámetro, desde una distancia de más de 40 metros.

camisa burda, cuando en los pueblos, que por sus adelantos sociales se llaman civilizados, los hombre se pavonean también, acaso con menos razón que el hijo de la naturaleza, por llevar un bordado en las mangas de su vestido o una cinta de color en el pecho, cinta conquistada tal vez por una humillación, cuando no por una infamia.

No bien supieron los indios la llegada a Acacías del Sr. Uribe y sus compañeros, cuando determinaron volver a aquel punto. Recogieron sus arcos y flechas, colgáronse de la cintura sus chinchorros, echóse la mujer a la espalda y suspendido de la frente el cesto de palma con todo su menaje, y partieron al punto, pronunciando el nombre del Sr. Uribe y el de camisa, que encerraba para ellos un mundo entero de ilusiones.

Así pasé el día de mi cumpleaños, lejos por segunda vez de la patria y de la familia. En estos doce meses he tenido un trato más íntimo con la Naturaleza; he comprendido mejor algunas de sus asombrosas maravillas; pero ¡a cuánta costa! Dios mío, a cuánta costa! Díganlo por mí los nuevos cabellos blancos que caen sobre mis sienes; los viejos cabellos negros, que como hojas marchitas se han desprendido de mi cabeza!

VIERNES 3 DE FEBRERO

Hoy, en una excursión matinal he aumentado mi colección de flores. El señor Michelsen y el patrón han traído una culebra de cascabel para aumentar la de los reptiles. Durante el día he redactado algunas páginas de mis apuntes; por la tarde he cazado un cuervo acuático que conservo disecado.

Perico ha comido poco, y se halla desde ayer sumido en una profunda modorra. ¡Pobre animal! Privado tan pronto del calor de su madre y con un cambio tan brusco de vida, será muy difícil poder conservarlo.

SÁBADO 4 DE FEBRERO

Perico ha muerto en la noche anterior, que ha sido bastante fría. Al levantarnos, le hemos encontrado asido fuertemente a la piel que le servía de consuelo y de lecho, con los dedos crispados y el hocico en actitud de mamar, tomando por pecho uno de sus repliegues. En seguida lo hemos disecado y ya forma parte de nuestra colección zoológica.

La atmósfera se ha presentado algo más despejada que en los días anteriores, y he aprovechado esta circunstancia para tomar al lápiz el perfil de la Macarena, cuyas montañas ofrecen en sus profundas sinuosidades palpables muestras del gran cataclismo que las removió de su asiento.

La esposa y las hijas del Sr. Hernández han fabricado hoy algunos objetos de barro, cazuelas y ollas, con la destreza, perfección y prontitud del más hábil alfarero. En los alrededores de la casa abunda la arcilla de cualidad inmejorable. Después de secar un poco al sol los objetos elaborados, los colocaron sobre un lecho de astillas de guaduas secas, y formaron luego a su alrededor una especie de pira del mismo combustible, que en pocos momentos se convirtió en una voraz hoguera. En poco más de media hora, los objetos sometidos a la acción de aquel fuego, tomaron un color ligeramente rojizo y una consistencia extraordinaria. Poco después fueron retirados de las cenizas en disposición de prestar los importantes servicios a que iban a ser destinados. Es el sistema de los indígenas.

Durante la tarde y una gran parte de la noche hemos sufrido una tempestad furiosa, acompañada de rayos y truenos, que hacían retemblar nuestra pajiza morada. La lluvia no ha sido muy copiosa, porque el viento arrastraba con gran rapidez las oscuras nubes hacia la parte de Occidente.

DOMINGO 5 DE FEBRERO

El Dr. Cuervo se había propuesto celebrar hoy el santo sacrificio de la misa sobre un altar improvisado con ramas y flores, teniendo por templo la extensa llanura, y por bóveda el inmenso y diáfano espacio y por lámpara el astro brillante alrededor del cual giran con rapidez vertiginosa e incomprensible los infinitos globos que forman nuestro sistema planetario. Yo gozaba ya de antemano a la sola idea de adorar a Dios en el mismo templo donde lo adoraban los primeros descubridores; pero un inconveniente grave vino a privarnos de una satisfacción por tanto tiempo deseada; y ese inconveniente fue la lluvia que no cesó en toda la noche y que convirtió los alrededores de la casa en un verdadero lago.

Me decidí, pues, a pasar todo el día escribiendo; pero Gabriel, por una imprevisión, me había derramado toda la tinta, y no había medio de sustituirla con otra.

Lamentándome yo de este contratiempo, la familia del llanero me indicó que allí cerca había un árbol de cuya corteza sacaban una tinta especial para ennegrecer sus totumas, y que acaso podría serme útil, ofreciéndose al mismo tiempo a traer del monte la cantidad suficiente de corteza. Acepté con placer el ofrecimiento que me hacían, y al poco rato volvieron las muchachas con varias cortezas de un color rojo oscuro, que rasparon y pusieron en infusión en un poco de agua, exprimiéndolas después entre las manos y obteniendo una sustancia muy parecida a la sangre antes de coagularse. Llevé mi tintero y puse manos a la obra; pero a los pocos minutos observé que la pluma teñía cada vez con más dificultad, hasta el punto de serme imposible trazar un solo rasgo; y era que el líquido coagulándose como la sangre, se había transformado en una pasta bastante elástica, que aunque dejaba penetrar la pluma, lejos de adherirse a sus puntos, parece que huía del metal, como si estuviese untado de alguna materia oliginosa.

Más tarde tuve la fortuna de encontrar las bayas de una especie de enebro, que machacadas y puestas en infusión me dieron muy buen resultado.

Por la tarde tomé la escopeta y me dirigí a un arroyuelo próximo, en el cual maté una iguana de mediano tamaño y un enorme boa, que los indios sacaron del agua y cuya piel conservo.

Al regresar, estuve a punto de ser mordido por una culebra de cascabel, que me persiguió entre el pajonal, y a la que al fin di muerte, arrojándole mi sombrero, junto al cual se detuvo el tiempo suficiente para poderle disparar mi escopeta. La cabeza y el aparato caudal, compuesto de once anillos, los conservo entre los objetos de mi colección, ya bastante numerosa.

La noche se presentó algo tranquila y con muy ligeros celajes.

LUNES 6 DE FEBRERO

Mis compañeros han decidido hoy pasar a alojarse en otro grupo de cabañas, distante como unos cuatro kilómetros, para dirigirse desde allí al Piñal, ranchería de indios salvajes, establecida en aquella dirección, a doce leguas próximamente, junto a la orilla izquierda del Güejar. Partieron a eso del medio día; yo me quedé con el Sr. Hernández en virtud de sus ruegos y los de su familia, y convine con mis compañeros en reunirnos a la mañana siguiente, para ir juntos a visitar la tribu indígena de los churruyes o bisaniguas.

Por la tarde he muerto un yátaro y un torito de monte, pájaros bellísimos que conservo disecados; y al volver he visto a la familia confeccionar unas tortas de harina de arroz amasada con leche, que ponen a tostar al fuego sobre unas planchitas de barro ligeramente cóncavas. Estas tortas llevan el nombre de arepas y son un manjar muy agradable, sobre todo cuando se comen recién hechas con miel o azúcar.

Durante la noche hemos visto a lo lejos hogueras inmensas; el fuego en los pajonales, cuyos reflejos inundaban el espacio de una luz roja, tan viva, que a no ser por las

nubes de humo que por todas partes se levantaban, hubieran imitado muy bien las bellas tintas de las auroras boreales, espectáculo exclusivo de las zonas más cercanas al polo.

MARTES 7 DE FEBRERO

El Sr. Hernández, que quería acompañarnos en nuestra excursión al Piñal, se encontró sin caballo a última hora. Yo le facilité una de mis mulas; Gabriel y yo montamos en las dos restantes; Liberato se quedó para secar al sol las aves y plantas disecadas, y partimos los tres, después del desayuno, a encontrar a nuestros compañeros. El Sr. Michelsen se había quedado para hacer algunas exploraciones en el bosque; el Dr. Cuervo y el joven Sáenz habían salido ya, con un práctico del país, dejándonos dicho que caminarían despacio, para que los alcanzásemos pronto en la llanura. Seguimos, pues, su huella, deteniéndonos sólo para matar y recoger dos pavas que encontramos al paso y que debían aumentar nuestras provisiones, y a poco más de una legua divisamos ya a nuestros compañeros en medio de una familia indígena con la cual cambiaban algunos objetos por arcos y flechas. Antes de llegar a ellos, divisamos a la derecha, al extremo de una llanura, como todas rodeada de bosques y en un plano ligeramente inclinado, la antigua población de San Juan, compuesta hoy de cinco o seis chozas completamente abandonadas, y entre las cuales se halla la iglesia y la antigua casa municipal, cuyo interesante archivo ha sido destruido completamente por el comején o el gorgojo.

Al llegar al punto donde se hallaban nuestros compañeros, un enjambre de perros escuálidos, propiedad muy estimada de los indios, salió a recibirnos a larga distancia con una algazara infernal y en ademán amenazante. Por fortuna mi pobre Bogotá se había quedado en la Paloma, librándose así de los agudos dientes de aquella numerosa falange canina, que, no respetándonos a nosotros, no hubieran respetado mucho a un perro civilizado.

La actitud hostil de los perros salvajes cedió a las intimaciones de sus salvajes amos, y aplacada su ira, pudimos todos formar un grupo tan extraño como heterogéneo.

Los indios componían, entre todos, el número de diez y seis, contando las mujeres y los niños; su desnudez era completa, si se exceptúa el pequeño guayuco o taparrabo de los hombres y el furquiná o saco abierto de las mujeres, hecho todo de la corteza del árbol nombrado por ellos tataja. Las mujeres llevaban a la espalda y suspendido de la frente un largo cesto que contenía su menaje y sus provisiones, consistente todo en una tiznada olla, un puñado de plátanos, algunos pedazos de pan de cazabe²⁵ y babillas²⁶ asadas, y sobre las caderas, a horcajadas, los muchachos que por su corta edad no podían seguirlos, y que ocultaban el rostro con tenacidad entre el pecho de sus madres. Los hombres llevaban sólo el arco y las flechas, y los más galantes se tomaban el trabajo de llevar a la cintura la hamaca o chinchorro de cuerda que les sirve de lecho y que con el humo llega a adquirir un color indefinible.

Tanto los hombres como las mujeres llevaban pintado el rostro con líneas rojas un tanto simétricas, y ellos particularmente las orejas perforadas y en los agujeros pedacitos de madera a guisa de pendientes. Dos o tres de las mujeres y alguno de los muchachos ostentaban como adorno pesados collares de cuentas de vidrio, de que se mostraban muy orgullosos.

Cuando nosotros llegamos, ya nuestros compañeros les habían comprado algunos ovillos de cuerda o cabuya hechas de hoja de cumare y moriche²⁷, y madejas de la misma fibra sin torcer y algunos arcos y flechas. Mi provisión comercial era, pues, inútil entre aquella gente que había ya dispuesto de la suya.

²⁵ Cazabe: pan hecho de la raíz tuberculosa llamada yuca, del que ya hemos hablado.

²⁶ Babilla: especie de caimán con la mandíbula inferior fija y la superior articulada.

²⁷ Dos palmas abundantísimas en el país, cuyas hojas filamentosas suelen sustituir, quizás con ventajas, al cáñamo y al lino.

Dspedímonos de los indios y continuamos nuestra marcha, siempre en dirección al sureste por extensos llanos de forma irregular cercados de arboleda y cubierto el suelo de espesísimas y altas gramíneas, que a veces ocultaban la senda por donde íbamos caminando, y con cuyo roce adquieren los estribos de metal extraordinario brillo.

Más adelante, cerca de un rancho medio deshecho, situado en un lugar pantanoso y junto a un arroyuelo de aguas turbias, encontramos otro grupo de indígenas, compuesto de doce individuos, entre hombres, mujeres y muchachos, que en nada se diferenciaban de los anteriores: los mismos rostros imberbes, las mismas líneas rojas, las mismas perforaciones en las orejas, la misma desnudez y el mismo lenguaje gutural e ininteligible. Dos de ellos se distinguían de los demás por las horribles manchas de carate que les daban repugnante y asqueroso aspecto.

Como a una legua de allí, y a orillas de otra corriente más cristalina y mucho más caudalosa, encontramos un tercer grupo más numeroso que los anteriores, con su enjambre de perros escuálidos y una caterva de chiquillos agrupados alrededor de una grande hoguera, donde se disponía la comida para la tribu. Esta comida se componía de algunas tortugas y babillas, cocidas a un tiempo en una enorme cazuela entre un caldo negro y espumoso, la mitad de un guadatinajo²⁸ asado en las brasas, algunos plátanos verdes y tortas de pan de cazabe.

A no ser por los perros que avanzaron hasta nosotros con sus furibundos ladridos, hubiéramos pasado a corta distancia de la mancha de bosque en que se hallaban, sin advertir su presencia; pero los perros los denunciaron, acaso contra su voluntad, y nos dirigimos a su encuentro, hallándolos muy bien dispuestos a recibirnos.

Las mujeres, que eran las más ocupadas en las faenas culinarias, continuaron en su tarea, y, ya por pudor o por respeto a sus maridos, se esforzaban en aparentar que les

²⁸ Roedor anfibio de que hablamos en otro lugar.

importaba muy poco la presencia de los extranjeros; pero en sus miradas a hurtadillas y en el cuchicheo que traían unas con otras, daban claro indicio de que el espectáculo no les era del todo indiferente.

Los hombres, por el contrario, salieron todos a recibirnos, manifestando en su sonrisa benévola, en su actitud y en algunas frases, que apenas pudimos comprender, su buena voluntad hacia nosotros.

Tampoco entre este grupo y los anteriores se notaba gran diferencia, salvo la de que algunas de sus mujeres parecían pintadas con mayor esmero, sobre todo una más joven y agraciada que las otras, cuyos brazos y pechos estaban simétricamente salpicados de puntos rojos y su cara embadurnada del mismo color con una ancha faja transversal que le cubría desde el labio superior extendiéndose hasta las orejas y llegaba luego hasta la mitad de la frente, semejante a una de esas máscaras que en los días de carnaval usan las mujeres civilizadas.

Cambiamos con ellos algunos objetos de nuestra provisión por arcos y flechas, y cuerdas de moriche cumare; nos despedimos con las mayores muestras de amistad y continuamos nuestro camino.

Sin abandonar la dirección sureste que desde un principio habíamos tomado, la senda sigue unas ligeras lomas, que por aquella parte limitan el frondoso valle del Güejar, que a nuestra derecha y a distancia de algunos kilómetros corría entre espesos bosques y en nuestra misma dirección por la falda un tanto escarpada de la sierra de la Macarena.

La llanura por donde íbamos caminando, estaba por todas partes circuida de fajas de monte sumamente espeso, y fue necesario atravesar una de estas fajas, desembarazando con nuestros machetes la senda, poco frecuentada por los indígenas y la menos a propósito para penetrar por ella a caballo.

Tardaríamos una hora en salir a la parte opuesta, donde encontramos el terreno algo quebrado, formado de guijo menudo, cubierto en las alturas de gramíneas y en los valles y cañadas de diferentes clases de palmeras y árboles bellísimos y corpulentos.

Continuamos atravesando una larga serie de colinas, cuyo pasto había sido quemado recientemente por los indios, que no teniendo ganados que alimentar y sirviéndoles de estorbo para sus excursiones, se desembarazan frecuentemente, por medio del fuego, de lo que no sólo es para ellos un obstáculo inútil, sino un grave peligro, por ocultarse entre las pajas las mortíferas serpientes.

En los terrenos recién quemados se observaba siempre el fenómeno de acudir a ellos inmensas nubes de pequeños mosquitos llamados lambejos o lamejos, que nos hicieron acudir a nuestras caretas y guantes, sin lo cual hubiéramos sufrido una gran molestia.

A eso de las cuatro de la tarde divisamos a lo lejos una ligera columna de humo, que se levantaba entre algunas chozas, y nuestro guía nos indicó que aquél era el Piñal, pueblecito indígena que íbamos buscando²⁹. Media hora después, nos encontramos ya entre sus habitantes.

Estos salieron a recibirnos en número de unos veinte y tantos, entre hombres, mujeres y niños, preguntándonos en castellano mal pronunciado si éramos gente mansa o gente brava; y habiéndoles contestado que éramos de los primeros, nos tendieron las manos y estrecharon las nuestras con efusión y cariño. Nos dirigimos todos en un grupo hacia su habitación principal, de cuyo fondo vimos salir un indio viejo y tuerto, que parecía ser el jefe, y que no había salido con los demás a encontrarnos, porque era poseedor de una camisa, y no quiso ofrecerse a nuestros ojos sin adornarse antes con

²⁹ Se halla a orillas del río Güejar; le da nombre una gran extensión de terreno próximo a la ranchería, cubierto de piñas o ananas silvestres, cuyo aroma se percibe a larga distancia. Los indios comen rara vez de este fruto, porque según ellos produce fiebres malignas.

aquella gala. Los demás indios le dirigieron algunas palabras en su lengua, y entonces se acercó a nosotros y nos tendió la mano, dándonos al parecer, la bienvenida.

Varios de ellos acudieron a tener de la brida nuestras mulas, mientras nos desmontábamos; ayudaron a nuestros criados a quitar las monturas y a colocarlas en lugar donde no estorbasen, y condujeron con ellos las bestias a un vallecito próximo, donde el pasto era más fresco y abundante. Prestados con la mejor voluntad estos servicios, volvieron muy satisfechos a nuestro lado, mientras el de la camisa, que había estado algún tiempo trabajando en las posesiones del Sr. Uribe, y decía haber sido bautizado con el nombre de Joaquín, nos daba, aunque muy trabajosamente, algunas noticias que sobre él y su tribu le pedíamos.

El rancho o cabaña donde nos recibieron tendría como unos 20 metros de longitud, 10 de anchura y 8 de elevación en su centro. Alojábanse en él de ordinario catorce o quince familias, que entre todas compondrían unas sesenta personas; pero la mayor parte de estos habitantes se había alejado hacia las orillas del Güejar, a lo que ellos llaman mariscar, o sea a hacer provisiones de caza y pesca, aprovechando la estación en que las tortugas y caimanes depositan en la arena sus numerosos huevos, y legiones inmensas de peces de todas clases remontan las corrientes de los ríos para verificar el deshove. Como en estas correrías los indios parten acompañados de su familia entera, no había quedado en el lugar sino aquel reducido número. A corta distancia de nuestra choza veíanse otras más pequeñas de forma cónica y con una estrecha y baja puertecilla; eran el refugio que en ciertas épocas del año tienen que buscar contra los mosquitos que los atormentan, librándose de ellos por medio de la oscuridad y del humo.

Siendo excesivo el calor que allí se sentía y encontrándose el tambo abierto por uno de sus frentes, el Dr. Cuervo y yo hicimos suspender nuestras hamacas en los primeros pilares próximos a la abertura; los indios tenían las suyas más adentro, y bajo cada una de ellas había señales de un fuego recientemente extinguido, y que se apresuraron a encender de nuevo, tan pronto como llegó la noche, tanto porque la temperatura de

30 y más grados, durante el día, suele descender muchas veces hasta catorce o quince, cuanto por librarse en parte de la nube de mosquitos zancudos o lanceros que a aquellas horas suele invadir sus viviendas.

Cenamos un poco de fiambre, de que hicimos participar a los indígenas con algunos tragos de aguardiente, que saboreaban con gran placer, y, mezclados todos, y en la mayor confianza, nos entregamos al sueño, de que teníamos necesidad, por haber sido muchas las fatigas de aquel día.

MIÉRCOLES 8 DE FEBRERO

Rayando venía el alba, cuando dejamos nuestros aéreos lechos ansiosos de conversar con los indios y de cambiar con ellos algunos de los objetos que llevábamos, por armas y adornos o cualquiera otra de las curiosidades que quisiesen cedernos a trueque de nuestras baratijas; pero los hombres, en su mayor parte, habían salido ya del rancho, quedando en él sólo las mujeres, algunos muchachos pequeños y el taita Joaquín, que por guardar a aquellas femeninas deidades, o por hacernos los honores de su casa, no había partido con sus compañeros.

Preguntándole al viejo indio cuál era la causa de que los demás se hubiesen alejado a aquella hora, nos dio a entender que lo habían hecho con el objeto de traer algunas provisiones y dar el aviso de nuestra llegada a varias familias de la misma tribu que se hallaban poco distantes.

Entregamos a las indias las piezas de caza muertas el día anterior y un poco de carne en tasajo, con el fin de que hiciesen un almuerzo para todos. Guisaron el pato y las pavas con un poco de sal y ají, o sea pimentillos tan pequeños como picantes; asaron la carne sobre las brasas; sacaron unas tortas de cazabe, y colocándonos todos, en pie unos y otros sentados, alrededor de la lumbre, donde se condimentaban aún algunas de las provisiones y varios plátanos verdes, el tío Joaquín, por una parte, y por otra el Dr. Cuervo, como más ancianos, empezaron a hacer lo más equitativamente posible la

distribución de los manjares, que, a nuestro apetito, nos supieron muy bien y fueron devorados en pocos minutos.

A eso del mediodía volvieron los indios que habían salido de madrugada; y nosotros, que después del almuerzo, recorríamos aquellos alrededores, visitando su platanal y su plantación de caña y de yuca, los divisamos desde una colina y regresamos también al tambo. Los madrugadores no venían ya solos, sino seguidos de otras dos familias bastante numerosas, que llegaron poco después de ellos y nos saludaron con el mismo cariño que lo habían hecho antes sus camaradas.

Nuestros huéspedes no traían tampoco las manos vacías, sino que, para aumentar las provisiones, habían pescado varias tortugas llamadas por ellos ziz o caimanas, y que tienen alguna semejanza con este anfibio, por las muchas protuberancias de la parte superior de su concha, cabeza y cuello, y la notable prolongación de su hocico. Traían además un hermoso pez, como de tres o cuatro kilogramos de peso, a que daban el nombre de budo. Las mujeres se apoderaron inmediatamente del pez y las tortugas, las hicieron pedazos, y cuidando sólo de sacarles los intestinos, los pusieron a cocer en una gran olla de su propia fabricación, condimentándolos como las piezas de caza que nos habían servido para el almuerzo. Mientras se arreglaba así la comida, las que servían de cocineras se apoderaron sin cumplimientos de una guacharaca³⁰ que había yo cazado en nuestra excursión y que reservaba para obsequiar con ella a nuestro anciano compañero, lo cual no pude hacer, porque las indias se la comieron medio cruda, haciendo al parecer grandes elogios del sabor de su carne.

Pareciéndonos llegado el momento oportuno de hacer el oficio de comerciantes, sacamos nuestras baratijas, consistentes en espejos, zarcillos, anzuelos, sortijas, dulzainas, collares de cuentas de vidrio de muchos colores y otras bagatelas por el estilo, a que son muy aficionados y obtuvimos en cambio algunas flechas, adornos de

³⁰ Especie de faisán americano que en otro lugar describo.

plumas, collares de colmillos de mono, de caimán y de tigre, arcos y lanzas, y hasta tres de las hamacas o chinchorros de los mismos que les servían de lecho.

No bien se apoderaron de los objetos que acabábamos de poner en sus manos, cuando ebrios de alegría empezaron a adornarse con ellos, principalmente los hombres, y a contemplarse en los espejos con una sonrisa de satisfacción de que nosotros no podíamos menos de participar, al ver aquella alegría de carácter infantil que acabó por conmovernos. Sobre todos, Taita Joaquín, ya de edad madura, se había adornado las orejas con unos pendientes azules de gran tamaño, que yo le había regalado, y alejando de sí con un gesto imperioso a su mujer y a sus hijas, que al parecer los codiciaban, contemplábase absorto en un espejo, y exclamaba de cuando en cuando: "¡Indio bonito! ¡Indio bonito!" y el pobre era casi negro, estaba manchado de carate y tenía además el ojo izquierdo bizco y remellado.

De estas escenas presenciábamos muchas, que sería prolijo enumerar, y que dejo a la consideración de mis lectores, que pueden muy bien imaginárselas, una vez comprendidas la ignorancia y la inocencia de aquellas pobres gentes, que en cada una de las baratijas que les habíamos dado creían poseer un tesoro de inestimable precio. ¡Cuál sería su satisfacción, cuando, para obsequiarnos, se desprendieron hasta de las provisiones que tenían hechas de la chica o pintura roja con que se tiñen el cuerpo y de las bolsas de la corteza de tataja que les servían para guardar los más estimados objetos de su menaje!

Allí se repitió más de una vez la escena de las plumas metálicas, mientras yo dibujaba o escribía, cercado de indios en cuclillas, que es la posición que más les agrada.

Aquel día fue para mí uno de los más venturosos, pues veía realizado uno de los bellos ensueños que acariciaba mi imaginación desde mucho antes de mi salida de Europa.

El bueno del Dr. Cuervo, que no había dejado de conversar con los indios, valiéndose de las pocas palabras que de su dialecto comprendía, en lo cual le ayudaba con buena

voluntad del taita Joaquín, sirviéndole de intérprete, nos dijo que después de la comida íbamos a presenciar un espectáculo conmovedor, por el cual se mostraba de antemano muy contento: este espectáculo era el bautismo de siete indiecitos de ambos sexos, de tres a siete años, cuyos padres habían consentido ya en someterlos a la ceremonia, no sé si por complacernos, sin comprender su importancia, o indiferentes por un acto que les era de todo punto incomprendible.

A eso de las dos de la tarde, se sirvió la comida, compuesta del pez y las tortugas, pan de cazabe, plátanos asados y algunos bizcochos o galletas, ante lo cual nuestros estómagos, llevados de la necesidad, ni aun trataron siquiera de hacerse melindrosos, aunque el pescado había sido cocido con sus escamas y las tortugas con su piel áspera y rugosa.

Media hora después, el anciano Dr. sacó de una caja que conducía al efecto, una estola y un botecito de cristal con el óleo santo; molióse un poco de sal que fue depositada en una totuma, y otra un poco mayor se trajo llena de agua, que el sacerdote bendijo con las formalidades prescritas por la Iglesia. Entre tanto, yo me dirigí con dos indios jóvenes a un bosque próximo, donde cortamos dos troncos de árboles, que atamos en forma de cruz, valiéndonos de un bejuco, mientras que otros abrían frente al tambo y a corta distancia el agujero en que íbamos a dejar plantada la adorable insignia de la redención de los hombres.

Fija ya la cruz sobre una ligera eminencia del terreno, nos arrodillamos todos, incluso los indios que nos imitaban, alrededor de ella y se dio principio a la ceremonia. Por indicación del Dr. Cuervo, tocóme ser padrino de tres de las siete criaturas que inconscientemente iban a ingresar en el gremio de la Iglesia Católica; y digo inconscientemente, porque ni ellos ni sus padres sabían entonces ni quizás sabrán nunca la verdadera significación del sacramento que se les administraba. Yo traté de hacer sobre ello al Dr. algunas observaciones, para que meditara si era o no conveniente aquel acto piadoso sin preparación previa y sin instrucción alguna; pero, al ver el entusiasmo de aquel anciano tan noble y bondadoso, que creía ganar nada

menos que siete almas para la gloria, preferí mantenerme en una prudente reserva y contribuí gustoso a aquel, sólo para nosotros, solemne acto.

Tocóme, como dije antes, ser padrino de tres de aquellas pobres criaturas, dos varones y una hembra; y consultándome sobre los nombres que habían de llevar, di para uno de los niños el de mi padre, para el otro el mío propio y para la niña el de mi madre.

Durante el acto, a que no todos los niños se prestaban con buena voluntad, por verse entre personas extrañas, y que los indios contemplaban, poseídos más de curiosidad que de cualquier otro sentimiento, hicimos algunos regalos a nuestros ahijados y a sus padres; les enseñamos, no sin trabajo, a pronunciar los nombres que aquellos acababan de recibir, y solemnizamos el festejo con algunas botellas de aguardiente, que fueron para los indios la cosa más importante de toda aquella ceremonia. Fuimos después juntos a adorar la cruz, con la sencilla fórmula de arrodillarnos ante ella y besarla, imitándonos en todo los indígenas, como verdaderos autómatas, en lo cual el Dr. que es todo lo que se llama un bienaventurado, manifestaba un placer vivísimo y una alegría tan sincera, que concluyó por abrazarme, derramando fervientes lágrimas.

No olvidaré nunca aquellos momentos de piadoso entusiasmo del noble anciano y digno sacerdote; pues si bien me hallaba persuadido de que aquel acto, en el orden regular de las cosas, no podía tener consecuencia alguna buena ni mala para aquellas infelices gentes, no podía menos de entusiasmarme el piadoso celo de aquel ministro del Señor, cuya sencillez candorosa era una de las mejores prendas de su bondadoso carácter.

Cando ya era bien entrada la noche, buscamos todos el descanso en nuestras hamacas, y lo mismo hicieron los indios, después de encender bajo sus chinchorros su acostumbrada hoguera, entregándose indolentemente a las delicias de su vida ordinaria, que consiste en mecerse, viendo subir en espiral las bocanadas de humo de su tabaco. Los placeres de este día sobrepujaban a los de costumbre, porque sus malos

tabacos habían sido sustituidos por los nuestros, mucho mejor elaborados y de más exquisito aroma.

Hasta que el sueño nos rindió completamente, estuvimos escuchando, sin comprenderlos, los comentarios que sin duda hacían sobre nuestra visita en su lenguaje gutural, de frases breves y en que usan de muchas consonantes.

El calor de este día había sido excesivo, pues el termómetro llegó a marcar hasta 39° al sol y 24 a la sombra.

JUEVES 9 DE FEBRERO

Nos levantamos al amanecer, hora en que los indios estaban ya todos levantados. Mientras se disponía nuestro desayuno, algunos de ellos fueron a recoger por indicación nuestra y para nosotros, algunas frutas de las palmas llamadas corozo y cumare, de que hacen en Bogotá copitas preciosas primorosamente labradas. En tanto que los indios volvían, me entretuve en pintar con la misma tinta roja el rostro de algunos muchachos de la tribu, dibujando en el vientre de uno de ellos una cara, que excitó de tal modo la hilaridad de todos los indígenas, que no cesaban de recomendar al muchacho que se abstuviera de bañarse y lavarse para conservar por más tiempo aquel recuerdo de los blancos. Una hora después nos despedimos de aquellos sencillos habitantes de las selvas, que nos acompañaron largo rato y que nos decían adiós casi con lágrimas en los ojos y sin dejar de manifestar un sentimiento profundo por nuestra partida. Yo propuse a dos jóvenes indios, varón y hembra, que eran hermanos y tendrían de doce a catorce años, que fuesen a Bogotá conmigo; pero, a pesar del entrañable afecto que durante nuestra permanencia allí me habían demostrado, se negaron resueltamente a seguirnos, haciéndonos comprender que en Bogotá había mucha gente brava que echa bala (porque es mucho su temor a las armas de fuego), y estimulándome por el contrario a que me despojase de mis vestidos y me quedase con ellos en los bosques, donde todos procurarían con su cariño y su respeto hacerme grata la vida aventurera del salvaje.

Aquí tengo que hacer una confesión, que no debo pasar en silencio, y fue la idea que cruzó por mi mente. Comparando aquella existencia con la del hombre civilizado, quizás, sin los estrechos vínculos que a la sociedad me ligan, me hubiera resuelto a aceptar su proposición por un tiempo indefinido, para estudiar a mi sabor a los hijos de la naturaleza.

A eso de las once nos detuvimos a reposar un poco y a almorzar en el mismo bosque donde habíamos encontrado días antes el segundo grupo de indígenas, de que llevo hecho mérito, y que ya habían abandonado aquel lugar, según la costumbre de su vida errante. A las cinco llegamos a Cunimía, ranchos donde se alojaban mis compañeros, y yo continué con el Sr. Hernández hasta su casa, a la que llegamos cuando el sol se ocultaba en el horizonte. En este viaje, en que tuvimos que volver del contrafuego³¹, para no ser devorados por las llamas, maté tres coclíes y dos patos, que comimos al día siguiente, participando del festín toda la familia de mi amable huésped.

VIERNES 10 DE FEBRERO

He destinado este día a continuar mis apuntes y a recoger algunas plantas para mi colección: entre ellas un racimo de flores de una palmera, que aún no habían salido de su estuche y que parecían cinceladas en marfil por una mano maestra.

He hecho algunos regalos a la familia de mi buen llanero, que no ha querido recibir en manera alguna el precio de mi hospedaje. Ellos me han regalado una totuma barnizada de negro en su parte interna, operación practicada por ellos de una manera tan original como sencilla. Redúcese el procedimiento a darle un baño con el jugo de la corteza de que he hablado antes, cuando intenté servirme de él para mi escritura, y con cuyo tinte adquiere un color rojo bastante subido. Cuando este baño se halla

³¹ Se llama contrafuego el acto de quemar el pajonal donde uno se encuentra, cuando amenazan las llamas que vienen de otra parte, sirviendo de resguardo el lugar donde el fuego propio ha consumido ya toda materia combustible.

completamente seco, envuelven la totuma, o cualquiera otro objeto así pintado, en un montón de hojas de yuca ligeramente trituradas, y con los gases que de su fermentación se desprenden, el color rojo se cambia en un negro intensísimo y tan brillante como si se hubiese bañado con el mejor barniz de los conocidos.

Mucha pena causó a mis huéspedes el anuncio de mi marcha dispuesta para el siguiente día, y el Sr. Hernández, para darme la última prueba de su afecto, se decidió a acompañarme hasta San Martín, distante dos jornadas.

SÁBADO 11 DE FEBRERO

Mis compañeros habían convenido conmigo en venir a buscarme muy de mañana, con el objeto de salir todos juntos para San Martín, en cuyo camino, y sobre todo en el paso de los grandes ríos que hay que atravesar, era un gran práctico mi huésped, por la frecuencia con que transita por aquellos lugares para acarrear la sal, de que todos hacen un gran consumo y de la que tienen que proveerse a distancia de cinco jornadas en las minas de Upín, situadas entre Villavicencio y Medina, sobre la falda oriental de la cordillera. Y al hablar del paso de estos caudalosos ríos, cuyo cauce es en extremo variable, no quiero pasar en silencio la manera original con que en las estaciones de lluvias suelen los llaneros atravesarlos, cuando se ven impelidos por una necesidad urgente. Buscan al efecto el sitio en que la corriente es menos impetuosa; forman una ligera balsa de juncos o de palos secos, sobre la cual se colocan, llevando con ellos su montura o su carga; amarran esta balsa a la cola de su caballo, y se lanzan al río, confiados en el instinto del animal amaestrado, y a los azares de lo que ellos llaman su buena o mala suerte. En muchas ocasiones, fatigado el caballo, no puede alcanzar el punto único de la orilla opuesta por donde debe salir, por hallarse lo demás cubierto de maleza impenetrable; y en este caso no hay otro remedio que cortar la amarra de la balsa, dejándolo en libertad para que salga por donde pueda, haciendo otro tanto el dueño, que se deja llevar por la corriente hasta poder abordar a una de las orillas, lo cual no consigue sin inmensos trabajos; y hay ocasiones, por desgracia muy frecuentes, en que sus esfuerzos llegan a ser inútiles y perecen víctimas de su arrojo.

Desde las cinco de la mañana el Sr. Hernández y yo estábamos listos, esperando a los compañeros que no llegaron hasta las nueve. A esa hora partimos, con un calor abrasador, templado en parte por las brisas que suelen soplar en los Llanos, desde que el sol se levanta un poco en el horizonte, hasta que empieza a declinar la tarde. A poco de nuestra salida encontramos una depresión del terreno con mucho monte y en el fondo de esta gran cañada pasamos un arroyo o riachuelo llamado Guanayas, de aguas cristalinas, y más adelante otro nombrado Furichare, también de escasa y límpida corriente. A un lado y otro del camino crece en asombrosa abundancia la palma nacuma, que ya conocen mis lectores, y entre los matorrales se ven con frecuencia cacaoteros silvestres cargados de fruto, que pudiera ser objeto de una exportación muy lucrativa, como sucede en Guayaquil, si se encontraran fácilmente brazos que destinar a la recolección de este espontáneo e importante producto de los bosques. De trecho en trecho veíanse descollar sobre la tupida maleza gigantescos árboles de diferentes especies, especialmente ceibas y caracolés, cuyas raíces en forma de tablas se extendían fuera de la tierra a distancias enormes; raíces que los habitantes del país aprovechan, para hacer puertas de una sola hoja, sin más trabajo que cortarlas de las dimensiones apetecidas. Seguimos atravesando numerosos arroyuelos, de escaso caudal todos, por ser entonces la estación seca; pero que adquieren proporciones formidables durante las lluvias. Sus márgenes, cubiertas de colosales guaduas o bambúes, formaban extensas bóvedas de tupido follaje, donde los rayos del sol no penetran nunca y donde viven a su sabor, en una quietud no interrumpida, reptiles y fieras, sobre cuyas ocultas moradas suspenden sus nidos numerosas aves, en su mayor parte mudas o de canto desapacible, pero que rivalizan entre sí en la belleza del plumaje.

Al pasar uno de estos arroyos, vimos una culebra enorme, que no pudimos matar, por haberse ocultado entre la maleza, y poco después del mediodía llegamos a las orillas del caudaloso Ariari, que corre a unirse con el Guayabero, donde toma el nombre de Guaviare, uno de los principales afluentes del Orinoco. Mis criados, que venían detrás, se habían perdido en el bosque, y tardaron cerca de dos horas en encontrar el camino

y venir a reunirse con nosotros. Aprovechamos esta tardanza para comer y para ir pasando las cargas por los cuatro brazos en que se divide el río, sin cuya circunstancia hubiera sido de todo punto imposible pasarlo a vado; y aun así, en algunos de ellos el agua llegaba a cubrir una buena parte de la montura, lo cual nos obligó a descalzarnos y a entregar nuestras piernas indefensas a numerosos enjambres de mosquitos, que se saciaron a su sabor con nuestra sangre sin haber manera de evitarlo. Las orillas de este gran río están cubiertas por todas partes de graciosos bosques de platanillos y cañabrava, que humillándose con docilidad bajo las olas de las crecientes, vuelven a levantarse cuando éstas pasan, adquiriendo nuevo vigor con el fecundante limo que a sus pies se va depositando. El Sr. Hernández fue en esta ocasión para nosotros una verdadera Providencia. Sin él, nos hubiera sido muy difícil encontrar los pasos vadeables de los ríos, y no hubiéramos podido atravesar sus corrientes sin peligro de nuestras vidas.

Mis compañeros marcharon delante, por la necesidad de dividirnos para encontrar así más cómodo albergue, pues en una sola casa era imposible alojarnos todos, y yo debía hospedarme con el Sr. Hernández en la casa de un compadre suyo, situada en un lugar llamado Iracá, algo distante del camino.

A las cuatro cruzamos el último brazo del Ariari, que lleva por nombre el Cibado; un poco más tarde la quebrada de Iriqué, donde termina la gran cuenca del río y se vuelve a subir al llano. A las siete, ya bien entrada la noche, pasamos el arroyo Ontivón, de cauce estrecho y profundo, y media hora después llegamos al rancho de Iracá, donde fuimos recibidos con las mayores muestras de afecto por sus amables moradores, gracias al parentesco espiritual que con ellos tenía mi acompañante; si bien entre los llaneros, que todos se tratan de hermanos, costumbre que viene sin duda del tiempo de la conquista, no es necesario este aliciente para encontrar una hospitalidad franca y cariñosa.

El camino que anduvimos en este día, sigue primero en dirección al Este, después va cambiando al noreste y al norte hasta que por último toma la del noroeste hacia el pie de la cordillera.

DOMINGO 12 DE FEBRERO

Desde mi llegada a los Llanos de San Martín, este día ha sido el primero en que he visto salir el sol en el horizonte casi despejado. A poco de amanecer empezó a asomar en el oriente una faja de luz de color blanco amarillento, que poco a poco fue adquiriendo un tinte ligeramente rosado, formando un bellissimo contraste con el azul oscuro que dominaba en Occidente, y confundiéndose ambas tintas en la cúspide de la inmensa bóveda de los cielos, con esa degradación misteriosa que sólo el pincel del Gran Artista sabe ejecutar en sus cuadros siempre admirables. La Naturaleza parecía como que despertaba del profundo letargo de la noche; las aves cruzaban cantando de una faja de monte a otra; oíase el zumbido de los insectos; de cuando en cuando se escuchaba en lo más remoto de la llanura el bramido lastimero de la vaca, a quien el tigre, durante las horas de oscuridad, había arrebatado la cría, o el ladrido del perro del llanero, que, husmeando la sangre, acababa de descubrir la pista de la fiera; pero el ruido que sobresalía entre todos era para mí tan extraño que pregunté de qué procedía. Dijéronme los llaneros con toda formalidad que eran los monos rezando, y que merecía la pena de salir a verlos. Fuimos entonces a una colina próxima, cerca de la cual, sobre la copa de algunos árboles corpulentos, había una legión de monos araguatos o aluates, de color leonado, formando un grupo. A corta distancia de ellos otro mono de la misma especie y de mayor tamaño producía con voz gutural algunas notas que los demás repetían a coro. En efecto parecía como que saludaban con aquellos gritos al sol naciente. Después se dispersaron en varias direcciones, saltando de rama en rama y haciendo alarde de su agilidad y del poder de su musculatura vigorosa.

Desde la colina en que me hallaba contemplé con gozo infinito la salida del sol, que se elevaba majestuosamente, como una bola ensangrentada, entre las ligeras y diáfanas

brumas en que su propio calor iba convirtiendo el rocío de la noche. Aquel espectáculo no pudo menos de traer a mi memoria las bellas mañanas de mi suelo natal, con su atmósfera pura y diáfana, sus ecos dulcísimos y ese vago placer que se experimenta en las risueñas horas en que todo parece renacer a la vida. La luz de aquel astro había iluminado cinco horas antes los campos de mi patria, en parte cubiertos en esta estación de una espesa capa de nieve; esa misma luz había rielado en el mismo mes del año anterior sobre la superficie del Océano, haciendo brillar la estela que dejaba en pos de sí el vapor que de mi hogar me alejaba.

Tomé un ligero apunte de aquel paisaje encantador para hacerlo reproducir más tarde, y regresé a la cabaña cuando me fueron a avisar que el almuerzo estaba en la mesa.

Almorzamos con la frugalidad propia de las circunstancias, pero sazonados los manjares con la salsa por demás sabrosa de nuestro apetito y la buena voluntad de quien los ofrecía; y partimos después de las nueve, sin encontrar en nuestro camino nada de notable más que algunos caños o arroyos que hacen detener muchas veces al viajero durante la estación de las lluvias, por no haber quién se tome la ligera molestia de cortar algunos árboles que se hallan a muy pocos metros de distancia y con los cuales en pocas horas y con mucha facilidad podrían construirse puentes bastante sólidos que evitarían no pocas desgracias.

A eso del mediodía llegamos a San Martín, antes capital del territorio a quien da su nombre, y hoy reducido a una aldehuela de escasa importancia.

Mis compañeros que habían llegado antes, se hallaban alojados en una cabaña estrecha, donde apenas cabían con sus equipajes y sus criados. Yo acepté la hospitalidad, que mediante las relaciones del Sr. Hernández me fue ofrecida por un Sr. Martín Borrero, establecido en el lugar, y uno de los pocos que sostienen algún comercio por la vía del Meta; y tuve que agradecer a este caballero, además de sus

muchas atenciones, varias noticias de importancia sobre aquella región casi desconocida.

El pueblo se halla situado sobre una ligera eminencia del terreno; fue fundado en 1585 por Pedro Daza con el nombre de Medina de las Torres, y, destruido por los indios algunos años después, fue reedificado por Juan de Zárate en 1641, llamándose desde entonces San Martín del Puerto del Ariari. Según Pérez, "prosperó mucho a causa del oro que se sacaba entonces de este río; mas hoy no se sabe cuáles fueron los puntos de explotación. Sin duda fue este lugar, dice, el que los conquistadores conducidos por Espira llamaron Nuestra Señora, pues se halla antes del río Ariari. Hay un paraje más allá del Ariari, entre este río y el Güejar, llamado San Juan, el cual puede ser acaso el primer asiento de la ciudad de San Juan de los Llanos, fundada en 1555 por Juan de Avellaneda". Según mis datos, la población de Nuestra Señora, o la Concepción de Arama, no ocupó nunca el lugar que este autor le asigna, sino el que dejo indicado anteriormente, al referir mi excursión al Piñal en busca de los indios salvajes.

San Martín cuenta hoy 700 habitantes a lo sumo; se halla elevado sobre el nivel del mar 405 metros y tiene una temperatura media de 27°.

LUNES 13 DE FEBRERO

A eso de las diez de la mañana se despidió de mí el Sr. Hernández para regresar a su hogar, y ambos experimentamos la misma sensación penosa por nuestra despedida; pagando este tributo a una amistad que, no por tener sólo once días de fecha, había dejado de impresionar nuestros corazones, impresión debida en él a su carácter franco y excelentes cualidades, y en mí a la gratitud que engendran siempre las muestras de afecto y simpatía que de otra persona se reciben.

El Sr. Hernández fue para mí un excelente amigo; por él conocí los interesantes detalles de la vida del llanero, sus cacerías de tigres, sus fiestas sencillas y animadas y sus grandes luchas con la naturaleza.

Llevábamos andadas hasta aquí como unas 230 leguas, abrumados de privaciones de todo género; mi salud estaba algo quebrantada; deseaba recibir noticias de Europa, y aunque un amigo se había encargado en Bogotá de remitirme mi correspondencia, encontré en San Martín sólo algunas cartas atrasadas y varios paquetes de periódicos. Esto me decidió a regresar cuanto antes a la capital, y siendo ya mi colección muy voluminosa y encontrándose enfermo uno de mis criados, tomé en alquiler otras dos mulas con un práctico que nos guiase; me despedí del Sr. Borrero y de mis compañeros de expedición, que trataban de hacer allí durante algunos días exploraciones puramente botánicas, y preferí descansar, para reponerme de mis fatigas y esperarlos, si no era muy larga su demora, en Villavicencio, población de muchos más recursos y de un clima algo más benigno, por hallarse situada al pie de la misma cordillera.

Partimos, pues, a la una de la tarde, atravesando en aquel día los arroyos Camuita, Corcovado, Cumaralito o La Barranca y el río Umadea, cuya corriente límpida y entonces relativamente escasa, iba a encontrarse más adelante con el río Negro, siguiendo su curso del noroeste al sureste.

Pasamos después otros cinco riachuelos más o menos caudalosos, llegando a las cuatro y media de la tarde al río Guamal, de turbias aguas y cauce profundo, que corre en la misma dirección que el precedente. A las seis llegamos a unos ranchos llamados Carnicerías, donde encontramos hospedaje y nos dispusimos a pasar la noche.

MARTES 14 DE FEBRERO

Mientras nos disponían el desayuno y se arreglaban las cargas, fui a inspeccionar minuciosamente aquella ranchería compuesta de varias chozas, una de las cuales era

sólo un cobertizo bajo el cual se hallaba montado el trapiche para moler la caña de azúcar, aparato el más imperfecto que puede imaginarse, que ya dejo descrito en otro lugar, y que aquí, además de las imperfecciones generales que en los demás había notado, tenía la de ser muy viejo y casi inútil para el servicio. Esto hacía que se perdiese lastimosamente una gran parte del producto; y preguntando yo al dueño por qué no trataba de mejorarlo, me dio por única contestación que lo había encontrado de aquella manera, y que aun así le daba más dulce del que necesitaba. Otra cosa me llamó también la atención, y fueron los asientos de que se servían, consistentes en grandes conchas de morrocoy o tortuga terrestre, de que también llevo hablado. Así mismo presencié la muerte y disección de un toro, para convertir la carne en tasajo, lo cual practican con una celeridad y destreza verdaderamente asombrosas; pues entre dos hombres redujeron en poco más de una hora toda la carne del animal a tiras delgadas de dos centímetros de diámetro, espolvoreándolas con sal, que refinan y blanquean exponiéndola simplemente al fuego. Hecho esto, colgaron la carne al sol en grandes sartas, dispuesta así para el consumo y la venta.

Almorzamos, y salimos poco después de las nueve, por si, caminando todo el día, podíamos llegar con la noche a Villavicencio. Como a una legua de Carnicerías hay varias lagunas, donde me aseguraron que abundaban mucho los patos. Dejé seguir adelante las cargas y atravesando una faja de monte me dirigí a una de estas lagunas, por si lograba cazar algunas aves acuáticas que nos pudiesen servir para la comida y cena en el caso de no poder llegar a la población y vernos obligados a pasar la noche en un rancho desprovisto de otros comestibles. Maté algunas en efecto, y apuré mi mula para alcanzar pronto a los muchachos que me precedían; pero estos habían apurado también, según mis órdenes, y no logré alcanzarlos sino a dos leguas de distancia, por haberme detenido en seguir inútilmente a un oso hormiguero, que corrió delante de mí a larga distancia, cubriéndose enteramente con su enorme cola, y que acabó por perderse entre la maleza, sin darme lugar a que le disparáse un solo tiro.

Cuando llegué a donde estaban los peones, pregunté por mi perro Bogotá, que había seguido delante de ellos, y me dijeron que como a una legua de allí se había vuelto sin duda a buscarme, sin que ellos hubieran podido evitarlo. Hice en el acto detener las mulas a la sombra de un bosquecillo, y envié a Liberato en busca del perro, con orden expresa de no volver hasta haberlo encontrado. Allí permanecimos hasta las dos de la tarde, mortificados horriblemente por las nubes de mosquitos; y viendo que Liberato no volvía, me resolví a volver atrás para buscar por mí mismo a mi pobre y fiel compañero. Puse mi mula a galope, y en poco más de una hora llegué al punto donde me había separado del camino. Allí empecé a silbar de la manera que tenía de costumbre para llamarlo, y a los pocos momentos y en dirección a la laguna, oí entre el bosque los lastimeros aullidos que me denunciaron su presencia. Dirigíme hacia allá silbando y temeroso de que no acudiese por hallarse mordido de alguna culebra o herido gravemente por algún tigre; pero mi sorpresa fue en extremo grata al verlo salir jadeante, y casi sin fuerzas del mismo lugar en que yo había estado cazando. El pobre animal había corrido sin duda muchas leguas en aquellas cuatro horas y no se atrevía a separarse por último del lugar en que había encontrado las huellas de su amo, por ser aquél el único punto en que yo había echado pió a tierra para recoger las aves muertas por la mañana. Excuso referir aquí los extremos de cariño que el pobre animal hizo al encontrarme, pues habrá pocos de mis lectores que no las hayan recibido de igual género en circunstancias análogas.

Encontrado mi perro e ignorando hasta dónde hubiese podido ir mi criado en su busca, regresé a donde habían quedado los otros con las cargas, llegando ya cerca del oscurecer al bosquecillo. Miré por todas partes; grité, silbé, disparé algunos tiros; pero sólo me respondió el eco de los bosques y luego todo permaneció alrededor de mí en un silencio absoluto. Atravesé un arroyo en que el bosquecillo terminaba, tendí la vista a uno y otro lado para orientarme sobre el camino que debía seguir; pero la senda se dividía allí en muchos ramales y no sabía por cuál de ellos dirigirme. Lancéme por último a la ventura por el que me pareció más trillado, y cuando ya las sombras de la noche empezaban a extenderse por aquellas soledades inmensas, divisé a lo lejos una ligera columna de humo, que me sirvió de guía para encontrar albergue,

como la estrella de Belén sirvió a los reyes orientales para hallar el pesebre que sirvió de cuna al Salvador de los hombres.

Media hora después, algunos perros salieron a recibirme con sus ladridos a larga distancia de la humilde choza; la actitud de mi fiel Bogotá, que se adelantó en mi defensa, les impuso sin duda respeto, porque se volvieron hacia la choza gruñendo sordamente y como pesarosos de no haber podido asustarme ni detenerme. Al llegar a la cerca que rodeaba la cabaña, vi con satisfacción que se hallaban allí también mis mulas y que mis peones salían contentos a recibirme cuando ya no me esperaban.

Como yo había supuesto, mis patos fueron un gran recurso para aquella noche, y dos de ellos hervían ya en una gran olla con arroz y plátanos. Los dueños de aquel pobre hogar, que eran una anciana y su hijo, joven de unos 28 a 30 años, me cedieron para suspender mi hamaca el mejor lugar de su choza; me prepararon una buena taza de café con panela para después de la comida, en la que nos acompañaron, merced a mis ruegos; y, después de fumar nuestro cigarro de ordenanza, nos entregamos todos al reposo, de que yo particularmente me encontraba muy necesitado, por haber recorrido más de diez leguas, casi sin descansar, pasando tres veces varios arroyos, alguno de ellos de caudal muy considerable.

MIÉRCOLES 15 DE FEBRERO

Nos levantamos apenas clareaba el día; y mientras se preparaban las cargas y se disponía el almuerzo, se presentó Liberato que había pasado la noche anterior en Carnicerías después de buscar inútilmente el perro, habiéndose apresurado a volver a encontrarme por la noticia que un llanero le transmitió, de mi orden, de que ya había aparecido. Terminado el almuerzo, consistente en el único pato que del día anterior nos quedaba y una taza de chocolate del que allí se produce sin cultivo, continuamos nuestra marcha, atravesando otra multitud de arroyos semejantes a los del día anterior, hasta que llegamos al río Guayuriva, que, a pesar de pasarlo por donde su cauce se divide en cuatro, en el segundo y tercero casi cubría el agua nuestras

monturas. Más adelante encontramos otra corriente llamada Guayurivita, que, aunque de cauce muy estrecho, pues su anchura mayor sería de unos diez metros próximamente, tiene tal profundidad y corre el agua con tanta fuerza, que no hay sitio por donde vadearlo. Tuvimos, pues, que apear las cargas y pasarlas a hombro, así como las monturas, por un puentecillo formado de dos troncos de una palmera llamada corneto, teniendo por pasamanos una sola guadua. Las mulas pasaron a nado, no sin alguna dificultad, y cargadas de nuevo, seguimos adelante. Nos hallábamos ya bastante cerca de la cordillera, que impedía la corriente de las brisas, lo cual hacía el calor horriblemente sofocante. A las doce atravesamos, vadeándolo, a río Negro, de aguas turbias y cauce pedregoso; pasamos luego algunas estrechas sabanas circunscritas por tupidas fajas de bosque, donde encontramos un crecido número de mariposas de colores vivos y brillantes, de las que cogimos algunas, a pesar de no llevar a mano la manga o mariposero, indispensable para esta caza. Entramos después en la famosa llanura de Apiai, donde el calor nos sofocaba hasta el punto de tener que detenernos a reposar cerca de dos horas en una cabaña que encontramos al paso. Las cuatro y media serían cuando llegamos a la boca del monte, donde el terreno empieza a mostrarse ligeramente accidentado, y el camino es tan fangoso, que aun en la estación seca en que lo pasábamos, tiene algunos puntos casi intransitables. A las cinco vadeamos la corriente del Ocoa, y luego otros varios arroyos que bajan de la montaña a reunirse con río Negro, llegando a Villavicencio ya bien entrada la noche.

JUEVES 16 DE FEBRERO

Nos hemos alojado en una casa relativamente cómoda, situada en un ángulo de la plaza. Las casas de Villavicencio son todas pajizas y la población se extiende al mismo pie de la cordillera, en una loma inclinada hacia la llanura y en un terreno bastante pedregoso. Las calles son anchas y algunas están empedradas; pero los techos pajizos y excesivamente bajos, dan al conjunto un aspecto de pobreza y miseria que no puede ocultarse. El calor es casi tan intenso como en la mitad de los Llanos, y sus habitantes pálidos y demacrados en lo general, revelan lo mortífero del clima.

He empleado el día en mis apuntes y en investigar la manera de extraer el cautchut del árbol que lo produce, y que se encuentra por aquí en grandísima abundancia. Consiste este absurdo sistema en derribar el árbol para extraerle el jugo con más facilidad, despoblando de este modo los bosques de un vegetal tan útil y privándose para en adelante de sus productos. Esto mismo hacen con los árboles de quina³², de modo que dentro de algunos años, habrán desaparecido para Colombia estas dos grandes fuentes de riqueza.

VIERNES 17 DE FEBRERO

He continuado mis apuntes. Por la noche me han despertado agradablemente algunos jóvenes de la población, dándome una serenata con guitarras, tiples y bandolas.

DOMINGO 19 DE FEBRERO

Acaban de llegar mis compañeros. El Dr. Cuervo ha sido atacado otra vez por la fiebre, y a pesar de nuestros ruegos, no ha querido dejar de celebrar hoy el sacrificio de la misa. Lo hemos acompañado todos, y yo he aprovechado la ocasión para inspeccionar la iglesia. Esta no es más que una cabaña como cualquiera otra, cubierta de cielo raso sólo en la parte que ocupa el presbiterio; en sus paredes hay colgados algunos cuadros, entre los cuales se ve uno, representando a la Magdalena, con el lienzo agujereado para adornar el cuello de la santa con cuentas de vidrios de colores; hay además otras dos imágenes de santas para mí desconocidas y de un aspecto tan extravagante y antiartístico, como el de los ídolos o tunjos de los antiguos indígenas. Después de la misa, el Dr. ha tenido que detenerse a cantar un número inmenso de responsos que los fieles le encomendaban, pagándolos a razón de uno o dos reales, con lo cual se marchaban satisfechos y complacidos. Esto ha hecho que el pobre

³² De este asunto hemos hablado ya, aunque ligeramente en el tomo anterior, durante la corta visita hecha en Sibaté a nuestro amigo el Dr. José Ma. Samper, mientras se hallaba enfermo, en la posesión o hacienda de su hermano, situada en las cercanías de Soacha. Este sistema bárbaro ha sido ya sustituido por otro más racional, gracias a los consejos de personas ilustradas y al ejemplo de pueblos más cultos.

anciano se retirara del templo bastante tarde y en un estado de debilidad lastimoso. Al medio día le ha repetido la fiebre, obligándolo a guardar cama.

Por la noche hemos concurrido a un baile popular que no me detengo a describir, por ser en todo semejante a los demás de tierra caliente, que ya conocen mis lectores.

LUNES 20 DE FEBRERO

Me he levantado temprano y he ido a tomar un baño en el río Guatiquía, que pasa muy cerca de la población, por la parte del este y corre de norte a sur sobre un lecho pedregoso y cuyas aguas son muy cristalinas.

Continúa la enfermedad del Dr. Cuervo, que nos tiene profundamente alarmados. Mi opinión es que se traslade pronto a un clima más benigno; pero mis compañeros no opinan como yo, y como están en mayoría, prevalecen sus determinaciones. Quiera Dios que no sea víctima de ellas el pobre y virtuoso anciano.

MARTES 21 DE FEBRERO

Hoy me ha llevado un Sr. Agustín Rey, dueño de la casa en que habito, y a quien debo muchas consideraciones de deferencia, a visitar lo que aquí llaman un chircal; o sea una fábrica de teja y ladrillo que acaba de establecer muy cerca de la población, porque en todos los pueblos se observa ya la tendencia a ir sustituyendo la efímera y frágil techumbre de paja por otra más sólida y que ofrezca mayores garantías. Hállase el chircal situado cerca de un arroyuelo de cauce profundo, del cual se surte de agua para la preparación del barro; pero la operación de conducir el agua a su destino se practicaba allí de una manera tan laboriosa y difícil, cuanto que se empleaba constantemente la fuerza de dos hombres que, con grandes vasijas formadas de medios calabazos, tenían que subirla a la altura de más de tres metros para verterla allí en un cauce casi sin declive, donde se evaporaba o consumía en gran parte antes de llegar a su destino. Viendo este sistema tan defectuoso, aconsejé al dueño hacer una

represa, cosa facilísima donde la madera es muy abundante, y emplear un aparato sumamente sencillo, que consiste en una palanca de brazos desiguales, a uno de cuyos extremos se adapta un odre con un arco de madera, que se hace bajar y subir sin trabajo alguno por medio de un contrapeso, y que puede dar una corriente continua bastante considerable. El Sr. Rey, que agradeció mucho mis observaciones, me rogó que le hiciese un pequeño modelo para poderlo imitar en grande escala, lo que hice con mucho gusto, y él puso en seguida manos a la obra. Este aparato se conoce en algunos puntos de Andalucía con el nombre de cigüeñal; es muy común en el norte de África, y presta muy buenos servicios, tanto para los abrevaderos de ganado como para las labores de regadío en terrenos de extensión limitada.

Por la tarde salí a pasear con el mismo Sr. a un montecillo próximo, donde logré matar un paují, un pollo de monte y una zumaya, o chotacabras, semejante en un todo a las europeas.

El Dr. Cuervo continúa enfermo.

MIÉRCOLES 22 DE FEBRERO

Sigo desarrollando mis apuntes.

Llegan sin cesar grandes recuas de mulas y caballos, que, aprovechando el tiempo de seca, acuden de diferentes puntos de los Llanos a proveerse de sal de Upin, haciendo algunas treinta y más leguas de camino. La salina de Upin se halla a una jornada de Villavicencio, en el lugar que antes dejo indicado; se trabaja a tajo abierto; carece de aparatos de concentración, y por consiguiente se expende según se saca de la cantera a razón de cinco reales de vellón la arroba castellana. El gobierno de la Unión tiene estancada la sal, y hace de ella un monopolio que perjudica al país, porque constituye una de sus principales rentas, sin considerar que el encarecimiento de un artículo tan necesario impide el desarrollo de la ganadería, que es la industria principal de Colombia.

JUEVES 23 DE FEBRERO

Hoy he subido por primera vez a los elevados cerros que por el oeste dominan la población, sirviendo de estribo a la cordillera. Desde el primero de ellos, que se eleva como unos doscientos metros sobre la llanura, se goza de un espléndido panorama, viéndose hacia el frente la extensa y plana región por donde lleva sus aguas el Guatiquía, hasta que se pierde en el horizonte, y a la izquierda un ramal de colinas elevadas que se destacan un poco de la cordillera y tras de las cuales se oculta la antigua ciudad de Medina.

El Dr. Cuervo continúa de gravedad; uno de los peones también ha sido atacado de la fiebre.

VIERNES 24 DE FEBRERO

He salido temprano a la montaña, de donde he traído un enorme socay, cazado por un indio y disecado por él con bastante destreza. Este mono tiene la piel de un color gris amarillento en la parte superior y de un amarillo rojo en la inferior; es del tamaño de un gato ordinario, y, como todos los de su especie, tiene la cola prensil, y no se ve en ella parte alguna desprovista de pelo. También he adquirido hoy muestras de una gomo-resina llamada caraña, a la que los indios atribuyen muchas propiedades medicinales. Así mismo he adquirido otras dos clases, llamada la una anime, que puede muy bien sustituir el incienso, y la otra peramán, que se tiene por un específico excelente para curar la tos de cualquier género que sea, sobre todo la tos ferina de los niños. Estas sustancias, con una hermosa piel de oso hormiguero o tamandúa, para añadir a mi colección, han sido regalo debido al profesor de instrucción primaria del lugar, Sr. Castilla, grande amigo y admirador de los españoles.

A sus ruegos he visitado la escuela a cuyo frente se halla, y a la cual asisten ordinariamente sólo unos 15 o 16 niños de los 40 o más que se hallan matriculados. El

pobre profesor en su vida penosa tiene que luchar a un mismo tiempo con la desaplicación e incivilidad de los muchachos, con la incuria de los padres y el abandono en que el gobierno lo tiene, dejando pasar en ocasiones muchos meses sin pagarle su mezquino sueldo. Esto no ha podido menos de recordarme la situación análoga de la misma clase en mi país, cuya suerte espero encontrar a mi vuelta muy mejorada, si el gobierno de la revolución de Septiembre ha sabido realizar en el poder una de sus más bellas aspiraciones.

La enfermedad del Dr. Cuervo continúa.

SÁBADO 25 DE FEBRERO

El Sr. Federico Silva, joven bogotano, dotado de una grande actividad y notable inteligencia, me ha invitado a que visite una hacienda formada por él en pocos años a orillas del Ocoa, riachuelo que como antes dije baja de la montaña y entra en los Llanos a algunos kilómetros de Villavicencio. Aproveché este día para cumplir su deseo, que era también el mío propio, y a las seis de la mañana salí con el Sr. Rey, que se prestó a servirnos de guía, y mi criado Liberato, por una estrechísima y tortuosa senda abierta al través de los bosques. A poca distancia encontramos un objeto, sobre el cual el Sr. Rey llamó mi atención, y que en efecto no deja de ser notable; era éste un hormiguero inmenso, compuesto de muchos millones de hormigas que, atravesando la estrecha vereda, se dirigía al través del bosque en dirección al parecer incierta y guiados en su marcha por el raro instinto que distingue a esta original clase de hormigas nómades. En efecto, entre estos pequeñísimos seres, sin duda para cumplir con una ley providencial de la Naturaleza, existen también razas que viven errantes y sin domicilio fijo, alimentándose de lo que encuentran al azar y confiados en la Providencia. Cuando una de estas legiones de insectos, designados colectivamente en el país con el nombre de ronda, emprende camino en dirección determinada, no hay obstáculo alguno excepto las corrientes de agua o el fuego prendido en las rozas del bosque o en los pajonales del llano, que pueda hacerle cambiar de rumbo. Todos los demás son pequeños obstáculos, que vencen con facilidad su constancia y su osadía. Si

a su paso encuentran un gran árbol, cargado de fruto, lo despojan de él en brevísimo tiempo, trepando algunas por sus ramas y haciéndolo caer al suelo, maduro o verde, para que el grueso de la legión lo aproveche con más facilidad, sin separarse de su camino.

También devoran con una facilidad y prontitud admirables los restos de cualquier animal que encuentran a su paso, sea cual fuere el estado en que el cadáver se halle, sin dejar otra cosa que los huesos perfectamente limpios y aquellas partes que como el pelo, las uñas o las astas no se prestan a ser devoradas. Si es una humana habitación la que a su paso se interpone, se ve en pocos momentos invadida por todas partes, aniquiladas sus provisiones y destruidos cuantos insectos o reptiles contenga. Y no sirve matar uno o muchos millones de la invasora falange, porque ni esto intimida a las demás, ni es fácil con esta matanza hacer mella visible en sus ejércitos numerosos. Así es que los moradores del campo o de cualquier casa en una población, que ven su hogar invadido por la especie de guerrilla que suele preceder al cuerpo compacto de la ronda, se resignan a sufrir la violación inevitable de su domicilio, contentándose con retirar del saqueo las provisiones de boca y cualesquiera otros objetos que pudieran ser devorados por aquellos vándalos en miniatura. Las consecuencias de esta invasión suelen ser a veces muy favorables para las familias, principalmente donde abundan los insectos que más molestan y mortifican a la especie humana, como cucarachas, mosquitos y chinches, así como los ratones y otras sabandijas que escogen para vivir la morada humana, haciendo al rey de la creación una cruda e interminable guerra.

Pasamos sobre la ronda, dejando los cascotes de nuestras mulas algunos cadáveres destinados sin duda a nutrir los estómagos de sus compañeras, que no perdonan ni a su misma especie, y continuamos adelante, llegando a la hacienda, que se denomina El Carmen de Ocoa, una hora después de nuestra salida.

La hacienda está situada como una legua al sureste de Villavicencio, a la orilla izquierda del río de que toma el nombre y en un plano ligeramente inclinado, ocupando una superficie de algunos kilómetros de terreno recién desmontado, y

circuido por todas partes de bosque virgen. El Sr. Silva ha hecho desmontar la tierra con más esmero del que se observa ordinariamente en lo general de las rozas, pudiendo en consecuencia hacer su plantación en líneas regulares, que dan al arbolado un aspecto más bello, y contribuyen a facilitar la recolección del fruto. Entre la tierra ya reducida a cultivo hay como unas cien fanegas destinadas a cafetal, que contienen 70.000 árboles; ciento veinticinco a platanal y potreros y otro desmonte en que empiezan ya a fructificar como unas mil matas de cacao. Los terrenos están divididos en porciones, hasta cierto punto, simétricas y separadas por filas compactas de limoneros que forman un seto vivo impenetrable y de una belleza extraordinaria, además del fragante aroma con que embalsama continuamente el espacio el azahar de que casi siempre están cubiertos. Desde la entrada del desmonte hasta la casa, que aunque pajiza tiene bastantes comodidades y varios departamentos espaciosos y bien distribuidos, hay una calle recta y ancha plantada a un lado y otro de algodoneros, naranjos, guayabos y otros frutales, a cuyo pie y continuando en la línea, se ven en extraordinario número las piñas o ananas de exquisito sabor y delicioso aroma.

Además del taller de carpintería y herrería, indispensables donde no hay artesanos de qué valerse, el Sr. Silva ha sabido montar los aparatos mecánicos más necesarios a su explotación, tanto para limpiar el arroz y el café, artículos principales de su cultivo, como para desgranar el maíz, preparar la yuca para extraerle el almidón, y moler más tarde la caña de azúcar, añadiendo este producto más al de sus actuales cosechas. Para ello ha sabido aprovechar como fuerza motriz una corriente de agua que baja de la sierra, construyendo una rueda hidráulica que, aunque hoy tiene sólo la fuerza de tres o cuatro caballos, es susceptible de poderse aumentar hasta el doble. Todo está allí perfectamente calculado; y no se sabe qué admirar más, si la inteligencia del joven propietario o su constancia y resignación, al consagrarse a vivir en aquel desierto, lejos de su familia, y sometido a la influencia de un clima mortífero, por crearse una fortuna, que sin duda está ya tocando a sus puertas.

El Sr. Silva nos hizo los honores de su hogar con el desembarazo del hombre culto, mostrándonos todas las dependencias de su finca, con una amabilidad extraordinaria

y sin permitirnos salir de allí hasta tomar en su compañía un modesto pero agradable almuerzo. Una de las cosas que más llamaron mi atención fue un aparato inventado por él para destruir las hormigas, insecto que en aquellos lugares suele devastar todo género de plantaciones, y enemigo cruel, de que hasta ahora no han sabido librarse los colonos. Consiste este aparato en un hornillo que tiene dos departamentos y que se puede construir fácilmente de hierro o de barro. El inferior, que es el hornillo propiamente dicho, tiene en su centro una rejilla destinada a quemar carbón vegetal o leña seca partida en menudos trozos. Sobre este combustible se echa tabaco, ligeramente desmenuzado, o cualquiera otra yerba cáustica, cuyo humo va a depositarse en la parte superior, o sea el segundo cuerpo del aparato, que puede ser de una forma cualquiera. Este receptáculo tiene un agujero que comunica con la válvula de un fuelle de tamaño proporcionado, y a la boca o pico del fuelle se adapta un tubo de cualquier materia apropiada, en cuyo extremo se sujeta otro tubo estrecho de sustancia dura, que se introduce en la boca del hormiguero, apretándolo alrededor con barro y fijándolo sólidamente. A cada golpe del fuelle se introduce en él por la válvula una cantidad de humo que pasa a depositarse en el hormiguero. Si éste tiene alguna otra boca que se comunique con la en que el pitón del tubo se ha introducido, pronto se observa la evasión y se cuida de taparla con barro. Hecho esto, se continúa manejando el fuelle hasta que se calcula que el hormiguero está ya lleno de humo; entonces se retira el tubo; se tapa con barro aquella boca, y las hormigas parecen todas asfixiadas, sea cualquiera el estado de desarrollo en que se encuentren. Yo creo que al humo del tabaco puede sustituirse con ventaja el del azufre, donde sea abundante esta materia.

Allí estuvimos hasta las once, agradablemente entretenidos con las explicaciones minuciosas que el Sr. Silva nos daba sobre el cultivo de su hacienda, donde sólo hace cuatro años que empezó a trabajar, y hace ya más de uno que recoge café en abundancia, sin embargo de que los árboles de más prematuro desarrollo llegan apenas a dos metros de altura.

Antes de despedirnos, el Sr. Silva me regaló algunas semillas de preciosas enredaderas para mi colección y una cerbatana de las que usan los indios de las orillas del Guayabero para arrojar sus flechas envenenadas con curare.

A las once nos despedimos al fin hasta el día siguiente, en que el Sr. Silva me ofreció ir a visitarme a Villavicencio, y aun me hizo vislumbrar la esperanza, muy agradable para mí, de acompañarme hasta Bogotá, si conseguía dejar arreglados ciertos asuntos.

Al volver a la población, logré matar en el camino dos pájaros bastante raros: un pollo de monte, y el otro conocido con el nombre de cacao, porque, al cantar, pronuncia distintamente esta palabra. También vi las grandes arañas velludas, la parda y la rojiza, que sólo allí adquiere tan enormes proporciones.

Hoy he adquirido una preciosa hamaca, tejida con filamentos de la palma moriche por los indios de río Negro, con vivos y agradables colores.

He pasado gran parte de la noche junto al lecho de nuestro anciano Dr., cuya enfermedad me inspira un temor profundo.

DOMINGO 26 DE FEBRERO

Esta madrugada han vuelto a obsequiarme con otra serenata de despedida.

Ha amanecido lloviendo de una manera copiosísima, sin cesar la lluvia casi en todo el día. Esto anuncia ya el invierno en los Llanos.

La necesidad que tengo de regresar a Bogotá para el despacho de mi correo a Europa, me ha hecho pensar muy seriamente en la enfermedad del pobre Dr., a quien la fiebre consume más cada día. He propuesto a él y a los demás compañeros llevarlo conmigo a Cáqueza o Ubaque, donde el clima templado y las condiciones especiales de

salubridad pueden contribuir a su pronto alivio; ellos sin embargo no se resuelven por el estado de debilidad en que el enfermo se halla, y tendré que partir solo.

A pesar de la lluvia, el Sr. Silva ha venido a verme, y hemos convenido en salir juntos para Bogotá el martes próximo muy de mañana.

LUNES 27 DE FEBRERO

Hoy el día se presenta menos lluvioso; he salido a recorrer una parte del bosque, encontrando entre otras cosas notables el palo de cruz, cuyas hermosas y grandes flores de un rojo vivísimo brotan en el tronco. Su médula tiene la particularidad de hallarse de tal manera dispuesta, que por donde quiera que se corte el árbol, ya sea en el tronco, ya en alguna de sus ramas, aparece siempre una cruz de color oscuro, que resalta sobre el blanco amarillento de su parte leñosa.

Además encontré en mi excursión varios capullos de seda de un tamaño enorme, pendientes todos de las ramas de un árbol llamado laurelillo, en cuya confección no trabaja un gusano sólo, sino una legión entera de orugas procesionarias, para pasar en aquella especie de sepulcro común su estado de crisálida. Este capullo es una gran bolsa que en consistencia y suavidad se asemeja a un tejido de batista, ofreciendo en su cara interior y exterior un color blanco mate a veces un poco amarillento.

Debajo de uno de estos capullos y sirviéndose de él como de un techo amigo, había fabricado su diminuto hogar una pareja de colibríes, que afortunadamente habían sacado ya a volar sus polluelos. Cogí sin embargo el capullo y el nido pendientes de una misma rama, pero dudo poder conservarlos sin que pierdan su forma.

Aunque mis mulas se van reponiendo de las fatigas de la expedición, he querido ahorrar a los pobres animales el trabajo de repasar cargadas la cordillera, contratando para este objeto otras tres con un arriero de Cáqueza.

MARTES 28 DE FEBRERO

Después de tener mi equipaje arreglado, fui a despedirme del Dr. Cuervo y de mis compañeros de expedición, y volví a mi posada donde ya me esperaba el Sr. Silva. Almorzamos mientras que el arriero cargaba mis bultos, menos pesados que voluminosos, y aunque las mulas me parecieron excesivamente pequeñas y flacas, tantas seguridades me dio el caquezeño, que al fin le dejé partir adelante, seguro de alcanzarlo muy pronto.

Las nueve serían apenas cuando el Sr. Silva y yo salimos acompañados del Sr. Rey, que quiso despedirnos después de pasar la primera línea de montañas.

Empezamos a subir por una cuesta muy escabrosa y erizada de peñascos, dejando a la izquierda un arroyuelo, cuyas aguas, despeñadas sin cesar, forman un espumoso y bramador torrente.

Al llegar a un rancho que corona el primer estribo de la cordillera, el Sr. Rey se despidió de nosotros y continuamos subiendo la pendiente cada vez más rápida y cubierta de bosque más corpulento. Antes de llegar a la cumbre de la segunda línea de montañas, encontramos ya al arriero que llevaba mi equipaje y cuyas débiles mulas trepaban con gran dificultad las pendientes de aquel difícil y áspero camino, no obstante que las cargas, como llevamos dicho, eran ligeras; pero él, que era un indio de fuerzas hercúleas, donde quiera que había un mal paso, levantaba mula y carga con una facilidad pasmosa y seguía adelante impertérrito. No era sin embargo este ejercicio para continuarse por muchas horas; así es que los animales, cada vez más fatigados, concluyeron por agotar las fuerzas del que en vano quería ya ayudarlos, y cayendo a cada paso, se negaron por fin a continuar la marcha, a pesar de que el bueno de su amo había echado sobre sus propios hombros uno de los bultos que más le embarazaban, y obligado a un hijo suyo, de diez años de edad, a cargar otro más ligero. Ni aun así las bestias podían seguir adelante; una de ellas cayó al fin en un atolladero donde se estrechaba el camino, y aun después de descargada no había medios de

sacarla de allí, lo cual hacía imposible nuestro paso. En estos instantes de apuro, Dios me deparó otro arriero, que con buenas mulas de refresco, se encaminaba hacia el mismo lugar que nosotros; contraté con él la conducción de mi equipaje; pagué al primero una indemnización aunque no la merecía, y ayudándonos el recién contratado a apartar el estorbo de la mula exánime que yacía tendida en tierra, continuamos nuestra marcha, más tranquilos y con más ventajosas condiciones.

Al llegar a la cumbre de un cerro llamado Buenavista, y que merece muy bien el nombre que lleva, tendimos la nuestra hacia los Llanos, que a nuestros pies quedaban, y que se perdían como un mar inmenso de vegetación entre las brumas del horizonte. Desde allí, con el sentimiento de admiración que producen siempre los espectáculos sublimes de la Naturaleza, dí mi postrer adiós a aquellas interminables llanuras, que probablemente no volverán a contemplar mis ojos.

Las diez serían cuando llegamos a este punto, donde nos vimos envueltos por una densa niebla que más tarde se convirtió en abundante y molesta lluvia. El camino por aquella parte, más que camino es una vereda casi imposible de transitar y que se abre entre el monte en vueltas y revueltas, donde cada uno busca al azar lo que no se halla porque no existe: terreno sólido en que los animales puedan caminar sin embarazo. Junto a la estrecha y resbaladiza senda que cruzábamos superando enormes dificultades, veíase una zanja profundísima y cubierta ya de maleza: este era el camino antiguo, y el nuevo no tardará mucho en hallarse en las mismas condiciones, profundizado por las aguas, que no tienen otro cauce que el trazado por el paso continuo de los viajeros.

A eso de las doce llegamos a la cumbre de otro ramal, desde donde sentimos primero el agitado rumor y vimos después la espumosa corriente del río Negro, que bajaba por nuestra izquierda hacia los Llanos, y cuyas márgenes no debíamos abandonar hasta la tercera jornada.

Para descender a una cañada profunda que se abría delante de nosotros, atravesamos la falda de un empinadísimo cerro, en cuya superficie gredosa se abría la senda en zigzags, ya sobre enormes barrancos, ya sobre atolladeros espantosos, donde nuestras mulas quedaban a veces casi enterradas y de donde no era posible salir sin los prodigios de agilidad y fuerza a que se hallan acostumbrados estos vigorosos animales. Llámase este lugar las Siete-vueltas, por ser otros tantos los rodeos del camino para descender al fondo de la quebrada; y puedo asegurar que conservaré siempre de este sitio un penoso recuerdo, a pesar de encontrarme ya familiarizado con todos los inconvenientes y peligros que ofrecen en este país las detestables vías de comunicación, que son el más invencible obstáculo para sus progresos.

Pasadas las Siete-vueltas el camino forma un recodo y toma resueltamente la dirección occidental por la orilla izquierda de río Negro, en sentido contrario a su curso, siguiendo la ladera o falda de un cerro elevadísimo que dejamos a la derecha. Esta falda es casi perpendicular, y durante toda su extensión, que es de más de un kilómetro, la trocha tiene apenas la suficiente anchura para dar paso a una caballería. El terreno en su mayor parte es esquistoso; los derrumbes de la parte superior son muy frecuentes y la senda se halla a veces obstruida a consecuencia de estos derrumbes, de modo que es preciso pasar por sus movedizos despojos, sin que las caballerías encuentren donde asegurar su casco. En un terreno de poca inclinación, éste no sería grave inconveniente; pero allí, donde el monte se levanta a la derecha como una muralla inaccesible, mientras que a la izquierda se abre un abismo de muchos centenares de metros, en cuyo fondo apenas se percibe ni escucha la tumultuosa y rápida corriente del río Negro, es imposible poderse sustraer a las impresiones de terror que se experimentan a cada paso, porque el peligro es amenazador, constante y terrible. Si a esto se añade la posibilidad de encontrarse con algún viajero que camine en sentido contrario, donde es tan imposible pasar dos a la vez como que uno de los dos retroceda, por falta de espacio para que pueda volverse una caballería, erízase el cabello a la sola idea de que esto pueda suceder; y para evitarlo se toma la precaución de ir silbando o gritando continuamente, para que el que se halle en mejor disposición de hacerlo, se detenga oportunamente en alguno de

los poquísimos parajes en que el camino se ensancha sólo algunos palmos para dar paso a dos personas.

A la una de la tarde llegamos a una ranchería llamada Servitá, donde el sendero se hace más practicable, y a las dos y media, con una lluvia molestísima, nos apeamos en otro rancho, donde tomamos un ligero almuerzo. Cerca de allí hay un arroyuelo que lleva por nombre Quebrada colorada, y entre ella y el camino se elevaban dos cruces formadas de palos toscos en conmemoración de un triste y reciente acontecimiento, ocurrido poco antes con dos jóvenes recién desposados, que al pasar por allí se sentaron a descansar, y sufrieron una muerte instantánea por la súbita caída de un tronco a impulsos de una violenta ráfaga de viento. Hallábanse fijas las cruces en una grieta o hendidura del mismo tronco homicida y el musgo empezaba ya a cubrir los palos de que estaban formadas.

Más adelante pasamos por un puentecillo sumamente estrecho y movable, la ruidosa quebrada del Pipiral, cerca de la cual salvamos milagrosamente otros varios y a cual más horrorosos precipicios.

Como a las cinco de la tarde llegamos a otra quebrada llamada Susumuco, no menos torrentosa que la precedente, la cual tuvimos que pasar por un tronco en extremo resbaladizo, mientras las bestias pasaban casi a nado. No lejos de allí se halla la confluencia de esta quebrada con el río Negro, y aquel punto sirve de límite entre el territorio de San Martín y el Estado de Cundinamarca.

Para bajar hasta el arroyo, la cuesta es tan escarpada y se halla por todas partes cubierta de piedras rodadas de tal magnitud, que las caballerías tienen que descender a saltos enormes de escalón en escalón, y guardando un equilibrio que parece inverosímil. La subida es más difícil aún que la bajada, hasta tal punto, que es necesario desmontarse y subir las cargas a hombro de los peones, y aun así, las bestias apenas pueden trepar por aquellos derrumbaderos formidables. No hay otro camino, y por consiguiente es forzoso entregarse en brazos del azar y jugar la vida a cada paso.

Tal es la incuria de estos habitantes, que prefieren el peligro continuo al empleo de algún trabajo en abrir una vía más fácil y cómoda por la falda de la montaña. A las seis de la tarde y después de trepar por una estrecha cuchilla con un precipicio a cada lado, llegamos a un rancho miserable, llamado también Susumuco, donde nos detuvimos a pasar la noche, más que por nuestra comodidad propia, por haber allí un mediano potrero para nuestras caballerías.

En la jornada, que sería apenas de cinco a seis leguas, el camino describe una curva, tomando primero la dirección del norte, después la del noroeste y, por último, la occidental, que sigue la cuenca del río Negro.

El rancho de Susumuco no tiene más que dos piezas estrechas, sucias y desmanteladas; la una de ellas sirve de cocina y se comunica con la otra por un gran agujero que da entrada al humo y a una molesta corriente de aire cuando el fogón no está encendido. En esta última tuvimos que acomodarnos unas diez personas, entre las cuales se hallaba una mujer indígena, medio desnuda, que pasó la noche en un rincón, sentada y exhalando profundos suspiros. Pregunté a la dueña del rancho qué era lo que tenía aquella mujer, y me contestó que estaba sacona. Pedí explicaciones sobre la palabra para mí ininteligible, y de la explicación resultó que estaba embarazada y en días ya próximos a su alumbramiento. ¡Pobre mujer! ella, como otras muchas de su ínfima condición social, viven como bestias; satisfacen del mismo modo las necesidades de su instinto y dan a luz seres tan desgraciados como ellas, que viven en la degradación y el embrutecimiento, y después de un trabajo, que en nada los redime de su desgracia, mueren como animales, en la soledad de los bosques, abandonados de todo el mundo, sin un consuelo en sus pesares y sin una lágrima sobre su oculta o ignorada tumba.

Hice suspender mi hamaca entre aquel grupo de seres idiotizados por las privaciones; el Sr. Silva hizo lo mismo y pasamos una noche desapacible y fría como si nos hallásemos en medio del páramo.

MIÉRCOLES 1o. DE MARZO

Venía apenas rayando el alba, cuando nos levantamos ateridos de frío; hicimos encender lumbre para calentarnos y preparar nuestro desayuno, y poco rato después, vimos llegar a un peón de Villavicencio, que llevaba a Bogotá la noticia de un siniestro horrible. Como dos horas después de nuestra salida de aquel pueblo, habíase incendiado una de sus casas pajizas, y tras de ella la iglesia y como dos terceras partes de sus pobres habitaciones, dejando en el mayor desamparo a una multitud de familias. Nuestros amigos, y entre ellos el Dr. Cuervo, no habían tenido que sufrir sino la impresión consiguiente a ésta desgraciada catástrofe, por haber sido la casa en que habitaban una de las pocas que se libertaron del incendio.

A las ocho salimos de Susumuco, con lluvia tenaz como el día precedente, y a las diez llegamos a unos ranchos que llevan el nombre de Chirajara, cerca de los cuales corre un arroyo con la misma denominación, que se despeña en cascadas bellísimas hacia río Negro. La lluvia, cada vez más recia y pertinaz, nos molestaba mucho; pero no quisimos detenernos, por evitar las penalidades de otra jornada. A las once y media llegamos a San Miguel, que es otra ranchería tan pobre como las anteriores, y a las doce empezó a despejarse la atmósfera y cesó enteramente la lluvia, cuando llegábamos a la cumbre de un empinado cerro, desde el cual se presentó a nuestros ojos un bellissimo panorama, en cuya contemplación nos detuvimos un instante. Abríase a nuestros pies un valle ancho y profundo, en cuyo fondo se alzaba una meseta perfectamente nivelada y como de un kilómetro de extensión rodeada por todas partes de terreno cultivado y cabañas medio ocultas entre las anchas hojas de los plátanos a su alrededor agrupados; al pie de esta meseta veíase la confluencia de río Blanco, río Negro y otras varias quebradas más o menos espumosas, que, bajando de la cordillera, venían a tributar el caudal humilde de sus aguas; los campos de caña y de yuca, alternando en las laderas, ostentaban el variado matiz de sus hojas, y formaban un bello contraste con los terrenos más estériles, cubiertos de gramíneas, y las anchas cejas de bosque primitivo que en masas oscuras se extendían hasta la cumbre de las elevadas montañas que cerraban el horizonte.

Para descender a este valle, bajamos una cuesta muy larga y penosa, por un terreno de cascajo, greda y piedras areniscas con algunas vetas de cuarzo; y en el fondo, después de atravesar una quebrada llamada de Perdices, nos detuvimos a descansar y tomar un bocado en un ranchito del mismo nombre, mientras que nuestras mulas, fatigadas en extremo, recobraban un tanto sus agotadas fuerzas con un pienso de maíz y caña de azúcar.

Mientras que despachábamos nuestra frugal comida, el pájaro compran-pan, por allí muy abundante, nos divirtió con su canto monótono, posado en el árbol mismo bajo cuyas ramas descansábamos y haciéndome recordar por la absoluta semejanza de su tono plañidero, a los valencianos vendedores de requesón, que durante la primavera y parte del verano atormentan a los moradores de Madrid con su grito de formaché repetido diez veces en cada minuto.

Llegando cerca de aquel lugar la explanación del nuevo camino que desde Bogotá se está abriendo para los Llanos, tratamos de bajar hasta él para aprovechar sus ventajas, y tuvimos que hacerlo por la falda de un cerro empinadísimo, de greda esquistosa, donde a pesar de desmontarnos, tanto nosotros como nuestras mulas estuvimos a punto de rodar cien veces. Por fortuna y a fuerza de incesantes precauciones, llegamos hasta la nueva vía, única racionalmente concebida y medianamente ejecutada que hemos hallado hasta hoy en el territorio de Colombia.

Antes de bajar, vimos en una falda opuesta los restos de un antiguo pueblo de indígenas, que hubiéramos ido a examinar de buena gana; pero tuvimos que renunciar, por la falta absoluta de recursos para alimentarnos en muchas leguas a la redonda.

En la nueva vía encontramos ya algunos puentes bien contruidos, y a las cinco y media de la tarde llegamos a un lugar llamado Marsellita, donde nos alojamos en un rancho cómodo y espacioso, y pasamos una noche relativamente agradable.

JUEVES 2 DE MARZO

Desde el punto a que habíamos llegado la noche anterior, vuelve a interrumpirse el trazado del nuevo camino cuya explanación se va haciendo a trozos para unirlos después; medio que sólo debiera emplearse cuando el exceso de brazos no permitiera el empleo de fuerzas en un mismo sitio y se buscara con el trabajo simultáneo en diferentes puntos la terminación más rápida de la obra; pero aquí sucede todo lo contrario: faltan los peones y se abre la vía por trozos distantes entre sí, lo cual ocasiona el deterioro de los trozos ya terminados, cuando los otros vienen a concluirse; y de este modo la vía no se hallará nunca en el estado de perfección de que es susceptible, por falta de operarios que cuiden de su conservación como se verifica en Europa.

A las nueve, después de un ligero almuerzo, continuamos nuestro camino pasando una profunda quebrada por un puentecillo frágil y sumamente estrecho, cuya oscilación era tal, que nuestras mulas se resistían a dar los primeros pasos. Como una legua o poco más, anduvimos por la antigua trocha, y al cabo de este espacio, encontramos otro trozo de la nueva explanación, no tan bien hecha como la primera, pues había grandes desniveles de todo punto innecesarios, por economizar algunas curvas, con las cuales se hubieran evitado las cuestas que hacen aun penoso el tránsito para las caballerías cargadas.

Tanto el camino nuevo como el viejo, siguen invariablemente a distinto nivel la orilla izquierda de río Negro, faldeando montañas cubiertas de bosque o casi desprovistas de vegetación, según la altura y la formación geológica del terreno, cubierto en unas partes de una densa capa de humus y dejando asomar en otras a la superficie, ya los estériles bancos de pizarra o arcilla esquistosa, ya los desnudos estratos de roca arenisca. En los valles intermediarios veíanse algunos ranchitos, rodeados de un espacio más o menos grande de terreno reducido a cultivo, y a veces se nos

presentaban en medio de las agrestes rocas paisajes bellísimos animados por corrientes cristalinas, que bajaban al río en cascadas espumosas.

A las once llegamos al paso del río Negro y sitio llamado Las Juntas. El río, que corre allí con una velocidad de treinta a cuarenta metros por minuto, forma un recodo alrededor de un gran monolito que se levanta en su centro y que sirve de apoyo al frágil y movable puente formado de troncos y ramas, que sólo puede servir de paso a los peones, teniendo que pasar las bestias a nado, a distancia de algunos kilómetros. Las cargas y monturas hay que pasarlas a hombro, no sin grave dificultad e inminente riesgo, porque el puente se mueve como un columpio y las menudas ramas que forman el piso ceden a la presión del pie, como si el cuerpo fuera a hundirse entre los maderos. El monolito tiene una gran escotadura hacia la parte del sureste, que da paso de un puente a otro. Durante el paso, me propuse tomar una vista del puente desde la orilla izquierda, que casi no me dejó concluir un enorme aguacero, que nos sorprendió cuando menos lo esperábamos.

Antes de llegar a este sitio, dejamos a la izquierda el río Contador, y más adelante el Sáname, tributarios de río Negro. Continuamos nuestra jornada, a pesar de la lluvia, que duró hasta bien entrada la tarde. A eso de las cuatro dejamos a la derecha un valle a que dan el nombre de Oro podrido; a las cinco llegamos frente a la confluencia del Cáqueza con río Negro y seguimos la margen derecha de aquel, mientras que este cambiaba su curso hacia las montañas del norte. Seguimos por las colinas que dominan el ancho y fértil valle de Cáqueza, en extremo poblado y en su mayor parte reducido a cultivo, encontrando agostados sus campos, porque la estación verdaderamente estival empieza en Diciembre y concluye a principios de Abril, cuando los años son normales.

A las cinco y media llegamos por fin al pueblo, donde encontramos mediana posada, cena abundante y cama menos molesta que en las noches anteriores.

VIERNES 3 DE MARZO

A las siete de la mañana se despidió de mí el Sr. Silva, que iba directamente a Bogotá, mientras yo tenía que pasar a Ubaque, donde había mandado conducir mis caballos, con ánimo de pasar allí algunos días para evitar la transición violenta del calor de los Llanos al frío clima de la capital, transición que muchas veces suele producir fiebres intermitentes.

Mientras me disponían el almuerzo, di una vuelta por la población, que se halla situada en la falda oriental de una serranía que lleva el nombre de Pascote, en una especie de meseta que domina gran parte del valle, por cuyo fondgo corre el riachuelo que dio su nombre al mismo poblado. Desde las colinas próximas a él se divisan las erizadas crestas de los montes que por la disposición y forma de los estratos que los constituyen han sido denominados Los Órganos.

Cáqueza, que es una de las poblaciones del este de Cundinamarca, donde se halla más adelantada la industria agrícola, fue erigida en villa durante la época colonial; contiene apenas en su distrito unos 8.000 habitantes; sus casas son casi todas pajizas y en su modesto templo no hay ningún objeto artístico que llame la atención del viajero. Su temperatura es bastante agradable, pues su término medio es de 20° y su altura sobre el nivel del mar es la de 1.782 metros.

A las ocho y media de la mañana salimos para Ubaque, donde mis caballos habían llegado con dos días de anticipación, y en dos horas escasas atravesé la serie de colinas que se levantan entre ambos pueblos, pasando el río de Cáqueza y luego el de Ubaque por dos puentecillos muy semejantes entre sí, contruidos de troncos que se apoyan en otros que avanzan a ambas orillas, sujetos con piedra y tierra a uno y otro lado del cauce.

Al llegar a este último pueblo, tuve el gusto de abrazar a varios amigos que me esperaban, temerosos ya con mi retardo, de que me hubiese invadido la fiebre de los Llanos, tan temible para todos los que van a visitar aquellas regiones.

DEL SÁBADO 4 AL LUNES 6 DE MARZO

Descanso en Ubaque y regreso a Bogotá.